

LA CRUZ
DE
LA FALTA

POR

CARLOS MARÍA OCANTOS



BUENOS AIRES

IMPRESA DE PABLO E. CONI, ESPECIAL PARA OBRAS

60, Calle Alsina, 60

M DCCC LXXXIII

LA

CRUZ DE LA FALTA

Es propiedad del autor.

LA CRUZ,

DE

LA FALTA

POR

CARLOS MARÍA OCANTOS



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE PABLO E. CONI, ESPECIAL PARA OBRAS

60, Calle Alsina, 60

M DCCCLXXXIII

LA CRUZ DE LA FALTA

I

El amplísimo salón, decorado á uno y otro lado con lujosos espejos que multiplicaban mágicamente los objetos y las luces, resonaba con el ruido de los vasos, de las conversaciones y de las risas, saltando los tapones en medio del humo de los cigarros.

Algunas plantas exóticas, diseminadas aquí y allá, sobre enormes jarrones chinescos, con sus anchas hojas veteadas caprichosamente como la piel de la serpiente, aparecían lánguidas y tristes, ahogadas en aquella atmósfera sofocante y descoloridas bajo la luz artificial.

Sentados en torno á una mesa de mármol, teniendo delante esquisitos sorbetes, velanse tres jóvenes elegantes y bien parecidos; en otra mas apartada permanecía un hombre enteramente vestido de negro, cuyo rostro parecía participar del tinte sombrío de su traje.

En efecto, en sus ojos, de una fijeza estremada,

en sus labios, pálidos y ligeramente contraídos, podíase adivinar que una idea abrumadora ocupaba su mente, dándole ese aire de malancólica distracción, que es al semblante lo que una nube tempestuosa es al cielo límpido y sereno.

De vez en cuando arrojaba una mirada indiferente al grupo de los tres amigos que charlaban y reían; luego, dando un suspiro, volvía la cabeza, como si la felicidad que brillaba en aquellos rostros le hiciera daño.

— Os aseguro, decía en aquel momento uno de ellos, que en mi vida he probado un sorbete mas sabroso.

— No me admira, querido Enrique, respondió un jóven rubio, cuyo bigote rizado le daba un aire seductor, tú dices siempre lo mismo.

— ¡Vamos! Raúl de Armida está en vena esta noche.

El jóven rubio sonrió y volviéndose al tercer compañero que, de codos sobre la mesa, parecía distraído, le dijo:

— Y tú ¿nada dices?

— ¿De qué habláis?

— Alfredo duerme, dijo Enrique.

— Y sueña tambien, añadió Raúl con una mueca picarezca.

— ¿Camelia, acaso? insinuó Enrique.

— ¡Bah! hizo Alfredo con un movimiento de hombros.

— ¿Julia, entónces?

Rióse el jóven con la risa mas franca del mundo.

— ¡Habrás visto inquisidor! dijo ¿quieres dejarme tranquilo con tus preguntas?

— ¿Y tú dejarte de misterios?

— ¡Misterios!

— No, no, exclamó Raúl, no es ninguno de esos dos nombres lo que le tiene preocupado; apuesto á que yo soy mas feliz.

— Veamos.

El jóven se inclinó sobre sus dos amigos, y dejó caer, con airoso misterioso, este solo nombre:

— ¡Elisa!

Alfredo no rió esta vez.

Enrique soltó una carcajada, y púsose á palmo-tear, mirándole burlonamente.

— ¿Estás loco? exclamó aquel en tono sério, la esposa del mejor de mis amigos!

— ¿Me negarás, repuso Raúl, que en su último baile estuviste con ella rendido, galante y deshojaste á su paso todas las flores de tu repertorio amoroso?

— Sí, sí, niégalo, decía Enrique tamborileando sobre la mesa de mármol con su cucharilla de metal.

— No, no lo niego ¿es acaso un crimen ser galante con una mujer hermosa? yo lo he considerado siempre como un deber.

— Sin duda alguna, no pienso contradecirte en ese punto, pero... ciertos indicios... algunas frases sueltas... tu asiduidad en casa de Solbás...

— Luis es mi amigo de la infancia, respondió el jóven, y nada de extraño hay, por lo tanto, en que yo frecuente su casa; en cuanto á ella... es bellísima, y la admiro, nada mas.

— ¿Quién no la admira? dijo Enrique tamborileando siempre.

— ¿Quién no la admira? replicó Raúl, á mi me hace el efecto de una hermosa flor, arrancada de una tierra inculta y puesta bajo los cristales de una estufa; porque nadie ignora que Elisa de Solbás, la que es hoy estrella de nuestros salones, cuidaba cabras, hace apenas un año, en una aldea desconocida.

— ¡Cómo! exclamó Enrique, cesando en su entretenimiento, ¿hablas sério?

— Indudablemente.

— Ignoraba por completo que fuese su origen tan oscuro.

— ¿De dónde sales, querido Enrique, que así lo ignoras?

— De Lóndres he llegado esta mañana terminada como está la mision del general Mantera, que ha renunciado, y á la que fui adjunto como secretario.

— Tienes razon ¿dónde tenía yo la cabeza?

— Seguramente en casa de Solbás, dijo con una sonrisa maliciosa Alfredo.

— Dejemos pasar esa flecha intencionada... Pues es toda una historia, querido Enrique, pero una historia con su cierto ribete novelesco. Figúrate que en L...

— Que es un bonito pueblo de campo y no una aldea desconocida, interrumpió Alfredo.

— Allá se ván pueblo y aldea, contestó Raúl, L... es un pueblo de campo como todos; con un alcalde con tantas faltas de conciencia como de ortografía; un cura bonachon é ignorante que espeta á sus buenos feligreses, todos los domingos despues de la primera misa, una sabrosa plática, en que abun-

dan comparaciones bien pintorescas por cierto; una iglesia de una arquitectura indescifrable, á pesar de sus pretenciosas columnas, sus chapiteles y sus rosetones; calles angostas, con polvo durante el día y oscuridad durante la noche, y silencio, y soledad y tristeza en todas partes.

— ¡Soberbio retrato! pero falta una pincelada y yo se la voy á dar, querido Raúl. L... además de su campiña pintoresca, está rodeado de un cinturón de hermosas quintas, llenas de bullicio y de alegría en las tardes de verano, y cuando llega la noche, por mas que el pueblecillo esté sumido en las sombras y en el silencio, rios de luces y de armonías se escapan por cada ventana de las villas de sus alrededores; ni más ni ménos como en P..., nuestro pueblo de campo á la moda en el día.

Enrique golpeaba impaciente sobre la mesa.

— ¡La historia! veamos la historia!

— Héla aquí, empezó Raúl. Figúrate que en L... posée la madre de Luis una magnífica casa de campo, á la que no iba la familia desde la muerte del viejo señor de Solbás, ocurrida allí tres años há; figúrate también que el verano último ocurriósele á D^a Inés pasar en ella una temporada, y ocurrióseme á mi divertirme allí ocho días, prévia invitación de Luis; y figúrate, por último, que en el tal pueblo vivía una jóven pobre pero bella, tan bella que era llamada la « Estrella de L.. » ¿vás comprendiendo?

— Casi, casi, contestó Enrique, pero el ribete consabidó no parece.

— Espera. Hémos ya en la quinta, armando alegres escursiones y ruidosas partidas de caza; en una de ellas, andábamos Luis y yo en el bosque

vecino, y cansados de yagar entre matorrales, bajo el sol del medio día, volvíamosnos á la quinta, cuando al saltar un tronco que nos cortaba el paso, tropezó mi escopeta en una rama y... salió el tiro, cayendo Luis herido á mis piés. ¿Comprendes mi situación? asustado, sin saber que hacer, corro por todos lados, demandando auxilio al cielo y á la tierra, y la tierra y el cielo permanecían sordos á mis voces, cuando, de pronto, como bajada del cielo ó brotada de la tierra, apareció la linda cabrerita que tantas veces habíamos encontrado en nuestras escursiones; la misma, con sus ojos pardos y sus cabellos castaños, su modesta saya azul, su corpiño de lana negra y su ancho sombrero de paja, adornado con una guirnalda de frescas clavelinas.

— ¡Deliciosa aparición!

— En extremo, pero no estaba yo en aquel momento para admirarla: dijela lo que ocurría, arrojé ella dos ó tres gritos de terror, y desapareció, volviendo al corto rató seguida de varios campesinos; gracias á ellos pude trasladar al herido, sin conocimiento ya, no á la quinta, porque quedaba demasiado lejos, sinó... á la casa de la bella niña, que estaba á poca distancia, y que ella ofreció graciosamente.

— Comprendo, comprendo, dijo Enrique con una sonrisa.

— Lo demás... está ya dicho: cuidóle ella con solicitud, dejóse cuidar él con agrado; pasaron los días de la enfermedad y llegaron los de la convalecencia, siempre bajo el techo de aquella morada encantadora; luego... suspiros... frases apasionadas...

paseos á la orilla del arroyo... diálogos á la luz de la luna... y basta.

Alfredo escuchaba, de codos siempre sobre la mesa, con los ojos cerrados, como quien duerme ó como quien piensa.

Tocó Enrique el hombro con el puño de su baston.

— ¿Qué dices tú de nuestra historia? preguntó.

— Digo, contestó con negligencia el jóven, que debemos apresurarnos, si nuestro deseo es llegar temprano al teatro.

— ¡Lo olvidaba ya! exclamó Raúl.

— Vamos, pues.

Y Alfredo se levantó y dirigióse á la puerta, haciendo sonar orgullosamente sus botas charoladas, despues de arrojar una moneda sobre la mesa.

Habíase levantado tambien Raúl y encendia con calma un cigarro.

— ¿Crées tú...? dijole Enrique casi al oido, con un gesto de inteligencia.

— ¿Quién lo duda? contestó él en el mismo tono, despidiendo con fruicion una bocanada de humo.

Y ambos salieron del café, yendo á reunirse con Alfredo, que golpeaba, de impaciencia, con el pié sobre la acera.

II

El hombre enlutado que se hallaba sentado delante de una mesa apartada, y cuyo aspecto for-

maba tan singular contraste con la bulliciosa reunion que le rodeaba, habia oido, con un extraño interés, toda esta conversacion, sostenida indiscretamente por los tres amigos.

Al nombre de Elisa de Solbás, se estremeció violentamente y se enderezó en su asiento, dejando sobre la mesa el vaso que ya llevaba á sus lábios.

Luego, con la vista anhelante y la respiracion comprimida, pálido y emocionado, escuchaba, escuchaba atentamente, como si temiese perder una sílaba.

Y su semblante se bañó en una expresion singular, no de asombro ni de espanto, sinó de amargura y de tristeza.

Cuando los tres jóvenes salieron del café, siguióles él con una larga mirada; al cabo de un instante se levantó tambien, llamó al mozo, pagó su gasto, y salió.

Como un fantasma que se desliza á lo largo de las paredes, marchaba silencioso el enlutado, sin mirar, sin detenerse, indiferente al ruido de los carruajes que llenaban la calle, y á la alegre concurrencia que obstruia la acera.

No alumbraba la luna, ni una sola estrella brillaba en el cielo encapotado; los escaparates de las tiendas y las puertas de los establecimientos públicos arrojaban torrentes de alegre claridad.

Y el taconeo del enlutado no cesaba.

Ya desaparecia su bulto en la sombra, ya se hacia visible bajo la luz de algun farol.

Detúvose de pronto ante un portal brillantemente iluminado, y en cuyo dintel, las manos cruzadas á la espalda, paseaba un arrogante criado.

Acercóse á él el desconocido.

— ¿ Ha venido ya ? preguntóle en voz baja.

— Aún no, contestó el criado con una respetuosa cortesía.

Apartóse algunos pasos del portal el desconocido y esperó.

Al cabo de algunos minutos, un elegante carruaje con faroles de un verde claro, se detuvo ante la casa, y el rostro adorable de una jóven de veinte años asomó por la ventanilla.

El incógnito enlutado se agitó en un violento estremecimiento.

Con un gesto de autoridad ordenó al criado que no se moviera, y abriendo por sí mismo la portezuela, dijo con una singular entonacion:

— ¡ Puede bajar la señora de Solbás !

Miróle la jóven, y sobrecogida de espanto, echó fuera del carruaje un pié fabulosamente pequeño, prisionero en un zapatito de raso, y se precipitó en el portal, llevando en su semblante el sello de un terror mal disimulado.

El desconocido quedó sobre la acera, en tanto que el carruaje volvía á alejarse.

— ¡ Insensata ! dijo en voz baja y lúgubre, esperaba no tornar á verme ¿ ignora acaso que hasta los muertos vuelven ?

Y arrojando una mirada altiva hácia el interior de la casa por donde habia desaparecido la asustada jóven, se acercó al criado y hablóle un instante al oído.

Luego echó á andar de nuevo, atravesando largas é interminables calles, siempre sin mirar, sin detenerse.

Media hora despues finalizaba su marcha ante una casa de regular apariencia, sobre cuya puerta se mostraba un letrero que, en grandes letras, decia: "CASA DE HUÉSPEDES".

El desconocido llamó.

— ¿Quién? gritó una voz femenina desde adentro.

— Soy yo, señora Remedios.

Abrióse la puerta sin ruido, como por manos de un espíritu.

En medio del largo zaguan, alumbrado mezquinamente por un reverbero, estaba una mujer, como de cincuenta años, ni alta ni baja, vestida de percal, con un pañuelo á grandes cuadros anudado al cuello; D^a Remedios presentaba ese agradable tipo de la mujer mediana, que ha envejecido en el trabajo y que lleva sobre su frente el sello de la honradez.

— Temprano se le vé á Vd. esta noche, dijo la señora Remedios con una sonrisa amable.

— ¿Por qué? preguntó indiferentemente el enlutado.

— Hace apenas un instante que los relojes han dado las ocho y ha tocado á ánimas la vecina iglesia, pero ya se vé... el cansancio del viaje...

El enlutado hizo un movimiento de impaciencia.

— ¿Hay luz en mi habitacion? preguntó con sequedad.

— No señor, pero al instante la tendrá Vd.

— La necesito pronto.

— Al instante, repitió D^a Remedios.

Y dando media vuelta, se escurrió por el largo zaguan.

El desconocido esperó ; poco tardó en volver la buena mujer.

— Ya está Vd. servido, dijo con ese aire afanoso y diligente de la persona que está satisfecha de su trabajo.

El enlutado tomó en dirección á su cuarto.

— Espere Vd., dijo de pronto D^a Remedios.

— ¿Qué hay?

— Quisiera preguntar á Vd. una cosa.

— Escucho.

— ¿Volverá Vd. á salir?

— Si así lo deseo...

— ¿Y si viene alguna cartita?

— Me la entregará Vd.

Y el desconocido volvió á seguir su camino.

— ¡Qué hombre? murmuró D^a Remedios.

III

El enlutado penetró en una pieza situada al final del zaguan y al comienzo de un oscuro patio.

No reinaba en ella el lujo, pero tampoco la miseria.

Era su mobiliario un lecho de pino, una mesa con tapete de paño encarnado sobre la cual se veían una lámpara, un tintero y varios libros, y otros enseres modestos, adornado todo con una agradable limpieza, porque la limpieza es también un adorno, y el más agradable de todos; la estera

que tapizaba el suelo estaba salpicada de agujeros mas no de manchas.

El enlutado arrojó el sombrero sobre una silla, y se sentó delante de la mesa.

Mostró entónces ser un jóven, estar en la florida estacion de la vida. Sus cabellos, negros y lácios, descendian hasta los hombros y acariciaban sus pálidas mejillas, sombreando sus lábios delgados un bigote cuidadosamente aliñado; sus ojos, de mirada dura y huraña, se hallaban fijos en la débil luz de la lámpara.

No pestañeaba; no se movia; parecia vivir en un mundo imaginario.

Y la lámpara agitaba su dorado abanico de luz, despidiendo á intérvalos alegres chispas, que él veia brotar y alzarse jugueteando dentro el estrecho tubo de cristal.

Y así quedó un largo rato, meditabundo y silencioso.

La campana de un viejo reloj que colgaba en la pared, sonó en este momento, produciendo un golpe vibrante y prolongado.

Eran las ocho y media.

El enlutado hizo un movimiento, como si aquel sonido le hubiese arrancado de las altas regiones por donde viajaba mano á mano con su imaginacion, trayéndole á la realidad; tomó una pluma, sumerjióla en la negra boca del tintero, y púsose á escribir, la frente apoyada en una de sus manos:

“ ¡Acabo de verla, mi buen Paco! ¿comprendes tú, bien, todo el sentido de esta frase? Acabo de verla, de estar á dos pasos de ella, de rozarla casi con mi

traje y con mi aliento; ¿y por qué no te lo he de confesar? mi corazón latió como el de un adolescente, y sentí desfallecer mi ánimo y mis miembros. Estaba tan bella como siempre; la seda y los encajes no han hecho sino realzar su hermosura. Quedé al punto sobrecogido, pero el recuerdo de los pasados días y el del propósito inquebrantable que aquí me ha traído bastó para recobrar me y plantéme delante de ella, en el momento en que descendía de su carruaje, á la puerta de su casa. ¡Debí hacerla el efecto de un espectro que se levanta del fondo de su sepulcro, porque huyó, pálida de terror, como quien crée ser víctima de una pesadilla! Pero no se huye de una sombra y yo será la sombra de su cuerpo. ¿Qué será de mí? ¿qué será de ella? ni lo sé ni me importa saberlo. Solo puedo asegurarte, Paco, que si he de caer en un abismo, la arrastraré conmigo y caeremos ambos. Hace apenas dos días, que estoy en la ciudad, y si supieras cuánto he hecho, y cuánto he adelantado en mi empresa! Me preguntarás quizá si creo en su éxito y si algo espero; creo, sí, en él, pero de él nada espero; mi herida es de aquellas que no cura el tiempo, pero que dulcifica la venganza. Y yo quiero vengarme. No me hables, pues, mi buen amigo, de volver á L..., ni me envíes consejos en tus cartas, que podré agradecerlos, pero jamás seguirlos... ”.

Escuchóse aún por algun tiempo el leve y recatado cuchicheo de la pluma con el papel,

Luego el desconocido arrojó la una, guardó el otro, y levantándose, comenzó á recorrer lentamente la pieza.

Habíase puesto mas sombrío aún, como si un enjambre de negros pensamientos hubiera asaltado su mente.

— ¡ Ah! murmuraba con una voz que parecía escaparse del fondo de su pecho, un año de lucha, un año de martirio, un año de sufrimiento!

Y movió tristemente la cabeza.

— ¿Puedo esperar volver yo á ser feliz? continuó con amargura, no, no! ¿á qué atenacearme entonces el corazón con este deseo insensato, con este hambre de dicha que nadie puede darme, y que no hallaré en parte alguna? ¿acaso ella descenderá hasta mí? ¿acaso ella tornará á ser mía? acaso... ¡ sublime tontería! siempre torturándome el alma con estos desvarios!

Calló un instante, y luego repuso golpeando su frente de una manera febril.

— Pero yo sabré hallar esa dicha que busco ¿no la halla el ébrio en el fondo de su vaso? ¿por qué no he de encontrarla yo en la satisfacción de la venganza?

Y paseaba de un lado al otro entretanto el enlutado; sus pasos golpeaban á compás el suelo, como el péndulo del reloj que colgaba en la pared; la ventana que caía al patio, sacudida por el viento, se quejaba sordamente.

El desconocido se sentó de nuevo, abrió un cajón de la mesa y sacó un abultado paquete de cartas y un retrato encuadrado entre cuatro varillas doradas.

Estaba el paquete liado con una cinta verde, arrugada y casi descolorida; desatólo él y fuélas recorriendo una á una, en tanto que su fisonomía tomaba una extraña expresión.

Y una sonrisa amenazadora vagaba en sus labios pálidos, mientras permaneció así, los codos sobre la mesa, los ojos sobre las cartas.

Y de la lectura de aquellos papeles, tan arrugados y tan descoloridos como la cinta que los guardaba, pasó á la contemplacion del pequeño retrato, que representaba una mujer jóven y hermosísima.

Y fué necesario que el reloj dejara oír de nuevo su voz sonora, y que se sintieran pasos en el corredor, para que el desconocido saliera de su abstraccion; escondió precipitadamente las cartas y el retrato y esperó con el rostro vuelto hácia la puerta.

Esta se abrió dando paso á la señora Remedios.

— ¿Os interrumpo? preguntó ella, echando una mirada inquisidora á la mano oculta de su huésped.

— ¿Qué se ofrece? dijo este bruscamente.

— Esto acaban de traer para Vd., contestó la buena mujer entregándole una carta.

El enlutado la abrió y la leyó con avidez.

Mirábale curiosamente la señora Remedios.

— Señora, dijo él rasgando el billete recibido, un asunto urgente me obliga á alejarme de la ciudad, y quizá permanezca ausente ocho días. Queda Vd. prevenida.

La señora Remedios se inclinó y salió del cuarto, murmurando:

— ¡Qué hombre!

IV

En un gabinete lujosamente decorado por la moda y el buen gusto, en que brillaban el bronce y los

dorados en las molduras y en los cuadros, y el raso y la seda en los tapices y en los muebles, acababa de entrar una mujer que parecia agitada y temblorosa bajo el velo de encajes que la cubria.

Con un ademan brusco volteólo sobre sus hombros, descubriendo la cabeza mas deliciosa que imaginarse pueda y un rostro bellissimo, al cual el terror, en él impreso, no alteraba en nada la gracia ni la delicadeza de sus líneas, y arrojándose desesperadamente en una butaca, colocó ambos codos sobre el respaldo, las manos bajo la barba, y murmuró con un temblor convulsivo:

— ¡Él, él aquí!

Aquella mujer era soberbiamente hermosa; blanca, de una palidez marfilina; los ojos grandes, rasgados y pardos y el cabello naturalmente ondeado, abundoso y castaño, de ese castaño claro que brilla al sol con reflejos dorados. Tendria apenas veinte años; un traje sencillo, severamente oscuro, permitia ver en lo alto un cuello satinado que ceñia un collar de perlas, y bajo su orla el mas arqueado piecesito.

Todo lo que la rodeaba era digno marco de tal figura: era aquel un gabinete adornado con ese encantador *pèlé-méle* de muebles y de colores que reina hoy dia, tan en oposicion con la rijidez de la antigua simetria; una lámpara de bronce, forma pompeyana, brillaba discretamente en un ángulo, sobre una dorada consola.

Inmóvil en la butaca, las manos plegadas bajo la barba, permanecia aún nuestra bella fugitiva; un pensamiento cruel debia torturar su mente, porque se la oía murmurar:

— ¡Él, él aquí!

Volvióse de pronto inquieta, como un pájaro que se siente sorprendido en su escondite, despues de haber escapado al poco certero tiro del cazador.

Era un jóven el que entraba, envuelto en una *robe de chambre* de cachemira azul; al verle, cambió súbitamente la fisonomía de la hermosa mujer, y con una sonrisa placentera tendióle sus dos manos que él estrechó y besó con pasion.

— ¿Me esperabas, Luis?

— Sí, Elisa mia, te esperaba, y te confieso que comenzaba á inquietarme tu tardanza, máxime cuando esta noche vamos al teatro.

Ella hizo un gesto de desagrado.

— ¡El teatro! ¿merece la pena la pieza de esta noche? no lo creo, y además ¿te lo diré? no tengo deseo alguno de ir.

— ¿Caprichos? exclamó alegremente Luis, no olvides, sin embargo, que fuiste tú quien manifestó deseos de asistir á la representacion del nuevo drama, pero puesto que no quieres, se te obedecerá, hermosa tirana. Dime, entretanto, ¿porqué te encuentro tan agitada y están frias y húmedas tus manos ¿te ha fatigado acaso el viaje á P...?

.. — Mucho, contestó con embarazo Elisa, figúrate, una hora en carruaje, y luego ese torpe del cochero, que castigaba tan furiosamente los caballos...

— ¿Estuviste entónces en la quinta de Julia? preguntó el jóven acercando un banquillo.

— Sí.

— ¿Y qué dice?

— Tantas cosas... enojóse conmigo primero porque no la veia con mas frecuencia, luego me invitó

á que fuera á pasar en P... una semana, nada mas que una semana; tú conoces á Julia, es tan amable tan insinuante que... no pude negarme á su deseo, y la prometí ir á pasar los ocho dias en la quinta.

— ¿Desde cuándo?

— Desde mañana, pero esto es si tú lo quieres, Luis mio, que sinó... ya sabes...

— ¿Puedo yo negarte nada? exclamó apasionadamente el jóven, mañana iremos á P...

— ¡Iremos! eres el mas adorable de los maridos! cuánto vamos á gozar allí! yo no soy sinó una hija de los campos, y amo al campo con delirio ¿sabes que envidia á Julia?

— ¡Elisa! eres injusta, tu frase envuelve un reproche ¿por qué no has querido pasar este verano en nuestra villa de L...?

— L...! murmuró con un acento indefinible la jóven.

— Sí, allí naciste tú y allí te conocí; allí te amé y allí te llamé mia; allí está la blanca casita de tu vieja madre, donde pasé yo tantas noches entre la fiebre del delirio, y el manso arroyo á cuyas márgenes he paseado tantas tardes, á tu brazo, en la calma de la convalecencia; L... encierra todo un mundo de recuerdos para ambos, de dulces y queridos recuerdos; en L... pude llegar hasta Dios porque supe llegar hasta tí ¿por qué detestas, pues. á L...?

— ¡Luis mio! murmuró Elisa pagando con una caricia aquel arranque de amoroso entusiasmo; luego repuso:

— Detestarlo... no es precisamente la palabra, pero.... ¿qué quieres? será una tontería, una idea

supersticiosa, absurda... creo que mi vuelta á L... sería para mí el comienzo de una serie de desgracias... no me pidas esplicaciones ¿puedo dár-melas acaso á mí misma?

Estaba seria la jóven al decir esto, y un pliegue sombrío habiase formado en medio de sus cejas arqueadas; Luis reia en tanto de su tono y de sus palabras.

— ¿Puede prestarse atencion á semejantes niñerías? exclamó, pero, puesto que ese nombre de L... te suena tan mal... no lo mentaremos mas; hablemos mas bien de P..., de ese retiro encantador donde la hermosa Julia de Almada nos espera... desde mañana ¿cuentas llevar á alguien contigo?

— Ciertamente; en primer término á tu madre, D^a Inés.

— Aprobado; adelante.

— Luego... Celina ¿cómo quieres dejar sola á esa niña?

— ¿Te digo yo algo, querida mia? Prosigue, prosigue sin temor.

— Luego... Laura, mi doncella; ya sabes que sus servicios me son indispensables.

— Pero ese es todo un regimiento ¿dónde vá á hallar Julia espacio bastante para albergarlo? ¿es pues, una invitacion general?

— Tú lo has dicho.

— Perfectamente; y... ¿no crees que haya alguien mas que quiera acogerse á esa invitacion tan amable y tan... ámplia?

— Sin duda: yendo Celina estaremos seguros de ver en P... á su prometido, Raúl de Armida, y á la hermana de este, Estefania.

— Luego...

— Luego... á Alfredo de Moncalvo, tu amigo de la infancia, que no puede vivir sin tí y que á todas partes te sigue; tiene por otra parte, invitacion especial de Julia.

— Será en verdad una calamidad para esta, dijo riendo Luis, pero, dime, ¿crées tú que haya algo entre ella y Alfredo?

— Por parte de ella... quizás; por parte de él... tu amigo es un fátuo que pone los ojos en todas las mujeres y el corazon en ninguna; no le creo capaz de amar.

— Mal le quieres, Elisa... me dicen, sin embargo, que se halla muy cambiado, que una estraña preocupacion parece dominarle, mucho mas estraña en él que posée un carácter jovial, que frecuenta poco el mundo, que está enamorado, en fin.

— ¿Lo has notado, tú, Luis? tú le ves todos los dias.

Y como ella se inclinára al decir esto, envolviéndole en el perfume delicioso que zahumaba sus cabellos castaños, olvidó el jóven el sujeto de la conversacion, y respondiòla casi al oido:

— Yo no tengo ojos sinó para verte y admirarte; ¡cuán bella eres y cuánto te amo!

Pero arrancóse á esta fascinacion, y como el reloj recordára la hora, se levantó diciendo alegremente:

— Es tarde ya, y tú debes estar fatigada y necesitas reposo; voy á dejarte y á enviarte á tu doncella; adios, angel mio, adios!

La envió un beso con la punta de sus dedos, y salió del gabinete.

Quedóse Elisa un instante pensativa y con la

vista sobre la alfombra; luego, con un sollozo que acusaba toda una hora de doloroso disimulo y de horrible angustia, repitió aquella frase que encerraba un enigma y una historia:

— ¡El, él aquí!

V

Julia Rolimán era una jóven de veinte y cuatro primaveras, blanca y rúbia, como una Margarita ó una Ofelia, y dueña de dos ojos de un azul claro, cuya mirada profunda y estraña velaban, por un acaso singular, negras y sedosas pestañas.

Hija única de un rico capitalista, mimada, halagada en todos sus caprichos, Julia salió de la dichosa edad en que todo se ignora sin haber saboreado las dulces caricias de una madre, y entró en la vida mundana con los ojos vendados, llevando en flor ya todos esos gérmenes de malas pasiones que recibimos cada cual al nacer, fatal zizaña entre la buena simiente del corazon, y que solo la mano de la madre tiene el poder de arrancar.

Soberbia, altiva y desdenosa; apasionada en sus sentimientos, en sus acciones y en sus palabras; no temiendo el crimen, si podia este convertirse en un medio para conseguir un fin: tal era Julia Rolimán.

Pero no seamos demasiado severos para con ella; el carácter egoista del autor de sus dias, que no pensaba sino en el tanto por ciento, y la decidia de la anciana tia que moraba á su lado, no eran, segu-

ramente, ¡ni el ejemplo ni el consejo que la jóven necesitaba.

Desde el dia que conoció su hermosura delante de un espejo y adivinó el poder diabólico que ella le prestaba, absorbió todo su tiempo en los trajes y se convirtió en la reina de la moda.

Cuando se presentaba en un baile, envuelta en una nube de tules, sombreando sus hombros desnudos aquella espléndida cabellera de un rúbio de oro, atraía todas las miradas y obtenia el mas halagüeño *suacés*.

Pero había un hombre que no se le vió jamás entre aquella corte entusiasta, que iba á rendirla el homenaje de su admiracion.

Alfredo de Moncalvo, obedeciendo á esa intuicion secreta é inesplicable que nos hace amar hasta el delirio ó aborrecer hasta la exajeracion, pasó ante ella indiferente y frio, y no fué, como tanto jóven inesperto, á quemar sus alas de loca mariposa en aquella luz deslumbradora.

Este desdeñ exasperó á Julia.

Moncalvo era un jóven elegante y codiciado por mas de una beldad; era, pues, una cuestion de honor que ella le viese á sus piés.

Pero el jóven no se rindió.

La hija del capitalista sintió despecho primero, luego... le aborreció con toda su alma.

Empero, cuando delante de su tocador guarnecido de blondas, componia su peinado para ir al baile, y derramaba una lluvia de polvos de arroz sobre el nácar de su cuello y de sus hombros, Julia deseaba que no faltase Moncalvo.

Y cuando la anciana tia le decia á la salida:

— Es raro que Alfredo de Moncalvo no haya asistido... un jóven tan distinguido...

— ¿Distinguido decís, tia? exclamaba la jóven con despecho, un hombre que debe á todo el mundo, que tiene queridas, que juega, que se bate cada dia...; vaya una distincion!

Y la tia callaba porque conocia el carácter irascible de su sobrina.

Pasado un momento, Julia arrojaba con mal humor sus atavíos.

— No ha estado Moncalvo, decia ¿por qué no habrá estado?

Esta lucha, pues, entre el corazon de la coqueta y el corazon de la mujer, debia dar sus frutos.

Julia Rolimán amó á Alfredo de Moncalvo.

Pero este amor, aunque ardiente, lo ocultó en lo mas recóndito de su pecho; era demasiado altiva para dejar adivinar su secreto al que la desdénaba.

Un dia el señor Rolimán la sorprendió con la nueva que un viejo caballero, el señor de Almada, pretendia su mano. Este señor tenia sesenta años y era gotoso y cojo, pero... poseia millones, lo cual le hacia parecer no muy feo y casi jóven.

Julia recibió con horror esta demanda y opuso tenaz resistencia.

¿Cómo podia ella, rica, hermosa, pisando los dinteles de ese edén que se llama juventud, entregar su mano á un hombre ya caduco, cuya frente severa helaba su entusiasmo? ¿cómo podia ahogar aquel amor que alimentaba su alma?

Empero... el cálculo del padre estaba por medio y... Julia Rolimán fué señora de Almada.

Dos años duró su enlace, dos años de un amargo sufrimiento !

El viejo señor sucumbió á una apoplejia, habiéndole precedido en el eterno viaje el avaro señor Rolimán.

Julia se vió libre. Durante la temporada de duelo vivió retirada de la sociedad, y trató, en la soledad de su encierro, de olvidar á Alfredo, de sofocar aquel amor que, en aquellos dos años, habia tomado un desarrollo alarmante.

Le fué imposible.

Cuando reapareció en los salones, al cruzarse con él, al recibir aquel saludo ceremonioso y el choque de aquella mirada glacial sentia agolpársele toda la sangre al corazon.

Y con esa perspicacia de mujer, y mas aún de mujer enamorada, notó que algo habia alterado el carácter de Alfredo, y que aparecía ahora, no ya como ántes revoloteando al rededor de todas las hermosas, sinó sério, grave y preocupado.

¿Cuál era la causa de este cambio? mil sospechas tuvo la jóven, sufriendo la mordedura de los celos... pero supo acallar sus instintos, decidida á esperar.

Julia de Almada vivia acompañada de su anciana tia, la señora Rolimán, en una preciosa *villa* en P..., pintoresco pueblecillo cercano á la ciudad, que en la estacion de los calores se convertia en el sitio á la moda.

Rodeaba esta *villa* un delicioso jardin, exuberante de flores y de aromas, con estátuas de faunos y de sátiros perdidas entre sus bosquecillos de verdura, y fuentes de mármol que hacian oír

su sonoro y continuado murmullo; una ancha avenida, tapizada de fina arena y bordeada de altos árboles, dejaba entrever á su extremo la escalinata y la arcada de la lujosa casa de campo.

Solo cuando la nieve cubria la campiña de una sábana blanquecina, Julia y su tia regresaban á la ciudad, al seno del bullicio y de los placeres.

A esta morada, pues, vamos á conducir al lector, seguros que hemos de pasar ratos agradables.

VI

El dia estaba caluroso; dejaba el sol caer á plomo sus rayos, y todos, hombres y mujeres, aves é insectos, buscaban entre el follaje y á la sombra de los árboles un fresco refugio.

Era esa hora tranquila del medio dia, en que se interrumpe todo trabajo, cesa todo canto, todo ruido; en que no vuela la brisa, ni cabecean lánguidamente las altas copas de los árboles; solo se oye el áspero chirrido de la cigarra, ese grillo de los dias estivales.

El pueblo de P., estaba mas que nunca silencioso; los trabajadores del campo rendidos bajo el peso de la calor y de la fatiga, se entregaban al reposo, y las quintas de los alrededores tenian caidas las persianas de sus ventanas y cerradas las celosías, tal como si nadie morase en ellas, ó como si el ángel del sueño hubiera desplegado sus alas y tocado lo todo con su aliento soporífero.

Sin embargo, en el jardín de la *villa* de Almada, bajo la sombra de un pabellon revestido de enredaderas variadas y olorosas, **velanse** **dós** mujeres, jòven y de cabellos rubios la una, **anciana** y de cabellos grises la otra, ocupadas ambas en una labor de aguja.

No podia darse un retiro mas delicioso que aquel: racimos de campanillas azules, rojas y violadas esmaltaban pintorescamente el verde dosel de hojas y de ramas, impenetrable á los rayos del ardiente astro; la yedra colgaba á la entrada largas y flotantes guirnaldas; sentíase allí ese perfume suave y fresco del heno recién cortado, y oíase el continuo aleteo de los pájaros en la espesura del jardín, que se perseguían con locos y agudos gritos.

— Estais insoportable, tia, con vuestro señor Vallespina, dijo la jòven rubia arrojando sobre la mesa rústica que tenia delante el trabajo de tapicería.

— No te enfades, Julia, replicó dulcemente la vieja señora sin abandonar su obra, el señor Vallespina...

— ¿Quereis dejar tranquilo, tia, á ese buen señor?

— Déjame decirte, mi querida sobrina, que el señor Vallespina es un **partido** **excelente**, y que te conviene por mas de una razon; es un hombre que no es viejo ni jòven, es decir, que tiene la edad que conviene á un marido...

— Pero, tia, ¡si tiene sesenta años!

— La edad de la madurez y de la reflexion.

— Es casi ciego.

— Mejor, así no verá mas allá de sus narices; un

marido, hija mia, conviene siempre que sea corto de vista... y de alcances.

— Tiene un genio diabólico.

— Conocido, pero, en cambio, es inmensamente rico, su nombre es muy considerado, y acaba de ser nombrado nuestro ministro en Londres, en reemplazo del general Mantera. No te seducen un poco esos bailes espléndidos, esa vida de corte, esa...

— Calláos, tia! exclamó la jóven con un mohin de impaciencia, diríase que predicáis á una chiquilla; no olvidéis que he pasado ya esa edad... soy jóven, rica, y dicen por ahí que bella también, no tengo prisa ni deseo de casarme otra vez; además yo no entregaré mi mano sinó á un hombre que pueda y que sepa corresponder á mi amor.

— ¡He ahí la sagrada palabra! replicó con acritud la señora Rolimán, ¿qué es el amor? una solemne bobada. ¿Quién habla de amor hoy dia? los poetas, los locos y los tontos, es decir, nadie!

Y como viera que Julia guardaba silencio, continuó agriando mas y mas su acento:

— Dices que ya no eres una niña, y me vienes con salidas de chicuela sin seso; habrás visto cosa semejante! hablar de amor á tu edad y con tu buen sentido ¿qué dejamos para esas criaturas linfáticas, enfermas de sentimentalismo crónico ó de tontería, que es lo mismo, que pasan sus dias y sus noches sobre una novela llorona? El señor Vallespina, te lo repito, es un hombre de reposo, de posicion... y de millonés, sobre todo, y es preciso que te convenzas, Julia, que, en este siglo, el

amor está en el bolsillo y no en el corazón, como lo cantan ciertos libros majaderos.

— ¡Calláos, tía, os lo suplico! repitió la joven, clavando en ella al mismo tiempo la mirada severa de sus estraños ojos azules.

La señora Rolimán se encogió de hombros y calló.

Julia tomó de nuevo su trabajo de tapicería, y al cabo de un rato de silencio, preguntó con abandono :

— ¿Qué os parece, tía, al lado de este gajo de lilas blancas irá bien una rosa encarnada?

— Yo pondría mas bien un ramo de “ no me olvides ” azules, contestó la anciana recobrando su acento meloso.

— Prefiero la rosa encarnada ; hace un hermoso matiz.

— Como quieras.

Callaron ambas de nuevo ; el sol abandonaba ya su zénit, y los campos comenzaban á despertar de su momentáneo sopor ; sonaba el hacha á lo lejos, y escuchábase el chirrido sordo de las carretas que pasaban por el camino, al paso perezoso de los bueyes.

— Es estraño, dijo Julia, es pasado ya el medio día y Elisa de Solbás no llega.

— ¿Te prometió anoche venir?

— Sí, y la espero desde el alba.

— ¿Vendrá sola?

— No, seguramente ; D^a Inés, Celina y Estefania deben acompañarla ; ván á pasar todas ocho días en la quinta.

La señora Rolimán dejó ver un gesto de disgusto.

— Buena la has armado con tu invitacion, dijo con mal humor ¿qué vamos á hacernos con tanta gente aquí? detrás de Elisa y de la señora de Solbás vendrá el marido, detrás de Celina su novio empalagoso, detrás de Estefanía ese tonto de Flostana que no la pierde pisada, y detrás de todos el mas insoportable de todos, Moncalvo... ¡esto vá á ser el fin del mundo!

— ¡Tia!

— Cuando yo digo que no eres sinó una niña! no es precisamente que esto me enfade ni que toda esa... caravana me sea antipática, pero, te lo confesaré, detesto á Elisa de Solbás ¿quién puede olvidar que no ha sido sinó una pobre campesina que la varita mágica del destino ennobleció de la noche á la mañana, dándola por marido el mas distinguido de nuestros jóvenes? Yo, hija mia, te lo diré con franqueza, yo, hasta olor á cebollas la tomo!

Rióse la jóven estrepitosamente.

— Sols severa y exagerada, tia, dijo, Elisa es una adorable jóven cuyos modales desmienten su origen, y cuando se la vé en un salon nadie diría que ha nacido en medio de los campos; yo la quiero sinceramente, y la considero la mejor de mis amigas.

La señora Rolimán hizo un movimiento de hombros, como si aquella declaracion valiese bien poco á sus ojos ¿acaso no conocía ella el carácter veleidoso y apasionado de su sobrina?

Oyóse en este momento alegre ruido de voces en el jardin.

— Héla aquí, exclamó Julia, abandonando su

asiento; la vieja señora no pronunció palabra, dejó su labor sobre la mesa, y luego colocó tranquilamente sus brazos, uno encima del otro, dando un enorme bostezo.

Las voces y las risas se acercaban, y á poco un grupo encantador desembocó en uno de los trillados senderos 'del jardín; eran dos graciosas jóvenes que, con sus vaporosos trajes de verano y sus sombreros de paja de Italia, venían saltando por el camino, deteniéndose aquí y allá, como mariposas que tienden sus alas al sol y revolotean inquietas sobre cada objeto, ufanas de su belleza y de sus colores; cogiendo las flores que se ocultaban entre el césped y los gajos de olorosa madre-selva que colgaban de los brazos de los árboles, alegres, vivaces, retozonas, como un cordero que sale al campo por la vez primera.

Andando así llegaron al pabellon, y al levantar el cortinaje de yedra, la arrogante figura de Julia de Almada apareció en la puerta.

— ¡Cuánto os habeis hecho esperar! dijo ella abrazando cariñosamente á cada una, pero.... no veo ni á Elisa ni á la señora de Solbás ¿no han venido acaso?

— Si, sí, se hallan en el salón, respondió la mas jóven de ellas.

— ¿Y tu tia? preguntó la otra mirando curiosamente por entre las hojas.

Un poderoso ronquido contestó á esta pregunta.

— Ya lo veis, dijo Julia riendo, mi tia duerme: dejémosla descansar y vamos al salon.

Y todas tres se dirijieron alegremente hácia la casa.

VII

Delante del piano abierto, sentada la una en la baqueta y dejando vagar sus dedos distraídos sobre el marfil del teclado, de pié la otra y hojeando con atención marcada un cuaderno de música, hallábanse las dos jóvenes que acabamos de ver en el jardín.

Reinaba en el salón esa semi-oscuridad tan agradable en los días calurosos, gracias á las persianas caídas que dejaban apenas penetrar una luz indecisa; algunos vasos de flores, en que las rosas, los geranios y los jazmines mezclaban agradablemente su perfume y sus colores, adornaban las consolas.

Reclinadas con negligencia en un sofá departían animadamente Elisa y Julia, en tanto que la señora Rolimán, vuelta ya de su siesta en el pabellón, jugaba al dominó con D^a Inés de Solbás, distinguida dama, hermosa aún bajo sus cabellos blancos, y en cuyo rostro, que una expresión de calma y de serenidad embellecía, había dejado apenas el tiempo la huella de sus pasos,

— ¿Cantarás algo, Celina? dijo la señora de Solbás volviéndose á la joven que hojeaba el cuaderno de música.

Y poniendo la pequeña pieza de dominó sobre la mesa, añadió con aire de triunfo:

— Estáis vencida, mi querida señora, tenéis que buscar un cinco, y puedo aseguraros que no lo hay en el juego.

— Siempre que Estefania quiera acompañarme...
habia respondido la joven interpelada.

— ¿Por qué no? contestó á su vez la otra, empieza cuando quieras.

Contaba apenas Celina diez y seis años, brillando en su rostro y en su talle la gracia encantadora de esta edad; sus negros ojos irradiaban una mirada suave y adormecida, y era su cútis moreno, de ese moreno aterciopelado que parece ser el patrimonio de las mujeres del mediodia, y que presta el arte á esas aldeanas de la Italia, tipo ideal que contemplamos extasiados en los lienzos de los grandes maestros. Estefania, en cambio, era blanca y pálida, de cabellos negros y ojos mas negros todavía, siempre bellos, siempre magníficos, ya los adormeciera la pasion, ya los hiciese chispear la cólera.

Y la fresca voz de Celina se elevó en el salon, mientras el piano sonaba dulcemente bajo la caricia de los dedos de Estefania.

“ Connais-tu le pays où fleurit l'oranger,
Le pays des fruits d'or et des roses vermeilles? ”

Esta tierna cancion, en que palpita toda la nostalgia de la pobre niña arrancada á su patria y á su hogar, era la que cantaba Celina; y cual otra Mignon, los ojos levantados al cielo, suspiraba blandamente:

“ C'est là que je voudrais vivre,
Aimer et mourir! ”

Y en tanto que Estefania y Celina hacian música, y que D^a Inés y la señora Rolimán jugaban su

partida de dominó, Elisa y Julia departian en el sofá.

— Si, querida mia, decia esta, vamos á pasar unos ocho dias deliciosos; ya verás qué escursiones en el bosque! yo monto á caballo como una amazona, y manejo la escopeta como el mas esperto cazador. Tengo deseos de reir, de gozar, de buscar en la embriaguez de las diversiones el olvido de algunas pequeñas penas que tengo en el fondo del alma.

— ¿Tú, penas, querida Julia? dijo la jóven tomándola con cariño ambas manos.

— Si, yo ¿de qué te asombros? nadie escapa á ellas bajo el sol!

Acercóse Elisa á su oido y la dijo muy quedo y con una sonrisa intencionada:

— ¿Moncalvo, acaso?

— Si, amiga mia, Moncalvo, respondió Julia con un suspiro, ¿á qué negártelo? tú eres la mejor de mis amigas. Hace cinco años, ¡cinco años! que le amo en secreto y sin esperanza!

Y luego, dando muestras de una franqueza bien rara en ella, le refirió la historia de aquel amor desconocido y desgraciado; díjola todo lo que habia sufrido, todo lo que habia llorado desde el dia en que se sintió herida por sus desdenes hasta aquel en que conoció hallarse presa en las redes de la passion; contó punto por punto las peripecias todas de aquellos dos años de matrimonio, viviendo al lado de un viejo gotoso y repugnante y teniendo delante siempre de sus ojos la figura hermosa del objeto ingrato de su amor; dijo cuántas ilusiones habíase forjado á la muerte del señor de Almada, cómo estas ilusiones las habia visto desvanecerse, y

cómo se encontraba ahora desgraciada en medio de los esplendores que la rodeaban.

— Seguramente, prosiguió Julia despues de esta espontánea confesion, él ignora todo esto, lo ignora todo el mundo, menos tú y yo, amiga mia. Me queda un consuelo, sin embargo, y es que Moncalvo teme el matrimonio y que ninguna mujer, hasta ahora, ha logrado avasallar su corazon. Un dia crei notar, empero, que una de mis mejores amigas alcanzaba ese triunfo... y odié á aquella mujer... pero todo no era sinó una ilusion !

— Amiga mia, contestó Elisa con una sonrisa melancólica, todo eso que me cuentas ¿quién no lo ha pasado? así como no hay rosas sin espinas no hay amor sin penas ; aquel que ama sufre mas que goza, y solo le sostiene la esperanza, que nos acompaña hasta mas allá de la tumba !

La señora Rolimán levantaba en este momento su voz desafinada para decir:

— Ahora os toca á vos, señora Inés ; buscad, buscad el doble seis ¿á que no lo encontráis?

— Hélo aquí, contestó la señora de Solbás presentando con calma la pieza exigida.

— Esto es insoportable, refunfuñó la tia aliñeando nerviosa todas sus piezas.

D^a Inés seguia jugando y relase bondadosamente de la cólera de su contrincante.

— Buscad ahora un comodin, dijo de pronto en tono burlo.

— ¿Cómo, habeis vuelto á cerrar el juego?

— Sin duda.

— Pero eso que haceis no es lícito, mi buena señora de Solbás.

— ¿Lo creéis así, mi excelente señora Rolimán?
Y se puso á llevar el compás de la cancion que
concluia ya Celina, mientras la vieja señora bus-
caba malhumorada el maldito comodín.

“ C'est là que je voudrais vivre,
Aimer et mourir! ”

Y la voz de la jóven fué apagándose gradualmente
hasta terminar en un suave suspiro.

— ¡Deliciosa cancion! exclamó Julia, cantáis ad-
mirablemente, hija mia.

Escuchóse un ruido bien conocido, el que pro-
duce la herradura del caballo sobre el empedrado.

Elisa, Julia y Celina corrieron á la ventana y en-
treabieron la celosia.

— ¿Será Luis? exclamó Elisa.

— ¿Será Raúl? murmuró Celina.

— ¿Será Alfredo? pensó Julia.

Y las tres miraban ávidamente hácia el camino,
conteniendo los latidos del agitado corazón.

Y Luis, Alfredo y Raúl aparecieron al final de la
avenida

Las señoras no se habian movido, y Estefania
permaneció sentada en la banqueta del piano, de-
jando vagar sus dedos distraidos sobre el marfil
del teclado.

VIII

Era la tarde.

El disco del sol, de un color de sangre, se hundia
ya entre una bandada de nubes sombrías.

Habia llovido aquel día, y la lluvia reciente había colgado en cada flor y en cada hoja infinidad de gotas cristalinas, que brillaban en mil cambiantes á los últimos destellos del astro que se ocultaba.

Elisa bajó la escalinata del salón y se internó en el jardín; era la vez primera, en los tres días que pasara en la quinta, que se la veía así sola; habíanse armado alegres cabalgatas, batidas en el bosque vecino; ella, dando por pretexto sus jaquecas y sus nervios, ese recurso supremo de todas las mujeres hermosas, permaneció encerrada en su estancia, á pesar de todas las súplicas.

Iba ella entretanto por la enarenada callecilla, triste y pensativa, deshojando distraída el ramillete de flores que conservaba en la mano; algunos jazmines fragantes salpicaban al acaso sus cabellos castaños, y la indiscreta muselina de su vestido descubría al ojo curioso la piel rosada de su escote y de sus brazos.

Un blando perfume de heliotropo acariciaba deliciosamente el olfato; era esa hora del crepúsculo, llena de poesía y de ignorada música, hora en que la imaginación despliega sus alas de águila, y remonta su vuelo hasta la región fantástica y encantada de los sueños.

El jardín de la quinta rodeábalo una elegante verja de hierro por el lado que caía á la carretera y aquel que daba a espaldas de la casa lo cerraba una alta empalizada y defendíalo de las miradas indiscretas una doble hilera de robustos tilos, que tendían su tupida cortina de hojas acorazonadas y de flores blanquecinas y olorosas.

Pegada á los hierros de la verja columbrábase una sombra, que tal lo parecia el hombre enlutado mirando adelantar á la pensativa jóven.

Sus ojos brillaban, bajo el ala de su ancho sombrero negro, como deben brillar los del tigre en la oscuridad de la selva, al aproximarse su presa.

Elisa no le habia visto, distraida como iba, mas de pronto arrojó un grito y quedó, pálida de terror, en medio de la callecilla, como si sus piés se hubiesen clavado á la tierra; el destrozado ramo se desprendió de sus manos y rodó por su falda hasta el suelo.

El desconocido no se movió ni dijo una sola palabra; siguió mirándola con sus ojos implacables, pegado el rostro á la reja y los brazos enlazados á los barrotes de hierro.

Elisa halló fuerzas para volverse y emprender una carrera precipitada, en la que la prestaba alas el miedo; entónces oyó á su espalda la carcajada burlona y siniestra del enlutado. No conocia la jóven el jardin, y perdióse á poco en un laberinto de senderos tortuosos; buscó con la vista un refugio, un asilo cualquiera... halló la puerta del pabellon de enredaderas, y metióse en él, mirando hácia atras como si temiese ser perseguida.

Fra la tímida liebre que, acosada de cerca por los galgos, escondese atemorizada en el primer hueco que encuentra al paso.

Elisa se dejó caer sobre el banco, llevando sus manos al corazon que latia atropelladamente, y murmurando estas palabras, que el susto y el cansancio entrecortaban:

— ¡Dios mio!... él, aún él!... ¿qué querrá ese hombre de mí?

Y quedó caída sobre el banco, sin fuerzas para hacer un solo movimiento.

Tan abstraída estaba que no vió aparecer en la puerta un hombre, que la escasa claridad de la tarde impedía reconocer; aquel hombre quedó un momento inmóvil y luego adelantó hasta la mesa de encina, rústicamente trabajada, que ocupaba el centro del pabellon.

— Señora, dijo una voz rendida y apasionada, ¿por qué huis así de nuestra compañía y venis á refugiaros en la soledad y en el silencio?

Elisa se incorporó con violencia y miró asustada al que así y tan de cerca la hablaba.

— ¡Ah! ¿sois vos? exclamó levantándose.

— Si, respondió Alfredo, yo que os buscaba.

— ¿Teneis algo que decirme? preguntó ella secamente haciendo ademán de retirarse.

— ¡Tantas cosas, señora, tengo y quisiera decirlos! pero ¿qué haceis? ¿os vais? yo os lo suplico, si no os disgusta mi presencia, quedáos un instante, nada mas que un instante; hace tanto tiempo que deseo hablaros!

Sentóse de nuevo Elisa en el banco y respondió brevemente:

— ¡Hablad!

Moncalvo ocupó un asiento á su lado, cerca, mas cerca quizá de lo que las conveniencias y la etiqueta permitian; la jóven sintió su respiracion ardiente rozarla el cuello y las mejillas.

É inclinado él asi, habló con un acento cariñoso y apasionado.

— ¿No sé por qué, señora, sois tan severa para conmigo, ni por qué os ocultais y evitais mi presen-

cia ¿por qué esta fria crueldad? hacen tres dias ya que estáis en la quinta, y es esta la primera vez que logro veros y hablaros! ah! Elisa, toda esta dureza no la merece ciertamente quien os ama... como yo os amo!

— Moncalvo, **esclamó** Elisa en tono severo, callaos, os lo ordeno; la última vez cometí la imprudencia de escuchar vuestra declaracion y la torpeza de contestarla con mi silencio; os aconsejo ahora — y no **soy tan** severa como debiera, gracias á la amistad que os liga á mi marido — os aconsejo desistáis de vuestro loco empeño. He aquí mi **respuesta**, ¿eso era todo lo que teniais que decirme?

— Os echo en cara vuestra crueldad, y os haceis mas cruel todavia, dijo Alfredo con sentimiento, ¿puedo yo acallar mi corazon? ¿puedo yo encadenar á mis lábios esa ardiente palabra que me dicta la pasion? ah! Elisa, dejadme que os lo diga: hace un año que os amo, desde aquel **dia** que llegasteis de **L...**, hace un año ¿lo ois bien? y es este un amor que me consume y que no bastará toda vuestra frialdad para **apagarlo**; yo os lo suplico, os lo suplico de rodillas, **dadme una palabra, una mirada, una esperanza!**

Elisa lanzó una carcajada nerviosa que dejó **desconcertado** al **jóven**, que **hacia** ya ademán de caer de hinojos.

— ¡Cuán **original** estais así! **esclamó** riendo aún ¿dónde habéis **aprendido** de memoria esa **tirada** trájica? recitais vuestro papel á las mil maravillas... ja, ja, ja, ja!... habia resuelto enfadarme, pero he comprendido que **és** el peor camino... ja, ja, ja, ja!

Y lanzando una nueva carcajada se levantó del banco y se dirigió á la puerta del pabellon.

Alfredo corrió tras ella.

— Perdonadme, señora, si os he ofendido. dijo suplicante, soy un loco, un aturdido, merezco vuestro enojo... pero demasiado castigado estoy ya con vuestra risa cruel.

Elisa cesó de reir y le miró bien fijamente.

— Que sea esta la última vez, dijo alzando su pequeño dedo, no quiero oiros mas hablarme de vuestro amor.

— Os lo prometo, señora, contestó Alfredo con afectada humildad, acepto vuestro fallo, pero con una condicion.

— ¿Cuál?

— Que me dareis ese ramo de jazmines prendido en vuestro corpiño.

La jóven volvió á reir.

— ¿Qué quereis hacer con estas pobres flores? dijo, están ya marchitas y han perdido todo perfume.

— Señora, contestó Moncalvo con galanteria, guardarán siempre para mí el que vos las habéis prestado.

— Tomadlo, pues.

Y en el momento en que ella alargaba el fragante ramillete, la figura rígida de Julia de Almada apareció de pronto en el camino.

IX

Reclinada indolentemente en un sillón de raso color de lila, y ajitando con abandono su abanico de plumas blancas, tenía Julia fija la vista en la puerta que daba al jardín.

Un candelabro de bronce con cuatro bugías encendidas prestaba al salón ese aire de intimidad y de recogimiento que da siempre la luz escasa. De pie, cerca de Julia, contaba Luis á las dos viejas señoras los detalles de un crimen reciente, que ellas acogían con quejumbrosas exclamaciones y exajeradas muestras de conmiseración; el piano vibraba bajo los dedos ágiles de Estefanía, y mas allá, en el rincón mas apartado, Raúl y Celina, tocándose casi sus cabezas, hablaban en voz baja, con el entusiasmo de todos los novios.

Estaba sombría Julia, y fingiendo escuchar lo que Luis decía, no apartaba sus ojos de la puerta del jardín.

Era aquello muy extraño.

Y mas que extraño, de una inconveniencia chocante.

¿Dónde estaba Elisa?

¿Por qué no se hallaba Moncalvo en el salón?

Asomada Julia, no hacía aún una hora, á la ventana de su alcoba, habíala visto pasar por la larga avenida y perderse en el jardín.

Y diez minutos despues vió pasar también á Alfredo por el mismo camino, mirando á uno y

otro lado, como quien busca algo, y con la precipitacion del que acude á una cita.

¡Una cita!

¿Por qué esta palabra despertó todas las dormidas sospechas de la jóven y clavó una espina dolorosa en su corazon?

¡Ah! ¡si fuese cierto!

Y ese imbécil del marido que relata historias en tanto que...

— Hace aquí un calor sofocante, dijo Julia levantándose con un brusco movimiento, mientras se prepara el té voy á dar una vuelta por el jardin.

— ¿Quereis que os acompañe? dijo Luis presentándola galantemente su brazo.

— Os lo agradezco; no quiero privar á las señoras de vuestra interesante conversacion.

Y saludando con una sonrisa encantadora, cruzó con paso nervioso el salon y bajó al jardin.

Mostrábase ya la luna en la mitad del cielo y una brisa embalsamada volaba en el espacio; los grillos entonaban su monótono concierto en medio del silencio religioso de la noche, é inmóviles cual fantasmas aparecían los árboles inmensos, envueltos en sus ropajes sombríos: la fina arena del camino crujia bajo los pasos precipitados de la jóven.

Marchaba ésta por la avenida, interrogándolo todo con la vista inquieta, deteniéndose á cada paso para escuchar y oyendo solo el latido de su corazon ajitado, creyendo ver lo que no vela, y aparecer de repente lo que solo existía en su imaginacion acalorada.

¡Si; no habia duda posible; se amaban!

Ella no se había engañado.

Aquella indiferencia con que Elisa acogía los homenajes de Moncalvo: la tranquilidad con que había escuchado días ántes la confesion que ella ; torpe! la hiciera; la amorosa solicitud que demostraba á su marido, todo no era sinó una comedia vulgar.

La mujer posée innato el arte del finjimiento, y el amor, como el interés, tiene el poder de romper los lazos mas estrechos; Elisa aparecía á los ojos de Julia como una despreciable comedianta y como una amiga desleal.

¡Ah! sentía ya que la odiaba.

Sentía tambien venirla los deseos de ahogarla; sus dedos crispados desgarraban el encage blanco de su vestido.

¿Dónde se hallaban entretanto?

El jardin estaba desierto y silencioso; las ventanas iluminadas del salón arrojaban á intervalos los acordes armoniosos del piano de Estefania, y esto era sólo lo que se oía, unido al canto incesante del grillo; nada ni nadie se veía en la avenida ni en las callecillas laterales.

— ¡Ah! murmuró la jóven con una sonrisa amarga, ¡es en el pabellon donde se ocultan!

Dobló á su izquierda, y silenciosamente, con cautela, con el paso sordo del gato, se deslizó á lo largo del tupido boj del camino, cuidando de ir por el lado de la sombra, porque su traje blanco y la luz de la luna podían venderla.

No se había equivocado, no.

Oíanse voces en el pabellon, voces discretas, cuyo éco apagado solo el oido atento de Julia podía recojer.

Esta, comprimiendo con ambas manos el corazón que la golpeaba desapiadadamente el pecho, se detuvo y esperó; la idea de que allí estarían ellos, la una en brazos del otro, en medio de la calma poética de aquella noche tropical, estendió un velo delante de sus ojos.

Y no esperó mucho.

Algo que vió aparecer en la puerta del pabellon, la dejó estática en medio del camino, como quedara Elisa horas antes, al descubrir el hombre enlutado que la acechaba al través de la verja de la quinta.

¿Qué vio la jóven?

Una pareja, que la luna que la daba de lleno permitía fácilmente reconocer: inclinado Moncalvo, parecía solicitar algo que Elisa, perpleja, tardaba en conceder; hablaba el uno con entusiasmo y contestaba la otra con timidez; llevó, por último, ella su mano al pecho y alargó un ramillete de jazmines que él tomó con un movimiento apasionado; luego, brazo sobre brazo, pasaron ambos, sin verla, á dos pasos de Julia oculta en la sombra, y siguieron el camino de la casa lentamente, muy lentamente.

La jóven les vió pasar y no se movió.

La cólera, los celos, el ódio, toda esta turba de pasiones indomables se desencadenó en su alma como una violenta tempestad.

Creyó engañarse, sin embargo, ser víctima de una pesadilla; restregóse los ojos y volvió á mirar: allá, al final de la avenida seguían ambos su lento paseo; el aire agitaba la blanca muselina del vestido de Elisa, y los flotantes lazos de la gasa que envolvía su cabeza se cernían sobre ella, como las alas de un inmenso pájaro.

— ¡Oh! Dios mío, me siento morir! murmuró Julia dejando caer con desaliento los brazos á lo largo de su cuerpo.

Pero pronto irguió su cabeza abatida, miró fijamente á la odiada pareja que se alejaba siempre, y con un gesto de amenaza que descompuso todo su rostro, exclamó con voz sorda y terrible:

— ¡Me vengaré! lo juro! me vengaré!

X

Sentados delante de la ventana abierta, que dejaba penetrar la brisa tibia y perfumada de la noche, Alfredo y Luis charlaban.

— ¿Sabes, decía Luis, que encuentro en tí un cambio notable? yo, el amigo de tu infancia y de tu juventud, te desconozco. Tú, el calavera recalcitrante, el temible merodeador del cercado ajeno, el héroe de mil romanescas aventuras; tú, el rendido admirador de Estela, esa deliciosa artista de canto, y de Camelia, esa amable bailarina, cuyos favores han disputado con el oro y con la espada; tú, el amante de Rosaura, la romántica, la sensible Rosaura, que purga hoy día su desliz entre las cuatro paredes de un convento; tú, un D. Juan. un Lovelace, te vuelves grave y taciturno, te haces juicioso y reservado, y abandonas tu campo de acción para venir á encerrarte en P..., como quien dice en el desierto! ¿Será acaso por hacer peni-

tencia? no lo creo, ni creo tampoco que sea por acompañarme; te quiero y sé que me quieres, pero no me hago la ilusión de que á tanto se lleve el cariño amistoso. ¿Sabes lo que se dice de tí, Alfredo?

— ¿Se dice algo de mí? preguntó con indiferencia el jóven, que habia escuchado distraido toda esta larga tirada.

— Se dice que estás enamorado.

— ¡Enamorado! los que tal dicen quizá tengan razon.

— ¡Hola! ¿secretos á mí? veamos, dáme el nombre de esa beldad incógnita, de esa hada misteriosa que con su varita mágica ha obrado en tí semejante transformacion.

El jóven guardó silencio.

— Me duele ver la poca confianza que tienes en mí, repuso Luis ¿quieres que yo te abra el camino y te haga así la confesion mas fácil? ahí vá un nombre tomado al azar: ¡Julia!

— No, no, amigo mio, es para mí una mujer temible; bella, rica, espiritual, todo lo que quieras, pero pienso que debe evitarse su amor como su ódio, no sé por qué; dicen que tiene sangre criolla, que es de origen cubano.

— Esa no es una razon, mi querido Alfredo; la intensidad de los afectos en la mujer es mas bien una cualidad que un defecto; tiene sus peligros pero tambien sus ventajas, y creo que el hombre debe buscar siempre una mujer en carne y hueso, que sepa sentir, y no una muñeca de resorte que llore y que hable á voluntad. Busquemos por otro lado, sin embargo. ¿Me equivocaré al decirte que

la que te ha trastornado el seso es aquella hermosa niña que nos presenta ahora su delicado perfil, inclinada como está, sobre el servicio del té que prepara?

— ¿Estefanía? Otra vez no, amigo mio; la admiro como todos, pero no paso de ahí, á pesar de sus ojos magníficos que hablan cuando miran; además, Estefanía es la pasión de Enrique Flostana.

— Entonces... entonces, confieso que me confundes y me declaro vencido; ¿dónde encontrar un nombre que me dé la clave de este enigma?

— No te canses en buscarlo, Luis, ni estoy enamorado ni he pensado estarlo; he venido á la quinta porque debía hacer á la invitación de la señora de Almada, el honor que se merece, y porque una temporada de campo á nadie sienta mal. Además creo que no doy pruebas de mal gusto en permanecer aquí; quiero hacerte confesar que si P... es un desierto esta quinta es un oasis delicioso.

— ¡Oh! indudablemente, Julia es una mujer encantadora y que sabe hacer bien las cosas. Y á propósito de Julia...

Luis acercó mas su silla y hablóle á Alfredo en voz baja.

Decían que un noble sexagenario que tenía tantos millones como años, un señor Vallespina, nuevo ministro diplomático en Lóndres, aspiraba á la mano de la hermosa viuda; que la señora Rolimán fomentaba aquella pretension y trataba de persuadir á su sobrina que la segunda prueba no es tan temible ni tan costosa, como la primera; se adelantaba mas todavía, y llegaba hasta decirse que para el próximo otoño partiría para Lóndres el se-

ñor Vallespina á presentar sus credenciales, y que, detrás de él partiría Julia á su vez, y como el otoño no estaba lejos, estaba bastante próximo el nuevo extravagante enlace de Julia.

Esto era lo que contaban las gacetas de los salones.

Relase discretamente Moncalvo de todo esto.

— ¿Y creés tú semejantes dices? dijo encojiéndose de hombros, tienen tanto fundamento como la causa soñada de mi flamante gravedad. Una sonrisa equívoca, una frase intencionada bastan para servir de base á toda una historia. La sociedad todo lo vé, todo lo escudriña, todo lo husmea, pero es imposible ver en el fondo del alma, y es por esto que siempre, casi siempre, se equivoca.

— Yo no lo creo, amigo mio, pero es lo que se habla y se repite por todas partes. La sociedad podrá equivocarse y mil razones la disculpan ¿dónde está el buzo bastante arrojado para descender al fondo de la conciencia, ese mar insondable?, es muy difícil penetrar las intenciones, y el mundo se vé obligado á juzgar por las apariencias, que engañan, como lo canta el proverbio. Pero dejemos esto que nos llevaria muy lejos y nos apartaria de tí, que quiero penetrar tu secreto y he de descubrirlo, á pesar de toda tu circunspeccion.

— ¿Me concedes una palabra, Luis? dijo en esto una voz armoniosa, ¿me permitís, Moncalvo?

Alfredo se inclinó, y en tanto que Elisa se alejaba del brazo de su marido, púsose el jóven á aspirar con delicia el perfume de los pálidos jazmines que conservaba, como un tesoro, en la mano.

¿No encerraban ellos el secreto que con tanta in-

sistencia deseaba descubrir Luis, y no guardaban ese nombre misterioso y adorado?

— Hé aquí lo que es el capricho de las mujeres, dijo Luis volviendo á la ventana, figúrate que acabo de empeñar mi palabra de partir mañana.

— ¡Cómo!

— Elisa se queja, amigo mio, de un malestar inesplicable; sus nervios no la dán sosiego, parece que P... la sienta mal.

Levantóse en el salon un coro de protestas contra esta determinacion.

— Pero esto es no tener sentido comun, hija mia, dijo la señora de Solbás abandonando su asiento y sus comentarios sobre el crimen reciente.

— De seguro que Julia no lo consentirá, añadió con su voz chillona la tia.

— ¡Es lástima! exclamó Estefania, dejandó sobre el velador la taza de té que se preparaba á servir, ¡es tan hermosa la quinta!

Solamente Raúl y Celina no dijeron nada, olvidados del mundo entero como estaban.

Julia subió la escalinata y se presentó en la puerta del salon.

Estaba pálida pero tranquila.

Elisa corrió hácia ella y tomó sus manos heladas que no respondieron á su cariñosa presion.

— Mañana dejamos á P..., amiga mia, dijo, no es un capricho, te lo juro; te habia prometido pasar ocho dias, pero mis jaquecas cuotidianas me impiden cumplirte mi promesa.

Respondió Julia con algunas frases banales, ensayó aún debilmente de disuadirla de su propósito;

luego fué á sentarse, como fatigada, en el sillón que abandonara momentos antes.

Sirvióse el té, se charló aún un rato, y luego, poco á poco, fué disolviéndose la amable reunión, quedando el salón solitario, alumbrado á penas por las cuatro bujías que agonizaban ya.

Solo Julia permanecía reclinada en el sillón, como absorta en una meditación profunda.

— Se ván, murmuró, se ván ¿creen así escapar á mi venganza? ¡de lejos ó de cerca les alcanzará siempre el rayo de mi ódio!

Y una siniestra carcajada resonó en el salón desierto.

XI

Habia á la entrada del pueblecillo de P..., á orillas casi de la carretera y cerca de la quinta de Almada, una casita mezquina, de tétrico aspecto, que parecía inhabitable é inhabitada estaba de mucho tiempo atrás.

Era una casa de ladrillo, de un solo piso, con un corral por detrás y un jardín por delante, jardín y corral que cubria una alta y enmarañada maleza, lo cual daba al conjunto cierto aire de abandono; las plantas parásitas crecían libremente entre las grietas de las paredes y algunos árboles desmayaban su ramaje sombrío sobre el techado.

Conocíase en P... esta solitaria casa con el nombre de “la cabaña de la tía Joaquina”.

Y habia una historia al respecto, una extraña historia.

Parece ser que una bella dama y un apuesto caballero amábanse en secreto y sostenian adúlteras relaciones, y para escapar á la vista del coloso marido dábanse cita en aquella apartada cabaña de P..., que la complacencia de su inquilina y el oro del caballero habiales facilitado. Todo tiene su fin bajo el sol, y tuvieronlo tambien aquellas citas que, además de lo que se calla y no se ignora, tenían el sabroso atractivo del misterio y del peligro.

Un dia, ó una noche, en que aquella excelente tia Joaquina cosía á la luz de su quinqué, vió entrar un hombre que, sin preámbulos ni ambages, procedió á asegurarla sólidamente y á ponerla una mordaza, y luego, desnudando un puñal, un largo y afilado puñal, entró en el cuarto en que los dos desgraciados amantes... ¿Qué sucedió allí? nadie podria decirlo. Al dia siguiente todo P... se apiñaba alrededor de la cabaña: habíanse encontrado asesinados un hombre y una mujer y á la tia Joaquina ligada, amordazada y muerta. Los nombres de las victimas corrieron de boca en boca, señalóse el del asesino, gritaron los periódicos, maniobró la policia,... y nada. En el cementerio del pueblo duermen ellos bajo una misma capa de tierra, y allá en la ciudad, el marido agraviado, que la pública opinion llamó asesino y que la justicia absolvió, arrastra su carroza magnífica, repartiendo saludos protectores...

Y la casa, desde entónces, nadie volvió á habitarla.

¿Era preocupacion en los buenos vecinos de P... ó tenia lo que se decia algun fundamento?

Decíase que una jóven pareja, despreciando la leccion del pasado y sin temor al lúgubre sitio, habíanlo escogido tambien para sus citas amorosas; nadie los habia visto, nadie los habia sentido; la casa permanecia cerrada, los cristales cubiertos por cortinillas de telaraña, la puerta tapiada por la maleza, las paredes tapizadas de musgo, ese fruto de la humedad y del abandono, pero...se decia.

Mas hé aquí que, hacian tres dias, un vecino madrugador habia visto ¡cosa estraña! abiertas las puertas y las ventanas, y á la noche vieron todos brillar luz á través de las rendijas.

Y en el mismo dia y en todos los siguientes vióse en P... y en los alrededores pasear un hombre desconocido, enteramente vestido de negro, que huia todo encuentro y evitaba todo saludo.

Y vino á saberse que aquel enlutado era el que abria la puerta y las ventanás de la siniestra casa y encendía en ella luz durante la noche.

¿Quién era aquel extranjero? ¿Qué venia á hacer en P...?

Todos lo preguntaban, pero nadie podia responder; el desconocido llevaba una vida bastante misteriosa: salia de la cabaña al amanecer y no volvia hasta muy entrada la noche; durante todo este tiempo se le veia vagar en los campos, ó sentado, y esto era mas frecuentemente, en un poyo de piedra delante de la quinta de Almada; comia en la posada del pueblo, grave y taciturno siempre, inclinado sobre su plato y desdeñando toda respuesta; con nadie hablaba y nadie le conocia.

Esta aparición causó mucho alboroto en el pacífico pueblo; algunos decían que era un monedero falso, otros un escapado de presidio ó miembro de una sociedad anarquista.

Una tarde en que, sentado él en el poyo de piedra, miraba, por entre los hierros de la verja, el jardín de Almada, acercósele un curioso aldeano, y rascándose la nuca y mirando con aire estúpido la punta de sus zapatos, dijo:

— Es hermoso el jardín ¿verdad, buen hombre?

El desconocido volvió la cabeza y clavó en el importuno sus profundos ojos negros.

— Si, respondió secamente.

— Pertenece á la señora de Almada ¿la conoceis?

— No.

— ¿Y la casa?

— Tampoco.

— ¿Es la primera vez que venis á P...?

— Si.

— ¿Sois acaso de Z...?

— No.

— ¿Pensáis quedaros aquí algun tiempo?

— No sé.

Y al laconismo de las respuestas uníase un tono seco y terminante, en el que se transparentaba el deseo de cortar aquel enfadoso interrogatorio.

En este momento salía de la quinta una alegre cabalgata, precedida de risas sonoras y de ruidosos relinchos; el desconocido corrió á mirar las damas y los caballeros.

Y el aldeano creía haberle oído murmurar con disgusto:

— ¡No está!

Después se alejó lentamente, volviendo la cabeza á cada paso hacia la quinta, y el curioso se alejó también, rascándose la nuca y mirando estúpidamente sus zapatos.

Por la noche el mismo aldeano, que era testarudo y habia apostado que descubriría el misterio, fué á acechar á la puerta de la cabaña, y esta vez vió algo: un jóven, que parecia ser, por su traje, un rico campesino, entró en la casita y entretúvose con el enlutado en una conversacion animada, de la que el espion no acertó á recojer palabra, porque; aunque viva, era mantenida en voz baja.

Y contaba él que creia tambien haber oido decir al desconocido en un momento de exaltacion:

— Jamás, Paco, jamás te seguiré!

Esto fué todo lo que se consiguió saber.

Y como aquel hombre ningun mal hacia, fuese monedero falso, presidario, conspirador ó simplemente loco, concluyeron por dejarle tranquilo.

En la mañana del cuarto dia de su permanencia en P... abandonó el pueblo, yéndose como habia venido.

Entonces se supo por un vecino de Z.... que el notario de aquel pueblo y propietario de la cabaña habiásela alquilado por el término de dos meses y que el incógnito habia pagado religiosamente su importe.

Y los vecinos todos de P... no cesaban de preguntarse:

¿Quién será? ¿á qué habrá venido al pueblo? ¿por qué habrá alquilado la cabaña de la tia Joaquina?

XII

Era de noche, y dos días después de los sucesos ocurridos en la quinta.

Celina entró de puntillas en la alcoba, colocó sobre la mesa de luz la lámpara que traía en la mano, y se acercó al lecho apartando las colgaduras.

Elisa dormía, pero con un sueño inquieto.

Tenia las mejillas ardientes y la frente sudorosa; por su entreabierta boca escapábase una respiración fatigada; su cabeza se apoyaba sobre el brazo desnudo, cayendo desordenadamente sus cabellos castaños sobre la almohada de encajes.

— ¡Duerme! murmuró la joven, hacen dos días que lucha con la fiebre, desde nuestra vuelta de la quinta.

Y se inclinó sobre la enferma, besándola largamente.

Entonces Elisa despertó sobresaltada, incorporóse á medias en el lecho, y echando sobre la joven una mirada que estraviaba el delirio, exclamó con terror:

— ¡Oh! dejadme ¡por piedad! dejadme... yo no os he hecho ningún mal!

Celina se arrojó en sus brazos como si quisiera defenderla de aquel enemigo que parecía perseguirla.

— Cálmate, hermana mía, cálmate; soy yo, Celina, que está á tu lado.

— Ah! ¿eres tú! dijo Elisa considerándola atentamente como si la costára reconocerla.

Luego volvió á caer sobre la almohada, quedando silenciosa.

— No me dejes sola, dijo al cabo de un rato con el acento de un niño que teme los fantasmas.

— No, no me alejaré, te lo prometo; pero es preciso que te calmes y deseches todas esas tonterías que te pone la fiebre en la cabeza; el doctor ha ordenado el silencio, y es necesario acatar esta orden.

Hízola Elisa seña de que se sentára en el borde del lecho.

— El silencio ante todo, dijo la bella enfermera con un adorable signo de autoridad.

— He ahí una orden contra la cual me rebelo, contestó sonriendo la jóven, me siento mejor, y hablando en voz baja, no se resentirán mis nervios.

— El doctor...

— Déjame, ¿qué me importa tu doctor? dices bien ¡cuántas tonterías pone la fiebre en la cabeza! figúrate...

— ¡Elisa!

— ¿Quieres callar? figúrate que me hallaba en un bosque, sentada á la orilla de un lago. Era una tarde de otoño, de sol pálido, de cielo sereno. Yo estaba sola y triste, triste sin saber por qué. Del pronto apareció delante de mí un hermoso jóven, de cabellos de oro y de flotante túnica. Me acarició con la mirada lánguida y fascinadora de sus ojos azules y me tendió los brazos; entónces yo cediendo a una atraccion poderosa, fuíme acercando lentamente á él; bien pronto nuestras manos se enlazaron y nuestros labios se tocaron con todo el

délimo de la pasión. ¡Ah! no sé lo que pasó entonces, pero vi oscurecerse todo de pronto, teñirse de color de sangre el azul del cielo, y convertirse en sangre las aguas del lago. Y surgió como del abismo un negro gavilán. Quise gritar, pero el terror hizo enmudecer mi lengua; busqué una defensa en el hermoso mancebo, pero este había desaparecido en las tinieblas. Entonces sentí algo que me desgarraba el pecho, y vi sobre mí al monstruoso pájaro. Su pico y sus garras destilaban sangre, su pupila feroz relampagueaba. Lanzé un grito de agonía y caí en tierra...

Elisa concluyó con un gemido y ocultó su rostro bajo la batista de las sábanas.

— Ya ves que no eres razonable, dijo Celina que temblaba á pesar suyo, debes calmarte y guardar silencio; voy á darte esa bebida que ha recetado el doctor.

Tomó de la mesa de luz un frasco que encerraba un licor oscuro, vertió algunas gotas en una cuchara de plata, y la presentó á la enferma, que bebió docilmente.

— Ahora trata de conciliar el sueño, repuso la jóven disponiéndose á amortiguar la llama de la lámpara.

.. — No, no, exclamó Elisa, no quiero dormir, temo me asalte una nueva pesadilla. Háblame, necesito escuchar tu voz; dime, porque no lo recuerdo, ¿hace mucho tiempo que me domina la fiebre?

— Dos días apenas; caíste enferma en la mañana de nuestra vuelta de la quinta. Al bajar del carruaje, vimos, delante de la casa, un hombre enlutado, que á decir verdad, tenía una muy estraña

figura. Tú te asustaste al verle y él, al verte, se acercó á tí, — todos creimos seria algun mendigo, aunque de tal no tenía trazas; — tú lanzaste un grito entónces y caíste en los brazos de Luis, que te sostuvo, y de aquel tenaz desmayo no saliste sinó para caer en un delirio mas tenaz todavia.

Elisa habia palidecido intensamente ante este recuerdo.

— S', sí, murmuró con trabajo, aquel enlutado se acercó á mí y... yo no sé lo que creí... pero, dime ¿qué hizo aquel hombre cuando me vió caer?

— Saludar y marcharse: tocó ligeramente el ala de su sombrero negro y se alejó con lentitud. Seria algun mendigo ó algun loco.

— ¿Y Luis? ¿qué hizo y dónde está que no le he visto?

— En su gabinete; no se ha separado de tu lado hasta esta tarde, me ha parecido muy preocupado.

— ¡Preocupado! ¿dices que le hallas preocupado? ¿le habló acaso aquel hombre?

— Ni una palabra ¿qué quieres que pudiera decirle?

— Nada, nada; tienes razon ¿qué podria decirle?

— Es otra la causa de su preocupacion; esta tarde ha recibido una carta.

— ¡Una carta!

— Si, una carta que halló en su escritorio y que no ha podido averiguar quien la ha traído ni quien la ha puesto allí. Ha llamado á Mariano, el portero, á Laura tu doncella, á toda la servidumbre, en fin; todos lo ignoraban. Luis se incomodó, gritó á todo el mundo, y luego, sin querer decirnos quien era al menos el que firmaba la tal carta, se

encerró en su gabinete y allí está aún. A la hora de la comida fui yo á llamarle; no quiso abrir ni contestarme. Es la primera vez que le veo conducirse así.

Y la indiscreta jóven sin notar siquiera el efecto que producía su relato, repuso:

— Será una carta de negocios que trae la mala noticia de algun arrendador fugado ó de alguna casa incendiada; los negocios preocupan mas á los hombres que cualquier otra cosa!... pero... ¡ah! oigo la voz de mamá que me impone silencio; soy una habladora: voy á llevarme la lámpara y á dejarte reposar tranquila. Adios, hermana mia.

Y salió de puntillas, como habia entrado, sin que Elisa hallára fuerzas para detenerla ni con la voz ni con el gesto.

XIII

Sonaba un reloj de sobremesa las doce de la noche, y con la última campanada oíase el ruido discreto de la puerta de la alcoba que se abría.

La lámpara brillaba de nuevo sobre la mesa de luz, y Elisa que se hallaba sola y no dormía, vió entrar á su marido y adelantar con cautela hasta el lecho.

Y este nombre ¡Luis! espiró en sus labios; el semblante del jóven acusaba su estado anormal.

Sintió Elisa que su corazón paralizaba sus movimientos, y vencida por la emoción, cerró los ojos y finjió dormir.

Luis contempló profundamente á la bella dormida; admiró sus facciones hermosas y correctas, sus párpados entornados que templaban el fuego de sus ojos pardos, sus cabellos esparcidos en desorden, su boca que dejaba entrever dos hilos de dientes blancos y pequeñitos.

Y entónces sintió algo inesplicable; inclinóse sobre ella y la besó apasionadamente en los labios.

Pero, en seguida, se incorporó con violencia y se apartó del lecho, cual si hubiera visto levantarse delante de él un espectro.

Y era ciertamente un espectro el que acababa de ver surgir en medio de las sombras que ofuscaban su mente.

Figuróse ver marcada la frente de aquella mujer, jóven, bella, magnífica en hechizos, con el estigma infamante del adulterio.

¿Por qué esta idea tremenda cruzó su imaginación?

Aquella tarde habia encontrado sobre su escritorio una carta, cuya letra le era totalmente desconocida.

Aquella carta era un anónimo; un anónimo infame.

Decia así:

“ Hay en el camino de P... una casa aislada conocida con el nombre de “ la cabaña de la tia Joaquina ”. Un amigo sincero de Luis de Solbás le avisa que esta casa es el lugar de las citas de su esposa con un hombre desconocido ”.

Luis cayó anonadado en un sillón, estrujando el papel entre sus dedos crispados.

Parecíale aquello, sin embargo, imposible, monstruoso.

Elisa, aquella flor delicada y modesta que él había recojido en medio de los campos, ¿podía engañarle, podía venderle y echarse en los brazos de otro hombre?

¡Ah! no, mil veces no!

Sin embargo, los celos, ese veneno sutil que se infiltra poco á poco en el corazón humano, que chupa su sávia, que roba sus fuerzas, que le estenua, que le mata, en fin, hirieron el de Luis, como una flecha emponzoñada.

Y de esta herida brotó sangre.

Porque es preciso comprenderlo bien; Luis la amaba; la amaba con el mismo ardor, con el mismo delirio, con el mismo frenesí del primer día.

Luis la había divinizado.

De baile en baile, de fiesta en fiesta, adorándose hasta la locura, libando todos los placeres como la mariposa todas las flores, habían pasado un año.

Y de repente, una mano aleve arroja el dardo de la sospecha, y todo el hermoso castillo de sus sueños se derrumba con estrépito.

Luis quedó sin moverse en el sillón durante muchas horas.

Leía y releía aquella carta.

Y cuanto más la consideraba, la negra duda crecía, crecía, crecía más y más en su espíritu.

¡La cabaña de la tía Joaquina!

Él conocía bien aquella casa y su siniestra historia.

Estaba situada á la izquierda, sobre la carretera casi, á un tiro de fusil de la quinta de Almada.

Tenía un aspecto triste que sobrecogía el ánimo.

Él, mas de una vez, al pasar por el camino, había vuelto la cara, porque la vista de aquella casa le hacía daño.

Quizá el anónimo decía la verdad; quizá aquella casa ocultaba los amores criminales de Elisa y de aquel amante desconocido, cuyo nombre ni siquiera sospechaba.

Y entónces, insensiblemente, poco á poco, uno á uno, fueron presentándose y desfilando ante sus ojos todos esos detalles de la vida íntima, que á fuer de insignificantes, pasan desapercibidos.

Hacia algun tiempo que las visitas de Elisa á P... eran mas largas y mas frecuentes, y pocos dias que su carácter se había alterado visiblemente; tenía las continuas jaquecas, los variados caprichos de la mujer que engaña y que trata de ocultar su crimen. ¿Por qué la halló él aquella noche, á la vuelta de la quinta, pálida y balbuciente, heladas las manos y sin alientos casi? ¿Por qué durante su permanencia en P... lo pasó encerrada, negándose á tomar parte en todo paseo y en toda diversion? ¿Por qué, bruscamente, sin ningun motivo, había abandonado la quinta, ántes del término prefijado? ¿Por qué la acometió aquel desmayo al bajar del carruaje, y luego aquella fiebre violenta, sin causa palpable?

Todo esto encerraba indudablemente un misterio.

Y este misterio era el anónimo quien se encargaba de descubrirlo.

Sí, no había duda posible.

Elisa tenía un amante, Elisa arrastraba por el

fango el nombre de Solbás, Elisa engañaba vilmente al hombre que la había levantado hasta él.

Sin embargo... ¡cuánto cuesta creer en la falta de los que se ama!

Cuando llegó la noche. Luis, torturado siempre por la duda cruel, se dirigió a la alcoba de su mujer.

Quería contemplarla bien de cerca; tratar de descubrir sobre su frente la mancha de su crimen.

¡Cuán bella le parecía, entretanto!

Estaba allí, reclinada sobre la almohada, con la tranquilidad y la inocencia de un niño que duerme.

Y por una extraña reminiscencia, creyó verla, como allá en L..., como una aparición fantástica: con sus hermosos ojos pardos y sus cabellos castaños, su modesta saya azul, su corpiño de lana negra, y su ancho sombrero de paja adornado con una guirnalda de frescas clavelinas.

¡Ah! no.

El anónimo mentía.

Aquella hechicera criatura no podía traicionarle ¿cómo era posible que dudara él de su amor?

Mas como si un agente misterioso y oculto hubiese querido contrarestar el efecto de esta idea generosa, creyó el joven escuchar las frases pérfidas del anónimo:

“ Hay una casa aislada... el lugar de las citas de su esposa... un amigo sincero le avisa...”

— Y bien, exclamó con acento reconcentrado Luis, si ella me engaña la mataré, si, la mataré!

Y se lanzó fuera de la alcoba.

Estas palabras resonaron de un modo lúgubre en la estancia silenciosa, y mas lúgubrementé aún en

el corazón de la pobre mujer que las había escuchado.

Lanzóse ella también, loca y desmelenada, fuera del lecho, y corrió con los pies desnudos hasta la puerta por la que desapareciera su marido.

La puerta no cedió; había la él cerrado con doble vuelta.

Vencida entonces Elisa por el dolor, por la fiebre, por la desesperación, se desplomó como un cuerpo sin vida.

Cuando Celina y la señora de Solbás entraron en la alcoba, la hallaron caída sobre la alfombra, los ojos abiertos é inmóviles.

XIV

Estaba Julia como abstraída en sí misma.

Con la cabeza apoyada indolentemente en el respaldo del ancho sillón, las manos entrelazadas sobre las rodillas, miraba delante de sí, cual si la idea que bullía en su imaginación, hubiese cobrado formas y la tuviese presente.

Y estaba hermosa en aquella perezosa actitud: un gracioso nudo de terciopelo azul ceñía la parte superior de su cabeza, mezclando sus sueltos lazos á los dorados rizos de sus cabellos, conjunto encantador sobre el cual dejaba caer la lámpara su luz suave y temblorosa.

Julia estaba triste y meditabunda.

Su mirada vagarosa parecía perdida en un mar

de reflexiones; parecia contemplar un mundo desconocido.

Descubramos el arcano de sus pensamientos.

Ella, antes de verla confirmada en el jardin de la quinta dos semanas hacia, habia tenido la sospecha que existia un amor criminal entre Elisa de Solbás y Alfredo de Moncalvo, y habia sido para aclarar esta sospecha que hizo aquella invitacion, armando asi el lazo en que ambos habian caido.

Y este descubrimiento desgarró su corazon y despertó todos sus malos instintos.

No, no abandonaria toda esperanza.

De ser amada, tal vez; de vengarse, nunca.

Muchas veces habia tratado de arrojar esta idea abrumadora, pero la eterna vision se presentaba siempre delante de ella.

Veia á Alfredo y Elisa, cogidas las manos, húmedos de amor los ojos, confundidas sus respiraciones.

Creia escuchar tambien sus frases apasionadas.

Y esto hacia plegar su frente oscurecida.

Ella, que alimentaba en su alma una pasion sin esperanza, no podia, costábale asistir á aquella escena.

Y la imaginacion, esa audaz é incansable viajera, parecia gozarse en su tortura.

Hacia llegar hasta ella, en alas del viento que zumbaba entre los altos árboles, los juramentos y los besos de los enamorados; ponía delante de sus ojos sus figuras abrazadas.

Relampagueó de pronto su mirada.

Y bien, ¿qué la importaba toda aquella felicidad, si podia destruirla, aniquilarla de un solo golpe?

¿Qué la importaba aquel cuadro de dicha, bañado en luz, si podía robarle sus risueños tintes, si podía oscurecerle, si podía desgarrarle, en fin?

¿No tenía en su mano la honra de aquella odiada criatura?

¿No había sembrado ya la zizaña fatal en su apacible hogar?

— ¡Ah! si, murmuró ella como hablando consigo misma, mi venganza ha comenzado, debe tambien concluir; he sembrado... y he recojido ya los primeros frutos... su perdicion es segura, está al borde del abismo... que caiga ella... que se hunda en el fango de la deshonra y seré feliz, ¡oh! muy feliz, porque quedaré vengada!

Sus manos recibieron la abatida frente, y quedó así, inclinada, muda, sombría.

Dejó oír el reloj diez vibraciones.

Julia se levantó repentinamente, dirijióse á un lujoso *secretaire*, buscó recado de escribir, y de pié, sin sentarse siquiera, trazó algunos renglones.

Alli, con su oscuro traje cuya larga cola barria el pavimento, impassible el rostro, brillante la mirada, semejava la altanera Isabel de Inglaterra firmando la sentencia de muerte de la desventurada Maria Estuardo.

Y aquello que escribia con precipitacion, sin detenerse, de una manera febriciente, era tal vez tambien una sentencia de muerte!

— ¡Será este un nuevo golpe! murmuró ella doblando cuidadosamente el ya escrito billete.

Y tomando la lámpara de bronce abandonó el salon, atravesó varias habitaciones, y fué á abrir una pequeña puerta, que mostró un cuarto esca-

samente alumbrado por una lamparilla de plata que pendía del techo artesonado; recostada en un cómodo sillón la señora Rolimán dormía en brazos de un sueño dulce y reparador.

Cerró Julia la puerta un tanto satisfecha, y volviendo sobre sus pasos, penetró de nuevo en el salón, y tocó ligeramente un timbre.

Una despierta doncella se presentó.

Julia llevó un dedo á sus lábios.

— ¿Sabes, Luisa, para qué te necesito?

— Lo adivino, señora.

— Este billete...

— ¿Lo llevaré allá?

— Sí, llévalo y sé discreta.

— La señora quedará satisfecha como ha quedado hasta ahora, respondió Luisa guardando el billete en el bolsillo de su delantal.

Despidióla Julia con los ojos.

— ¿Qué será esto? se dijo la doncella en tanto que se alejaba, ¿qué significan estas cartas misteriosas? entretanto, ántes de llevarla allá tendré que mostrársela á ese señor enlutado, qué tan rara figura tiene, pero que paga tan bien.

Y mientras ella salía del salón, habíase reclinado la jóven sobre la balaustrada.

Estaba serena la noche; mostrábase la luna melancólica, recostada en su vaporosa hamaca de nubes; algunas aves nocturnas dejaban oír su canto funerario.

El aire jugueteaba con los dorados cabellos de Julia y con las flotantes mangas de su traje; llevóse ella una mano á los ojos y la retiró mojada en lágrimas.

— Elisa, Elisa, exclamó entonces tendiendo su blanco y casi desnudo brazo hácia la ciudad dormida que dominaba con la vista, ¡os juro que no en balde me habreis hecho desgraciada!

XV

En aquella misma noche, y en tanto que Julia, torturada por el áspid de los celos, se entregaba á sus pensamientos de venganza, dos jóvenes, tomados del brazo, marchaban alegremente por la concurrida calle de...

Iban engolfados en una chispeante conversacion, salpicada de esos chistes oportunos que nunca faltan en una boca de veinte años.

— ¿Estás seguro, Enrique, dijo el que parecia mas joven cesando de reir, despues de escuchada una graciosa historieta narrada por su compañero, estás seguro que ha llegado el general Mantera?

— ¿Y tú estás loco, Raúl? respondió el otro. Para que salgas de dudas, hé aquí la cartita que me ha enviado.

Y sacando un papel del bolsillo de su paletó, lo puso en manos de Raúl.

— Vamos, exclamó este golpeándose la frente, ¡si el mismo D. Miguel me ha enviado un billete en términos casi idénticos á estos!

— Ya lo ves, dijo Enrique Flostana riendo á carcajadas, el amor te trastorna el seso.

— ¿El amor ó la preocupacion, Enrique?

— ¿Tú, preocupado?

— Sí, yo.

— ¿Y cuál es la causa? preguntó el jóven secretario golpeando indiferentemente el suelo con la contera de su junquillo.

— Estuve hoy en casa de Solbás.

— ¿Hay algo de estraño? dijo con malicia Enrique.

— Si, amigo mio, hay mucho de estraño, y es que Luis, ahora, parece huir de sus amigos.

— Es cierto, dijo Enrique Flostana dando un tono mas grave á sus palabras ¿acaso se le vé en el teatro, en el paseo, en alguna parte? y lo que hay de mas estraño es que si Luis permanece alejado de todo círculo, ella, á pesar de hallarse ya en plená convalecencia, parece participar de tan singular retiro.

— Algo grave hay en esto, Enrique.

— Opino del mismo modo.

— Recuerdas lo que me dijo el general Mantera á su partida para Lóndres: “ Velad por mi querido Luis, se le vá un padre pero le queda un hermano ”. De esto hace apenas un año...

Ambos guardaron silencio.

Y así tan callados y reflexivos, como ántes habian ido alegres y bulliciosos, llegaron en breve á una casa de lujosa apariencia.

— ¿Es aquí donde vive el general? preguntó Raúl como saliéndo de un sueño.

— Aquí, contestó lacónicamente Enrique.

Ambos subieron la brillante escalera, cruzaron el vestíbulo, en el que se tenian correctamente

criados varios, entraron en el *antichambre*, donde se despojaron de todo lo que disimulaba su traje de etiqueta y pasaron al salón, lleno todo él de una turba de fracs negros y corbatas blancas.

Dando un apretón de manos á este, dirigiendo una frase benévola á aquel, enviando una sonrisa al de mas allá, y saludando á todos afectuosamente, iba y venia un hombre alto y erguido, á pesar de sus sesenta y cinco años, de plateados cabellos y de cano y áspero bigote, de noble fisonomía, muy ceñido el talle por su frac irreprochable y no muy á sus anchas con el cuello tieso de su camisa.

Era este D. Miguel Mantera, que habia hecho una carrera brillante en las armas y en la diplomacia; el mal estado de su salud habíale obligado á pedir su retiro de Londres, cuyo clima húmedo afectaba notablemente su fisico.

Habia sido compañero de colegio, y mas que amigo, hermano del viejo señor de Solbás; amaba á Luis con el cariño de un padre: niño, le habia hecho saltar sobre sus rodillas, hombre, habíale guiado en el camino de la vida y ayudado con sus consejos y su experiencia.

Luis le llamaba padre, y era este el nombre que mas poder tenía para desarrugar la frente del viejo célibe, que no se habia casado por temor á las mujeres, como él filosóficamente decia.

Enrique y Raúl se acercaron al general y estrecharon sus manos.

— Mi querido secretario, mi querido Raúl, exclamó D. Miguel abrazándoles, ¡cuánto celebro veros!

Tomó á cada uno de ellos del brazo y pùsose á conversar en voz baja.

— Dadme noticias de Luis, de ese ingrato que no ha venido á saludarme aún.

— Tal vez no le vereis esta noche, dijo Enrique.

— ¿Qué hay? preguntó el general frunciendo el entrecejo.

— Eso lo sabréis mas tarde, se apresuró á decir Raúl.

— Señor general, dijo en esto un individuo cuadrándose delante del anciano y presentándole su enorme mano estrechamente enguantada.

— Mi querido señor Lamiral, contestó D. Miguel disimulando un gesto de disgusto detrás de la mas fina sonrisa.

Y cambió algunas palabras de cortesía con aquella excelente persona, tratando de desembarazarse de sus importunidades, pero trás del señor Lamiral, que hasta la cualidad de ser incómodo tenia, la mas deplorable de las cualidades, vinieron otros, y pronto el general se vió rodeado de un circulo que le sofocaba con sus abrazos y sus felicitaciones.

Enrique y Raúl habian ido á apoyarse silenciosamente en la baranda del balcon abierto, y miraban á la bulliciosa calle.

D. Miguel logró verse libre, por fin, y vino de nuevo á reunirseles, enjugándose el sudor con su pañuelo de seda.

— Deciamos...

— Nada que os pueda afectar, mi querido general, dijo Raúl; pensábamos que Luis no vendria porque... pero ¿acaso sabemos nosotros la causa?

— Hacen quince dias que no le veo, apoyó Enrique.

— Ni yo, repuso Raúl, por mas que durante la enfermedad de Elisa he ido á su casa dia á dia.

— Luis vive hoy encerrado.

— Y en el aislamiento mas completo.

La frente del anciano habíase ido cubriendo de pliegues; su mano jugaba distraidamente con el cordon negro de su lente de oro.

— ¿Quién habla aquí de Luis? dijo en esto una voz á sus espaldas.

Volviéronse todos prontamente; era Alfredo de Moncalvo.

— Acabo de encontrarle, repuso este despues de un efusivo apreton de manos.

— ¿Dónde? preguntó el general.

— En P...

— ¿En casa de Julia?

— No, en la carretera.

— ¿Y?

— Y... nada mas; pasé yo y le saludé, pasó él y no me contestó; iba en su alazan, diciéndolo vulgarmente, como alma que lleva el diablo. Luego...

— Luego...

— No es esta la primera vez que le encuentro.

— ¿En P...?

— En P...

— ¿Siempre en la carretera?

— Siempre en la carretera.

— ¿Qué diablos tendrá que hacer Luis en la carretera de P...? preguntó D. Miguel mirando á cada uno de los tres jóvenes.

Y Raúl y Enrique se encogieron de hombros,

porque lo ignoraban tanto como él, y Alfredo calló también, no solo porque no lo sabía, sino porque no le convenia le preguntáran qué hacia él á su vez en la carretera de P...

Y viéronse de nuevo separados por los que entraban y los que salian; el general iba y venia, saludando y sonriendo, pero no ya como ántes, sino con una sombra de disgusto en la frente.

XVI

Eran las ocho de la mañana.

Elisa acababa de abandonar el lecho.

Envuelta en un peinador blanco, hallábase sentada delante de su tocador de satin y encages, peinando la larga cabellera, que perfumaba con esquisitas esencias.

Un cambio notable habíase operado en ella en aquellas dos semanas; estaba delgada y pálida, un círculo azulado sombreaba sus ojos sin brillo, y una ligera contraccion alteraba la línea encantadora de su boca, robándola la gracia de su sonrisa.

El sol entraba indiscretamente al través de los cristales velados, y reinaba allí esa atmósfera irritante de toda alcoba de mujer hermosa, cargada de aromas y de polvos de arroz que hormiguan en el rayo de luz.

De pronto, se levantó la joven y suelto aún el cabello, salió de la alcoba, y llegó, no sin cierta vacilacion, al dintel del gabinete de Luis.

Este, echado en un sofá, leía un periódico.

Elisa hizo un esfuerzo y avanzó hasta colocarse delante de él.

— ¿Qué haces, Luis? preguntó con un acento dulcísimo.

El joven dejó caer el periódico, y levantó hasta ella su mirada huraña, sin responder palabra.

Elisa se arrodilló á sus piés, colocó sus dos pequeñas y blancas manos sobre el hombro de su marido y le miró en medio del rostro.

Estaba hermosísima.

Las sedosas hebras de su cabello caían en ondas sobre el traje blanco; hallábanse sus ojos empapados en voluptuosa ternura.

— Luis, prorrumpió ella ¿qué significa tu conducta, qué significa este aislamiento? tú te alejas, Luis, de mí, me huyes, no quieres verme! comprendo, comprendo que ya no me amas ¿es esto posible, Luis mio?

Y había tal melodía, tan arrobadora música en estas palabras que, sintiéndose Luis envuelto en sus doradas redes, le puso la mano sobre la incitante boca.

Elisa besó aquella dulce mordaza.

— ¡Ah! dime que aún me amas, volvió á decir ella.

Luis, arrastrado por esta elocuencia, se inclinó sobre ella, pero al ir á juntar sus lábios con sus lábios, se apartó con un movimiento brusco, como si un recuerdo importuno hubiese pasado por delante de sus ojos.

La joven se levantó y miró asustada á su marido.

— Luis, exclamó con un acento desgarador, ~~tu~~ me ocultas algo.

Él calló.

Elisa, entónces, sin poderse contener por mas tiempo, se arrojó en sus brazos y colgóse á su cuello, dando rienda suelta al llanto que la sofocaba.

Aquellas lágrimas de fuego abrasaron la frente del pobre jóven, que se sintió tocado en el corazon por este lenguaje.

— ¡Ah! perdóname, exclamó estrechándola contra su pecho, éstoy loco, no sé lo que por mí pasa: si, si, algo te oculto, espera, vás á saberlo todo.

Se levantó, pero ella no le dejó dar un solo paso, colgada siempre á su cuello.

— Si, sé franco, Luis mio, murmuróle al oído ¿cuál es la causa que te aleja de mí y que te hace llevar esta estraña conducta? yo sufro viéndote sufrir, tu dolor se refleja en el rostro de todos los que te aman, y tú sabes, Luis, si yo tengo derecho á contarme entre ellos.

— Y bien, si, Elisa mia ¿para qué negarlo? tengo en el alma una herida profunda; una duda, una duda cruel me atenace hace algun tiempo; el sueño ha huido de mis párpados, no encuentro reposo en parte alguna, ni aún en el seno de este hogar donde todo antes me sonreía!

— Habla, Luis, habla ¿acaso no existe en la mano de la esposa el bálsamo saludable de toda herida? habla, que yo comparta contigo el peso de esa pena que te afecta tanto.

El jóven se desprendió de sus brazos, se acercó al pupitre que ocupaba el centro de la habitacion, y volvió la llave de uno de sus cajones.

Pero no lo abrió y quedó con la mano puesta sobre la llave; acababa de alzarse de nuevo en su imaginación el espectro de la sospecha, ese espectro que le perseguía hasta en su sueño, y que el acento dulce é insinuante de Elisa había logrado ahuyentar por un instante.

— ¡No, no, no, exclamó volviendo el rostro y clavando en ella nuevamente su mirada harañá, jamás!

Un sollozo estalló en la garganta de Elisa.

— Luis, ¡por piedad! habla, no me mates con tu silencio!

El jóven no contestó.

— ¿Nada tienes que decirme, Luis? repitió Elisa con la voz mojada en lágrimas.

— Nada, respondió sombriamente el jóven.

Ella se levantó y se dirigió rígida hácia la puerta: allí le miró, le miró de una manera suprema; luego desapareció tras la cortina de encage.

— No, no debo decirla ni mostrarla nada, murmuró Luis una vez solo, si es inocente, ¿á qué insultarla? si culpable ¿á qué confundirla ahora? debo callar, si, devorar mi pena y mi vergüenza; cuando la prueba de su crimen esté en mis manos ¡oh! entonces yo sabré vengar mi honor ultrajado... pero ¿es posible que sea esto cierto? ¿es posible que se oculte en su corazón tanta perfidia? la he visto aquí, á mis piés, destilando miel de sus lábios... y sin embargo... ¡oh! siempre esta duda que me abrumba y me trastorna!... si, si, el anónimo no miente; yo he ido á P..., he acechado la maldita cabaña, nada he visto... pero, he encontrado una, dos, tres veces á Alfredo en el camino ¿qué hacía él en la carretera

de P...?... si él fuera el que me roba el amor de Elisa y el que me roba la honra, si él fuera... ¡qué locura! Alfredo es el mejor de mis amigos, y yo soy el mas visionario de los hombres... sin embargo... ¿cómo podré arrojar esta idea tenaz que me persigue siempre y no me abandona nunca? ¡Oh! Dios mio! que estalle mi cabeza ó que yo vea la luz en medio de la noche que me rodea!

XVII

No habian sonado aún las diez de la noche; Elisa velaba en su alcoba.

Reinaba en la casa un silencio profundo; oíase únicamente el continuo marchar del reloj y el gemido del viento que se arremolinaba en los largos corredores; una luz discreta brillaba bajo la rosada pantalla de la lámpara.

Hacia largo tiempo que Elisa permanecía en la butaca.

Estaba así, inmóvil, silenciosa, la frente abatida sobre la mano, los ojos entornados; creyó percibir de pronto pasos furtivos y se levantó violentamente.

Entonces vió aparecer en la sombra que formaba la cortina de su lecho, la figura siniestra del enlutado.

Elisa arrojó un grito, y sin fuerzas para sostenerse, cayó de nuevo sobre su asiento.

— ¡Alejandro! exclamó aterrada.

Y quedó muda é inmóvil.

El enlutado dió algunos pasos mas, y se plantó delante de ella.

— Héme aquí, por fin, dijo, aquí, en vuestra casa, delante de vos, de vos que temblais bajo mi mirada acusadora!

Elisa se estremeció al sentir en sus oídos la lúgubre vibración de aquella voz odiosa.

— ¿Pero es esto cierto? murmuró creyendo soñar, ¡él, aquí, en mi casa!

Y pasando su mano por la frente, recorrió con una mirada estraviada toda la pieza y la fijó en aquel hombre que estaba siempre delante de ella.

— ¡Ah! murmuró estremeciéndose de nuevo, el negro gavilán de mi sueño!

Y loca, desatentada, corrió al **tordon de la campanilla** y lo agitó con mano convulsa.

El enlutado estalló en una risa **burlona**.

— Es inútil que llameis, señora, dijo, vuestra familia no está, vuestros criados no acudirán, estais á merced mia.

— ¡Ah! ¿qué es lo que os proponéis? exclamó la jóven tendiendo sus brazos suplicantes.

Señaló él la butaca que acababa ella de abandonar.

— Sentáos, dijo secamente.

Elisa no tuvo fuerzas para desobedecer este mandato altanero, y se sentó mas pálida y mas fria que antes.

— No esperabais volver á verme ¿verdad, señora? volvió á decir el enlutado, creiais que vuestro olvido era suficiente para alejarme para siempre; pero ¿no

sabeis acaso que si el olvido es la muerte, hay muertos que resucitan?

— ¿Qué os he hecho yo? exclamó la jóven con voz desgarradora.

— ¿Qué me habeis hecho? replicó sordamente el enlutado avanzando un paso mas, ¿me preguntais lo que me habeis hecho? escuchadme entónces, puesto que ya no lo recordais. Vivía yo feliz en L... al lado de mi padre anciano; considerado como el mozo mas rico del pueblo, creí que podía ofrecer mi amor y mi fortuna á la mas hermosa jóven, y una noche, en lá fiesta de la iglesia, en medio del humo del incienso y de las armonías del órgano, conseguí de los lábios de la “Estrella de L...” la ansiada palabra, por la que habia corrido meses enteros y suspirado noches y días al pié de su ventana. La amé con locura, como no habia amado nunca, como no volveré á amar jamás. ¿Me amó ella á su vez? entónces lo creí; comprendí mas tarde que fué la vanidad y el orgullo el móvil que la guió á entregarseme por esposa; ella era bella, la mas bella de todas, pero era pobre, la mas pobre de todas tambien ¿no humillaba acaso á sus compañeras casándose con el mozo mas rico del pueblo?... ¡Cuán venturosos aparecen siempre los días lejanos! recuerdo aún esas tardes de verano, en que, brazo sobre brazo, tomábamos el camino del bosque, y nos perdíamos en su misteriosa espesura; ¡cuántas protestas, cuántos juramentos, cuántos ensueños deliciosos bajo la sombra de los grandes árboles! yo grababa su nombre en todos los troncos, decíala mil tonterías, tejía coronas de flores silvestres que ella se entretenía en destrozar riendo,

riendo siempre. Cuando la noche cerraba nos volvíamos al pueblo, brazo sobre brazo, saltando por el camino, bajo la caricia de la luz de la luna.

El jóven se detuvo y miró con fijeza á Elisa que permanecía en la butaca como si nada oyera y nada viera.

Al cabo de un instante él prosiguió :

— Un dia, la muerte de un pariente cercano y la esperanza de una herencia me obligaron á alejarme de L... por algun tiempo; nuestra boda quedó aplazada hasta mi vuelta, de comun acuerdo entre sus padres y mi padre. Ella me acompañó hasta el límite del bosque, y con las lágrimas en los ojos, me juró sobre la cruz de oro que colgaba á su cuello, esperarme y amarme siempre. Partí; tres meses despues estaba de vuelta. Encontré al pueblo de fiesta, las campanas de la iglesia echadas á vuelo, llena la plaza de un gentío inmenso. “ ¿Qué hay? ” pregunté al grupo de amigos que ~~me~~ acompañaba. “ Es la Estrella que se casa ”, me contestaron. Recibí el golpe en el corazon, y quedé anadado. “ Es tu Estrella la que se casa con el caballero de Solbás ” añadió mi padre que me daba el brazo. No contesté porque no pude. Salia la comitiva, entretanto, de la iglesia. Iba ella mas hermosa que nunca, con su virginal corona de azahares; yo no ví á nadie sinó á ella; la clavé los ojos, me miró y se puso mas blanca que su velo de desposada. ¿Por qué no la estrangulé allí mismo castigando así su perfidia? no lo sé, ni sé tampoco lo que pasó despues, solo recuerdo que mi padre, ya en casa, me dió la noticia que ella se marchaba para la ciudad la noche siguiente. ¡ Se marchaba! no; no se

marcharia. Pasó aquel día y pasó el otro; llegó la noche, una noche de lluvia y de viento, fui al camino y esperé su carruaje, con un puñal oculto en la manga de mi chaqueta, porque llevaba la intención de matarla, de matarla sin piedad. Las luces de su carruaje aparecieron á lo lejos, fueron acercándose poco á poco; yo esperaba bajo la lluvia, esperaba con el corazón palpitante. El coche llegó por fin; lancé entonces un grito salvaje, me arrojé sobre los caballos y los tomé de la brida; los animales asustados se volvieron encabritados hácia un lado, y en tanto que el cochero forcejeaba por detenerlos, intenté yo abrir la portezuela blandiendo en alto mi puñal. Pero al grito de terror que resonó en el fondo del carruaje respondió el cochero con un furioso latigazo que descargó sobre mi rostro, y los caballos arrancaron de golpe, cayendo yo herido y ensangrentado al borde del camino. Y entonces oí su voz, aquella voz que habia cantado palabras de amor á mi oído allá en el bosque, oí que decía: "Será algun borracho ó algun loco". Y luego sus carcajadas sonoras.

El enlutado volvió á detenerse como para tomar alientos.

Luego prosiguió:

— Aquellas palabras de escarnio y aquellas carcajadas de burla me parecieron un desafío insultante, y allí, caído en el fango, revolcándome de dolor y desesperacion juré vengarme, matar su felicidad como ella habia muerto la mia de un solo golpe. Y armé mi plan, pero para ponerlo en práctica habia un obstáculo: mi padre. Pero mi padre estaba enfermo y mi padre murió un año mas tarde

¡un año de espera! Que Dios me perdone la alegría salvaje que sentí cuando sus ojos se entornaron para siempre! Vendí todo cuánto poseía, y despreciando consejos, me vine á la ciudad. Aquí la hallé mas bella todavía, envuelta en sedas, cubierta de diamantes; me la presenté pálido y enlutado; ¡lle-
vaba el duelo en el traje y en el corazón! y ella huyó aterrorizada de todas partes y se encerró en su casa! bien sabia ella que existían en mis manos ciertas cartas y que esas cartas eran su sentencia de muerte; bien sabia ella que me bastaba pronunciar una palabra para hundirla en el abismo de la deshonra y del desprecio! Hé aquí, pues, lo que me habeis hecho, señora de Solbás, concluyó el joven cruzándose de brazos, habeis tronchado todas mis ilusiones, habeis vendido mi amor por una fortuna, habeis hecho de mí un mal hijo y un mal hombre. Ese año que vos habeis pasado en medio de fiestas lo he pasado yo en medio de sufrimientos; esto ha endurecido mi corazón, esto me ha hecho ser implacable. Estoy decidido á cumplir mi propósito: esas cartas que os acusan pasarán pronto á manos de vuestro marido, y esa palabra que os hará caer de vuestro pedestal vá á sonar en breve!

Levantó su brazo en señal de amenaza, y como notára que Elisa retorciendo sus hermosas manos hacia ademán de arrojarse á sus piés, la rechazó con un jesto de desprecio, añadiendo:

— Adios, señora, no será esta la última vez que venga. Debo preveniros, de paso, que no estoy solo en mi empresa: una especie de demonio, encarnado en una mujer rúbia y hermosa, me ayuda sin sa-

berlo. Señora de Solbás, en la casa de huéspedes de la calle de... espero vuestras órdenes.

La midió altivamente con la vista y salió con lentitud.

Y apenas había él traspuesto el umbral, lanzó Elisa un gemido, y cayó rígida como un cadáver sobre la alfombra.

XVIII

En la mañana siguiente, hallábanse dos jóvenes encantadoras sentadas cerca al balcon abierto de una pequeña pero hermosa casa de la calle de...

Ambas tenían enlazadas sus manos y hablaban con suma viveza.

El gabinete en que estaban era un verdadero nido de virgen.

Adivinabase á primera vista por el lecho tendido de blanco, las colgaduras de muselina, el tocador guarnecido de encajes, y los cuadros místicos que colgaban en las paredes, tan blancas como el lecho.

Blanco era también el traje de la hermosa y extraña joven que se hallaba reclinada en el sillón, como era blanca, y de una blancura admirable, la mano que estrechaba con cariño las pequeñas y morenas de su joven compañera.

— Decías... dijo la primera como reanudando una conversacion interrumpida por un instante.

— Decía y digo, contestó la otra, que me parece muy pensativa Estefania.

— ¿Yo, Celina?

— Ciertamente ¿será acaso porque Enrique Flostana acaba de pasar flechando tus balcones?

— Vamos, calla! dijo con disgusto Estefania uniendo el magnífico arco de sus cejas, ya sabes que eso no pasa de ser una broma de Enrique; es demasiado amigo de Raúl y mio para pensar en nada sério. Hablemos de tu hermana, hablábamos de ella cuando te interrumpiste al ver pasar á ese aturdido de Flostana.

— Si, hablemos de ella, Estefania; yo estoy triste porque ella lo está, y ha sido para matar esta tristeza que he venido á tu lado, mi buena amiga. Sucede en casa algo extraordinario que yo no alcanzo á comprender; mamá llora en su gabinete, Elisa permanece en el suyo encerrada, y cuando se logra verla se la encuentra tan pálida y tan cambiada que dá pena; en cuanto á Luis casi no se le vé: yo soy allí una planta exótica ¿comprendes tú esto, Estefania?

— Tanto como tú, respondió la jóven pensativa.

— ¡Ah! ¿si tú no fueras mi mejor amiga habia yo de contarte todo esto? habia de decirte que hacen quince dias que estoy respirando una atmósfera de tristeza que no cuadra en verdad á mis pulmones ávidos de aire de alegría? y luego, ¿á qué ese empeño tenáz de Elisa en no dejarse ver de nadie? mas de una vez la he reprochado su conducta, y ella, por toda respuesta, me ha mirado de tal modo que me ha hecho llorar, como lloro ahora.

Estefania la besó en los lábios.

—¿A qué vienen esas lágrimas? dijo procurando sonreír.

— Tú dices esto, respondió Celina con senti-

miento, por decir algo; te afecta, sin embargo, tanto como á mí. Escucha. Anoche, despues de repetidas instancias de Raúl y mias, consintió mamá en acompañarnos al teatro; bailaba por última vez, esa célebre bailarina á quien en los carteles se la llama Camelia, y de quien tanto se habla. Cuando volvimos, al entrar yo en la alcoba de Elisa, me detengo y lanzo un grito: Elisa se hallaba desmayada sobre la alfombra. Echéme sobre ella, la llamé, la besé... al cabo de un rato volvió en sí, y entónces se abrazó á mi cuello y rompió á llorar con desconsuelo. Mamá y yo la hicimos mil preguntas, pero nada respondió.

Celina llevó el pañuelo á sus ojos y enjugó sus lágrimas; Estefania miraba distraida al través de las rejjas del balcon.

Ambas callaron un instante.

— ¿Y no la has visto tú esta mañana? preguntó de pronto Estefania.

— Si, y me pareció que tenia fiebre porque noté sus manos calenturientas; á mis repetidas preguntas solo contestó con el tenaz silencio de siempre.

Estefania se levantó é hizo ademan de tocar un timbre.

— Te quedarás á almorzar ¿verdad?

— No, no, exclamó Celina levantándose tambien y arreglando el velo de su sombrero, me vuelvo á casa.

— ¡ Tan pronto!

Iba á responder la jóven, cuando se abrió la puerta y aparecieron dos personas en su dintel: era la primera una mujer de una hermosura provocativa; vestia un sencillo traje de camino y la fina

ala de su sombrero de paja volteaba con suma gracia sobre su frente; era la segunda un jóven rubio cuya vista hizo estremecer de gozo el corazón de Celina; Julia y Raúl, en fin.

— Aquí venimos á sorprenderte en tu santuario, hermana mia, dijo el jóven adelantando.

Pero al notar que Estefania no estaba sola y al reconocer á la que la acompañaba, no pudo retener una exclamacion de alegria.

— ¡Señorita! exclamó yendo hasta la ruborizada jóven y estrechando su pequeña mano.

Julia abrazó á ambas.

— ¿Ya te vás? preguntó viendo que Celina se despedia de Estefania y se acercaba á ella á presentarla su adios.

— Sí, mi querida Julia, lo siento, pero es preciso; Elisa no se halla bien... y me espera.

— Permitidme que os acompañe, señorita, dijo Raúl.

— ¡Oh! no será mucho, contestó ella clavando en el jóven sus bellos ojos, mi carruaje está en la puerta.

Saludó afectuosamente y salió seguida de Raúl.

Ella se habia apoyado en el brazo que la ofreciera el jóven, y no se atrevia á levantar los ojos, segura de encontrarse con su mirada apasionada.

Llegaron así en silencio á la escalera, y al ir á poner el pié en el primer peldaño, Raúl estrechó aquel brazo delicado que se enlazaba al suyo.

— ¡Cuánto os amo! murmuró.

Celina, confusa y encendida como la grana, le puso su mano sobre los labios.

El jóven besó aquellos dedos sonrosados.

Ella dió entónces un pequeño grito y bajando precipitadamente la escalera, se metió en el carruaje, que se alejó con la misma rapidez.

XIX

Cuando Julia salió de casa de Estefania y montó al carruaje que se hallaba estacionado á la puerta, serian las once de la mañana.

Reclinóse con indolencia sobre los almohadones, puso su mano delante de los ojos y los entrecerró, como quien se dispone á engolfarse en sus pensamientos.

— ¿Adónde vá la señora? preguntó el lacayo pasando su cabeza descubierta por la ventanilla.

— A P..., contestó con brevedad la jóven.

Cerróse la portezuela, se oyó el chasquido del látigo, los **caballos** arrancaron con violencia y el vehículo **echó á rodar** velozmente.

Al **cabo de un** cuarto de hora empezó á amortiguarse el **ruido atronador** de las ruedas sobre el empedrado, y el **coche** se deslizó por una suave pendiente.

El camino **carretero** que conducia de la ciudad á P... era **de lo mas pintoresco** que pueda imaginarse.

Rodeaban ambas laderas preciosas quintas de recreo, con sus torres y sus jardines, sus alamedas y sus fuentes.

A cada paso se encontraban campesinos cantando

alegremente al compás de la marcha de sus cabalgaduras.

Y el cielo estaba sereno y los campos esmaltados de variadas flores silvestres.

¿Qué hacía Julia entretanto?

¿Asomaba su rubia cabeza por la ventanilla para contemplar todo este paisaje?

No, la jóven reflexionaba.

Reclinada siempre sobre los almohadones, la mano puesta delante de los ojos, Julia pensaba, pensaba en su venganza.

Asomémosnos á su alma, y escudriñemos cada uno de sus pliegues.

Ella estaba satisfecha de su obra.

Sabía, por medio de sus agentes asalariados, que Luis salía apenas y que no se acercaba á su esposa; sabia mas — y esto lo habia visto ella misma una noche que saliera de la quinta con ese solo objeto — sabia que, noche á noche, se hallaba el jóven cerca á la casa misteriosa del supuesto robador de su honra.

¿Conocia Julia al hombre singular que habia alquilado aquella casa?

No, era tan desconocido para ella como lo era para todo el mundo.

¿Conocia qué clase de lazos le unian á Elisa de Solbás?

Tampoco, pero ella no ignoraba, como no lo ignoraba nadie, la siniestra historia de aquella casa y lo que en P... se decia; valióse, pues, de esta historia y de estos diceres para fabricar su vil intriga.

¿Qué la importaba echar mano de la calumnia?

¿qué la importaba arrojar un puñado de lodo sobre la honra de una mujer y de una amiga?

Ella alcanzaba su objeto, hundir á Elisa en el abismo del desprecio, arrebatarla hasta la estimacion de su marido; cuando estuviera caída y pisoteada, Luis huiria de la adúltera como huiria todo el mundo.

Pero, ¿sabria el mundo el crimen de Elisa?

Para esto Julia preveia un escándalo.

Ella estaba segura que la situacion creada en casa de Solbás, gracias á sus anónimos, se hacia insostenible; estaba segura que la tempestad de celos que rujía en el alma de Luis estallaria de un momento á otro.

¡Ay de Elisa entónces!

Para perder á su odiada rival, á aquella mujer que aborrecia tanto como ántes habia amado, y vengarse de los desdenes de Moncalvo, tenia ella su plan, un plan tan diabólico, como diabólico era aquel amor que la arañaba el pecho.

Entretanto, si despues de su último golpe, Alfredo, guiado por su amor, por aquel amor que era la pesadilla terrible de la jóven, se unia mas estrechamente á Elisa ¿qué hacer?

Esta era la idea cruel que llenaba de sombras su frente.

Si, ella conseguia su objeto, el rayo de su venganza caia sobre la cabeza de entrambos, mas... ¿impedia por esto que se siguieran amando?

Ella lo comprendia bien.

¿Qué hacer entónces?

Abandonarse á la ola de su destino; huir de P..., de la ciudad, del país; buscar bajo un cielo extran-

jero la distraccion y el olvido, y sofocar aquella pasion insensata.

¿No le quedaba acaso la satisfaccion de su venganza?

Ellos seguirian amándose... si, ¿más reconquistaria jamás Elisa el puesto del que la sociedad la habia arrojado? La mujer que resbala y cae en el camino de la vida no vuelve ya nunca á levantarse!

Y en cuanto á Moncalvo ¿quién garantia la eternidad de su amor? nada hay eterno aquí abajo, y el amor pasa, como pasan todas las cosas! Además él era hombre, y el hastío no tardaría en romper ~~unos~~ lazos que no habia la religion consagrado y que anatematizaba el mundo con su desprecio.

Julia sonrió; estaba satisfecha.

De pronto detúvose el vehículo.

La jóven se asomó por la ventanilla, mas nada vió que la llamara la atencion, ni que la explicara el repentino refrenar de los caballos.

A un lado estaba la magnífica *villa* de la señora de R...; al otro, mas allá del camino, medio oculta entre los árboles, la cabaña de la tia Joaquina.

— ¿Qué es eso, Francisco? preguntó Julia.

Casi al mismo tiempo, un ginete apuesto y elegante avanzó al paso inquieto de su soberbio caballo negro.

Julia le abarcó en una mirada, y al reconocerle, sintió que su corazon se estremecía.

Era Alfredo de Moncalvo.

— Celebro encontraros, señora, dijo Alfredo descubriéndose con galantería, vengo de vuestra quinta.

— ¡Cuánto lo siento! contestó Julia sonriendo con gracia, mas ya que hemos tropezado en el camino, voy á pagaros vuestra amable visita, presentándoos una invitacion. A pesar de que la estacion no es nada favorable, deseo festejar el natalicio de mi tia, el lunes próximo, con un baile... sin pretensiones. ¿puedo esperar que asistais á él?

Alfredo se inclinó reconocido.

— Además, prosiguió la jóven, voy á daros un encargo. Vos vereis, sin duda, á Elisa de Solbás (y apoyó este *sin duda* con una sonrisa amarga) decidla deseo sea ella la mejor estrella de mis salones.

— Señora, respondió el jóven, sereis en todo obedecida, y con placer marcado.

Y enviándola un amable saludo, revolvió su caballo y partió al galope.

— ¡A casa, Francisco! exclamó Julia arrojándose en el fondo del carruaje.

El coche rodó de nuevo, y cinco minutos despues se detenia ante la verja de la quinta.

XX

Luis era un hombre bien desgraciado.

Habia corrido tras una ilusion, habia creido palparla con sus manos y acariciarla con su aliento, y de repente, la hermosa fábrica se deshace pedazo á pedazo, y se desvanece como el humo.

Desde la noche en que recibiera el primer anónimo, había cambiado Luis completamente: serio, grave, la mirada recelosa, no hablaba con nadie y evitaba toda compañía; pasaba el día encerrado en su gabinete, á la noche salía siempre, no se sabía adónde ni á qué.

Aquella noche estaba él aún allí, por un acaso extraño.

Acababa un criado de colocar sobre la mesa la lámpara, como de costumbre, y el joven tomaba ya el sombrero para salir, cuando apareció en la puerta la simpática figura de un anciano venerable.

Aquel anciano tenía un bigote casi blanco y cordones dorados que brillaban sobre su casaca azul.

Luis, al verle, retrocedió dos pasos, lanzó un grito y se echó en sus brazos.

— ¡General, padre mio! exclamó conmovido.

D. Miguel Mantera le estrechó contra su pecho y le besó en la frente, como lo hubiera hecho con un niño.

— ¡Ah! me has reconocido, dijo, cuánto te agradezco, Luis, este recibimiento que no esperaba, en verdad, de ti.

El joven bajó los ojos y sintió un peso horrible sobre el pecho.

— Perdonadme si no os he ido á ver á vuestra llegada, dijo... ¡tengo penas, general!

D. Miguel le tomó las manos y el uno junto al otro se sentaron delante de la mesa.

— Hace cosa de un año, Luis, dijo lentamente el anciano, al despedirme de ti, me abrazaste, diciendo: "Padre mio, soy feliz". Ahora estoy de vuelta, y despues de esperar tres dias tu visita,

vengo á tí y me abrazas tambien, pero diciendo: "General, tengo penas!" ¿Tendré yo derecho de oirme llamar como ántes padre y de saber qué penas son las que te afligen? ¿tendré yo derecho de saberlo todo, Luis?

— ¡Oh! si, exclamó este estrechándole con fuerza la mano, necesito alguien en quien desahogar esta pena que me abruma. ¡ah! si vos supierais....

Se levantó y comenzó á pasear de un lado al otro en la mayor agitacion.

El general se acercó á él y trató de calmarle.

— ¿Qué pasa, Luis, qué pasa? dime, habla!

— Y bien, padre mio, y bien, ella... ella me engaña!

— ¿Qué dices, desgraciado?

El jóven no contestó, y se dejó caer, con un movimiento desesperado, sobre la silla.

— Acabas de lanzar una acusacion tremenda, dijo D. Miguel que creia haber escuchado mal ¿en qué te fundas? ¿tienes las pruebas?

— Las tengo, contestó sordamente Luis.

Y aquella respuesta le sonó de un modo lúgubre.

— ¿Quereis verlas? prosiguió viendo que el general, cruzado de brazos, permanecia en actitud interrogativa, hélas aquí.

Abrió el cajon del pupitre y arrojó un monton de papeles arrugados sobre la mesa.

— Leed, dijo.

— ¡Anónimos! exclamó con desprecio el anciano.

— Leed, repitió Luis.

D. Miguel se acercó á la mesa y tomó con repugnancia uno de aquellos papeles.

— Leed en alta voz, dijo el jóven.

El general leyó:

“Hay en el camino de P... una casa aislada, conocida bajo el nombre de “la cabaña de la tia Joaquina”. Un amigo sincero de Luis de Solbás le avisa que esta cabaña es el lugar de las citas de su esposa con un hombre desconocido.”

— Ese fué el primero, dijo Luis, esa fué la primera gota de veneno. Seguid, seguid leyendo.

El general tomó otro papel y volvió á leer:

“Al señor de Solbás le será fácil convencerse de lo dicho en mi anterior, yendo á P... y acechando á la puerta de la cabaña.”

— Yo he ido á P..., volvió á decir Luis, pero, desgraciadamente, nada he visto.

— ¿Quieres mas pruebas, que todo esto no es sino una calumnia infame?

El jóven le hizo seña de que continuase.

— Basta, basta, dijo el anciano con disgusto, todo esto es monstruoso é imposible ¿pueden presentarse acaso como prueba de la falta de una mujer cartas anónimas que nada dicen y que todo inventan?

— ¡Oh! no, hay mas todavia, dijo Luis con voz sombría, seguid, seguid leyendo.

El general fué tomando uno por uno y leyéndolos para sí todos aquellos papeles; en suma eran ocho, y todos no eran mas que amplificacion del primero con nuevos datos y nuevas pruebas.

— Leed este otro, repuso Luis sacando de su bolsillo un billete tan arrugado como los demas, es reciente.

D. Miguel leyó en alta voz:

“Si el señor de Solbás desea conocer al verdadero amante...”

— ¡Oh! esto es horrible, exclamó el anciano pálido é indignado.

— Seguid, seguid, repitió el jóven.

El general volvió á leer:

“Si el señor de Solbás desea conocer al verdadero amante de su esposa, asista al baile que dá en su quinta la señora de Almada, el lunes próximo.”

D. Miguel se apartó de la mesa y fué á sentarse silenciosamente cerca de la ventana.

Luis se plantó delante de él, y le dijo con una frialdad que aterraba:

— ¿Y bien?

— Siéntate y hablemos, dijo el general retorciendo su cano bigote, como quien piensa en lo que va á decir y no en lo que hace.

— Hablemos, respondió con un suspiro Luis, sentándose al lado del anciano.

Este habló con calma, dejando caer una á una sus palabras.

— ¿Conoces tú la mano que ha trazado esas líneas?

— No, si la conociera, os juro que á estas horas la habria cortado de un solo golpe.

— ¿Quién te ha entregado esos papeles?

— Nadie... los he hallado al acaso sobre mi mesa, los he tomado y los he leído.

— Algun criado infiel... insinuó el general.

— He tenido la misma sospecha, he espiado, pero nada he descubierto.

— No hay duda, dijo D. Miguel retorciendo pensativo su bigote, algun criado vendido al anónimo autor de esas cartas es quien las pone sobre la mesa, amparado por tu distraccion ó alentado por tu

ausencia. Pero dejemos esto; yo no puedo admitir tu horrible sospecha, basada en la lectura de cartas anónimas, yo quiero hechos, quiero pruebas ¿dónde están?

— Escuchadme. Ya habeis leído que se me dice que, si quiero convencerme de la culpabilidad de Elisa, vaya por la noche á acechar á la puerta de la cabaña.

— Si, y me has dicho tambien que has ido y nada has visto.

— No, os engañaba. Una de estas noches, aguijoneado siempre por la sospecha, fui á emboscar-me cerca de la casa maldita. Pasaron dos horas en que, como siempre, fui presa de una ansiedad mortal; á cada sombra que veia, á cada ruido que sentia, saltaba mi corazon dentro del pecho; por último, escuché unos pasos.... y ví acercarse una mujer encubierta á la cabaña.

— ¿Era ella? preguntó D. Miguel que no perdia sílaba.

— No puedo explicaros lo que sentí en aquel instante, prosiguió Luis sin escucharle, me pareció que el mundo se hundia y que yo rodaba al abismo. Hacia luna, pero no pude distinguir las facciones de aquella mujer, porque las llevaba cubiertas por un velo tupido, pero al través de él... ¡ah! perdonadme... al través de él me pareció ver brillar el cabello casi dorado de Elisa!

— Y tú, tú ¿qué hiciste?

— No me lo preguntéis... acometiéronme ímpetus de atropellarla y destrozarla bajo los cascos de mi caballo... pero, no tuve valor y escapé de aquel sitio. Cuando volvia, ¡loco, desesperado, en-

contré en el camino, en direccion opuesta á la mia... á Alfredo de Moncalvo...

— Luis, dijo el general en tono severo, tú deliras; no contento con acusar á tu esposa, basado en despreciables anónimos, llegas á dudar de un amigo, por un encuentro fortuito. ¿Quién te asegura que aquella mujer era ella? ¿la has reconocido? no, tú lo confiesas. Escúchame, Luis, escucha á este viejo amigo que por algo tiene canas en la cabeza. Antes de correr á P... para ver fantasmas, ¿te has fijado si tu mujer sale de noche?

— No, exclamó el jóven que pareció revivir bajo este rayo de esperanza.

— Ya véas que te has conducido como un niño; esta cuestion es grave y no se la debe resolver con arrebatos, tú tendrás calma y no harás nada, hasta tanto no tener las pruebas en la mano. Pero.. veo brillar relámpagos al traves de los cristales, y no me haria mucha gracia el que me cojera la lluvia...

Se levantó, tomó su sombrero, y al llegar á la puerta, dijo con el último apretón de manos:

— Calma! y sobre todo.. observa si ella sale de noche!

Luis, una vez solo, voló á la alcoba de su mujer, y abrió la puerta de par en par.

La estancia estaba iluminada, como siempre, por la lámpara que descansaba sobre la mesa de luz, pero...

Elisa no se hallaba en su alcoba!

XXI

Alejandro, puesto que ya podemos dar al enlutado este nombre, desde que ha caído la misteriosa careta que le cubría, Alejandro decimos, recorría pensativo de un extremo al otro el modesto cuarto que ocupaba en la honrada casa de huéspedes de la señora Remedios.

Sentado, y mirando al joven que paseaba, hallábase un personaje desconocido para el lector, pero que ha pasado ya ante sus ojos en alguna de las páginas anteriores; era un hombre de veinte y cinco años apenas, y de franca y abierta fisonomía.

Uno y otro guardaban silencio, oyéndose tan solo el acompasado resonar del suelo bajo los pesados pasos de Alejandro.

— Te veo ¡sombrio, dijo aquel rompiendo el primero este mutismo, ¿por qué te pones así y así arrugas el ceño cada vez que te hablo de tu vuelta á L...?

Alejandro se detuvo y volvióse al que le hablaba; luego, envolviéndole en una mirada cariñosa, se acercó á él.

— ¡Si supieras, Paco, si supieras cuánto la amo! exclamó respondiendo mas bien á su pensamiento que á la observacion de su amigo. Anoche, prosiguió con calor, anoche ella estaba cerca de mí ¡hacía un año que no escuchaba su voz! y bien, Paco, cuando aquel éco dulcísimo resonó en mí oído, sentí algo inesplicable, incomprensible, y los re-

cuerdos todos del pasado se despertaron de golpe...

Y una lágrima furtiva asomó bajo el párpado de Alejandro y osciló por un instante en el extremo de sus pestañas.

— Siempre débil! murmuró él, secándola con el dorso de la mano.

Y volvió silenciosamente á sus paseos.

— Amigo mio, dijo Paco, es preciso que todo esto concluya; te pierdes, Alejandro, te pierdes sin remedio si persistes en una lucha estéril para tí y para..., esa mujer ¿y acaso se merece una muchacha casquivana y sin entrañas que un hombre de corazon se pierda por ella? Alejandro, tengo en mi mano el remedio de tu mal: vuelve á L...

— Volver á L..., repitió como un éco Alejandro.

— Si, volver á L...; tú no tienes familia ni amigos, has perdido la una y abandonado completamente los otros, desde que esa loca de la Éstrella se convirtió en señora y se largó para acá; solo te quedo yo, que tengo derecho á llamarme tu hermano mayor, por mas que tú lo seas en la edad. Vén, pues, conmigo; viviremos en la linda casita de la falda del monte; allí, rodeado de Pepita, de la vieja tia Ursula y de mi pequeño Juanito, repondrás tu salud y olvidarás tus penas.

— ¡ Cuán feliz eres tú! murmuró Alejandro ante el cuadro sonriente que de una sola pincelada, acababa de trazar el jóven aldeano.

— ¿ Quién te prohíbe alcanzar igual felicidad? dijo Paco, olvida el pasado y reedifica de nuevo. Véamos ¿qué me respondes? ¿ nos volvemos á L... y dejas este infierno?

— No, Paco, no.

— ¡Cómo!

— No te asombres de mi respuesta, porque no es la primera vez que te la doy ¿qué quieres? hay algo superior á mí que me manda quedarme.

— ¿Quién, Dios quizá?

— Mi corazon, Paco.

El aldeano calló.

— Yo quiero permanecer cerca de ella, continuó Alejandro, respirar el aire que ella respira. Ir á L... yo, y saber que ella rie, que se divierte, que goza, que es feliz... ¡oh! nunca, nunca, bástame haber sufrido un año.

— Pero ¿qué es lo que deseas? ¿qué es lo que te propones?

— ¡Lo que yo deseo! exclamó el jóven cuya mirada se hizo vaga, ¡ah! que vuelva á ser mia, como lo era allá en L..., que me sonria, que me ame!

— Un grano de anis! murmuró Paco moviendo la cabeza.

— ¡Lo que me propongo! prosiguió Alejandro, vengarme de su conducta, castigar su perfidia; mis deseos son irrealizables, lo sé, lo comprendo, pero mis propósitos no, y los llevaré á cabo. Tú no lo sabes, tengo en mi mano armas poderosas, y he logrado apoderarme de secretos tremendos... Escucha.

Y bajó la voz.

Refirióle cómo antes de su venida traia ya meditado su plan y en qué consistia este plan: perseguir como una sombra á la jóven en todas partes y hasta en su misma casa, amedrentarla, aterrarla, y luego como golpe de gracia, revelar al marido el secreto que guardaba; esto era horrible, indigno, infame,

él mismo lo comprendía; pero su sufrimiento había sido también horrible, y la conducta de aquella mujer infame é indigna; contóle cómo á su llegada, había estudiado el terreno en que debía desarrollar su plan; cómo había comprado la servidumbre toda de la casa de Solbás y la de la quinta de Almada, donde pasaba Elisa la mayor parte del día, y alquilado la casita inhabitada del camino de P..., para trasladarse á ella, siempre que lo juzgara conveniente; cómo había descubierto que la señora de Almada amaba á un jóven que la desdeñaba por perseguir á Elisa con sus homenajes; cómo, siguiendo siempre estrictamente su plan, había esperado los acontecimientos; cómo no tardaron en llegar á sus manos ciertos anónimos que la señora de la quinta, arrastrada por los celos, enviaba al señor de Solbás, para vengarse de la que ella creía su rival; cómo, comprendiendo el poderoso auxiliar que la nueva intriga le traía, dió á los anónimos el destino indicado; cómo nada salía de la quinta sin pasar ántes por sus manos.

— Esto debe tener un pronto desenlace, prosiguió Alejandro, lo espero con paciencia; cuando él llegue... ¡oh! entónces daré yo mi golpe de gracia. Entretanto, sé que la soberbia Elisa de Solbás es perdida, y me entristezco al pensar que vá á caer de tan alto! y caerá, Paco, caerá, porque los cimientos de su grandeza están removidos por manos poderosas; cada hora que pasa, cada minuto que vuela es un paso que dá hácia su ruina... y sin embargo, la amo, la amo mas que nunca!

— Hé ahí una cosa que no comprendo, dijo Paco que estaba aturdido de todo lo que oía, ¿cómo

puedes amarla y desear al mismo tiempo su perdicion?

— Precisamente porque la amo, Paco; si ella no hablara á mi corazon ¿qué me daría á mí de su conducta y de su olvido? pero la amo ¿lo oyes bien? y entónces, los celos de verla en brazos de otro y la desesperacion de verme olvidado, ponen en mi mano el rayo de la venganza

El jóven aldeano no halló qué contestar.

— Además, repuso Alejandro, dime ¿qué harías tú si Pepita, la madre de tu hijo, diera oidos á las palabras de otro hombre y huyera léjos de ti? ¿que dirías?

— ¿Qué haría? la escupiría en medio del rostro, ¿qué diría? diría que era la mujer mas digna de desprecio que pisaba la tierra ¿estás contento?

— ¡Ah! exclamó Alejandro con un suspiro, tú no tienes el alma como yo la tengo.

— En cambio, mi pobre amigo, soy mas razonable que tú.

Alejandro calló.

— Esta noche, repuso Paco, parto para L... y me voy lleno de tristeza porque te dejo; dos veces ván ya que vengo para tratar de arrancarte á la ciudad y á tu propósito, y todo ha sido inútil ¿venceré en la tercera? lo espero de tu buen juicio y de mi buena suerte.

Abrazóle cariñosamente y salió.

Alejandro fué á sentarse, recostó su cabeza fatigada sobre el borde de la mesa, y quedó inmóvil, inclinado así, bajo el peso de su pensamiento y de sus penas.

Y no habian pasado aún diez minutos, cuando la

puerta se abrió, empujada por una mano temblorosa, y una mujer encubierta apareció en el dintel.

Aquella mujer, al entrar, levantó el velo de su mantilla, y mostró un rostro pálido y hermosísimo.

Era Elisa.

XXII

La puerta, al abrirse, habia arrojado un chirrido agudo.

Alejandro alzó la cabeza y miró sorprendido.

Elisa estaba de pié en medio del cuarto; vestia completamente de negro y fijaba en él sus bellos ojos impregnados de melancolía.

Al reconocerla estremeciósese Alejandro, se levantó precipitadamente y exclamó no pudiendo dar crédito á lo que veía:

— ¿Vos, vos aquí?

— Si, yo, contestó ella con una voz que casi no se oía, yo que vengo á hablaros.

Alejandro se cruzó de brazos, y esperó.

Cualquiera que hubiese observado la fisonomía de aquel hombre durante esta rápida escena, habria notado en ella un cambio mas rapido todavía entre aquella exclamacion de asombro y aquel ademán de indiferencia.

Al ver á la jóven, sus ojos brillaron y se animó el color de sus mejillas; luego esta especie de soplo vital desapareció como por encanto.

Era su corazón que, obligado á sofocar sus latidos por aquella voluntad indomable, parecia revolverse y revivir á la vista del objeto amado, pero, amarrado de nuevo, volvia á caer en la fria indiferencia á que se le condenaba.

Elisa no pudo por el momento articular una sola sílaba; la emocion anudaba su lengua y la robaba todo movimiento.

Pudo, sin embargo, dar dos pasos vacilantes y buscó un apoyo en una silla cercana.

— Alejandro, dijo por fin con un supremo esfuerzo, vengo á hablaros de un asunto que os interesa tanto como á mí, y que no necesito nombrar. El paso que doy es arriesgado, lo sé, mi reputacion está en peligro; para llegar hasta aquí he tenido que fraguar una mentira como una mujer culpable, pero... no he titubeado en hacer todo esto fiada en vuestra generosidad. Escuchadme, y no me interrumpais, os lo ruego; la felicidad de mi vida entera está en vuestras manos, la paz de mi hogar y de mi espíritu. Yo he sido culpable, no lo niego, ni pretendo sincerarme; os he engañado, he sido perjura... pero... pero vos sereis generoso; vengo á acojerme á vuestro perdon!

Alejandro la miró.

— Venis á pedirme la paz, dijo con voz sorda. ¿y quién me devolverá la que vos me habeis robado?

— Yo, Alejandro, yo puedo haceros todavia feliz.

— ¿Vos? nada podeis darme ya, como yo nada puedo daros tampoco; ¿ó es oro lo que pretendeis ofrecermé? en ese caso, señora, os responderé que el humilde aldeano de L... no vende su silencio como vos vendisteis su amor.

— Alejandro, pedidme todo lo que querais, pero huid, alejaos, olvidadme.

— Ni nada quiero ni nada pido, señora, ni me alejaré, ni desistiré de mi propósito.

— ¡Ah! ¿pero qué es lo que os proponéis? ¿qué exijis de mi?

— ¿De vos? nada exijo, señora, ¿lo que me propongo? vengarme de vuestra perfidia ¡ah! vuestra vana cabeza de coqueta pensó que podía impunemente romper el juramento sagrado que la ligaba al pobre aldeano, pensó que podía arrojarle su desprecio, como se arroja una piedra al perro que pasa, que podía azotar su rostro con el látigo de sus lacayos y con sus carcajadas de befa, y no pensó que aquel aldeano tenía un corazón, que sabría odiar como sabía amar! ya sabéis lo que me propongo: ¡vengarme de vuestro desprecio, de vuestro olvido y de vuestro perjurio!

— ¡No hareis nada de eso! exclamó la jóven levantándose y yendo hasta él.

Yo os lo suplico, prosiguió plegando sus manos, abandonad la ciudad y olvidad esta pobre mujer que, si ha sido culpable, viene á humillarse á vos y á solicitar vuestro perdon ¿qué satisfaccion puede quedaros despues de verme caída y despreciada? ¡Ah! dejadme gozar de la paz de mi hogar que ha sido turbada con vuestra venida, dadme esas cartas fatales que aún conservais, y alejaos, Alejandro; yo os lo suplico de rodillas...

Se inclinó sobre su oído y concluyó con voz sofocada:

— ¡Qué él no lo sepa!

Y estalló en sollozos, cayendo de hinojos sobre la estera.

— ¡Ah! le amais, dijo Alejandro con reconcentrado acento, le amais y no teneis reparo en confesármelo!

— ¡Si, si le amo! exclamó con un arranque sublime Elisa, no es su fortuna la que me ha seducido sinó su amor el que me ha arrastrado, y antes de aparecer deshonrada á sus ojos buscaré en la muerte el perdon de mi falta!

Alejandro lanzó una carcajada siniestra.

— Y bien ¿qué me importa? dijo golpeando su frente ¿qué efecto puede hacerme declaracion semejante? le amais ¿verdad? sea en buena hora, señora; alégrome de ello, porque asi el golpe será de mas efecto.

— No, no, gimió Elisa arrastrándose á sus piés, vos sereis razonable y desistireis de vuestro empeño.

— Jamás, contestó sombríamente Alejandro, el paso que dais es inútil, completamente inútil; estoy mas que nunca decidido á cumplir mi propósito; ¡qué! he esperado un año este momento, y ahora, ahora que el temor os ha hecho descender hasta mí, ahora que estais en mis manos, habia yo de alejarme perdonándoos todo el mal que me habeis hecho? ¡jamás! Y sabedlo bien, aunque ya os lo he prevenido: hay una mujer que me ayuda en mi obra, una mujer que fué vuestra mejor amiga, y que intriga ahora contra vos, porque la ahogan los celos ¿necesitais que os diga su nombre? ¡es la señora de Almada!

Elisa no se inmutó ante esta declaracion.

— Si, si, vos sereis razonable, repitió suplicante, ¿qué me importan las intrigas de esa mujer? bastaria una sola palabra mia para desbaratarlas, pero vos... ¡ah! Dios mio! es preciso que me escuchéis.

— ¡Jamás! volvió á decir Alejandro.

Entónces Elisa, caida como estaba sobre la estera, se abrazó á las rodillas del jóven, y rogó y lloró á un tiempo; habló de L..., de sus viejos padres, de su marido, de su familia toda, de su felicidad, de su hogar... hablaba atropelladamente, con la mirada estraviada y el acento entrecortado; á veces los sollozos la ahogaban y quedaba callada, en tanto que sus lágrimas corrian libremente; luego, pasado el acceso, volvía á hablar, como un demente que desvaria ó como un enfermo que delira.

Alejandro permanecia, frio, mudo, impasible.

Cuando, por último, Elisa, perdidas ya las fuerzas y sin alientos, se prendió á su brazo, exclamando desesperadamente:

— ¡No me rechazéis!

— ¡Jamás! repitió él mas frio y mas impasible que nunca.

La jóven se levantó entónces, y sin lágrimas, sin sollozos, con una tranquilidad aterradora, le miró bien fijamente, y volteando el velo de su mantilla sobre su rostro pálido, salió como una sombra de la pieza.

Y Alejandro se desplomó sobre una silla, exclamando con un acento que partia de lo mas íntimo de su alma:

— Ah! cuánto la amo! cuánto la amo!

XXIII

En la acera que daba frente á la casa de huéspedes de la señora Remedios paseaba con suma impaciencia un hombre, que no apartaba los ojos de la vieja y sombría fachada.

Aquel hombre, con solo estirar un tanto el cuello, podia ver, al través de la caída persiana de una de las ventanas bajas, á una señora prendida y atildada, que cosía en la salita limpia y modesta; á D^a Remedios, en fin.

— ¿Qué habrá venido á hacer ella en esta vieja posada? murmuraba el desconocido.

Rechinó, por fin, la puerta.

El hombre que espiaba se pegó á la pared y miró con avidéz.

Una mujer de luto era la que salía, acompañada á respetuosa distancia por la señora atildada y prendida que cosía en la salita baja.

— ¡ Es ella! se dijo el desconocido.

La puerta se cerró y la dama enlutada echó á andar con paso débil y vacilante.

No anduvo mucho.

El de la acera de enfrente cruzó la calle, la alcanzó sin trabajo y se plantó delante de ella.

— No os asusteis, señora, dijo aquel hombre con un acento respetuoso y galante en sumo grado, no es un alma del ótro mundo quien os detiene en vuestro camino.

Elisa arrojó un pequeño grito de espanto y redo-

bló la precipitacion de su marcha; acababa de reconocer la voz de Alfredo de Moncalvo.

Hallábase en la esquina estacionado un carruaje; la jóven se metió en él, despues de dar con voz trémula la direccion al cohero, y se acurrucó miedosamente en el fondo.

Pero, por desgracia, el conductor dormia, encaramado en su asiento; Elisa oyó asustada los pasos de Moncalvo, y vióle llegar, por fin, é inclinarse sobre la portezuela.

Alfredo sacudió con violencia al dormido auriga, hablóle dos palabras, y poniendo el pié en el estribo, montó audázmente en el carruaje.

Esta accion devolvió el uso de la palabra á la jóven.

— Y bien, dijo con mal segura voz, ¿qué significa esta persecucion? ¿qué es lo que haceis?

— Perdonadme, contestó apasionadamente Alfredo, hace mucho tiempo que no me cabe la dicha inapreciable de veros y...

Ella no le dejó concluir.

— Moncalvo, dijo con severidad, no es esta la primera vez que me veo obligada á imponer silencio á... vuestras impertinencias; me habiais dado la palabra de no recomenzar, y ahora reagrais vuestra falta con lo que haceis... detened el carruaje que voy á bajar.

Se levantó é intentó abrir la portezuela, pero él la detuvo con un gesto suplicante.

— No hagais tal, señora, exclamó, ved, ya comienza á llover y el coche vá á la carrera... lleva, por otra parte, la direccion de vuestra casa.

Elisa se sentó resignadamente de nuevo.

— ¿Cómo ~~quereis~~, repuso Alfredo, que os deje volver en esta noche tempestuosa, sola y á pié, como ~~habéis salido?~~

— ¿Luego me habéis seguido? preguntó inquieta la jóven.

— ¿Por qué habia de negarlo? ansiaba veros y espié vuestros balcones como un amante de melodrama; cuando os ví salir os seguí.

— Espero, dijo ella, que no habreis dado una interpretación torcida á lo que habéis visto y os debe haber estrañado.

— ¡Señora!

— Una parienta de mi madre ha llegado esta noche de L... y se ha albergado en esa casa de huéspedes; he aquí el motivo de mi salida.

Y la jóven calló y se acurrucó aún mas, guardando una distancia conveniente.

El carruaje marchaba rápidamente entretanto; soplabá el viento con violencia y caía un aguacero copioso; las gotas de agua golpeaban alegremente en el cristal de las ventanillas, y se escurrian dejando una húmeda huella.

Los escasos transeuntes que atravesaban la calle andaban aprisa, escudados de la lluvia y del vendabal bajo sus enormes paraguas; la luz de los faroles dibujaba sus largas siluetas sobre el asfalto brillante de la vereda.

Alfredo respiraba con delicia al hallarse allí mano á mano con su hermosa esquiua.

La casualidad, esa hada traviesa que parece llevar el hilo de los humanos destinos, habia arreglado las cosas de un modo bien satisfactorio para el enamorado jóven.

Y este, como hombre avezado á tales aventuras, comprendiendo que ocasion mas oportuna no se le presentaria jamás, decidió aprovecharse de ella.

Y habló.

¡Cuántas cosas dijo Alfredo!

Inclinado sobre la jóven silenciosa, murmuró á su oído, como si delante de testigos estuviera, todo lo que puso en sus lábios su loca pasion, deshojando á sus piés esas flores de papel y alambre que todo tenorio vulgar encuentra á manos llenas en el jardin de la galanteria; la dijo cuánto habia sufrido en aquellos dias que habia pasado sin verla, y cómo visitaba teatros y paseos en la esperanza de hallarla; cómo, abatido y triste, encontró un consuelo en recorrer la carretera de P..., donde estaba la quinta de Almada en que habia gozado de su presencia tres dias, y por la que escoltára su carruaje la vez última; cómo fuera ó léjos de ella nada existía para él y cómo este nombre armonioso ¡Elisa! en su boca estaba mañana y tarde; que su voz era una música y sus ojos dos luceros y que toda su frialdad no bastaria para apagar el volcan ardiente que en su pecho hervia.

¡Cuántas cosas dijo Alfredo!

Y como, con razon ó sin ella, quien calla otorga, dice el proverbio, Alfredo ante el silencio significativo de la jóven, se enardeció aún mas y habló con creciente entusiasmo.

La dijo que el próximo lunes daba en su quinta un baile Julia de Almada, y que de esta tenia encargo para ella de invitarla muy especialmente; que él esperaba que no faltaria, porque le privaría, con refinada crueldad, de gozar de su adorada

compañía, y daríale pruebas de que aún no le había perdonado, arrebatándole toda esperanza de conseguirlo; la dijo...

¡ Cuántas cosas dijo Alfredo!

¿ Le escuchaba Elisa entretanto?

Acurrucada en el fondo del carruaje, el velo de su mantilla echado sobre el rostro, dejábale hablar y le oía distraída, del mismo modo que oía golpear la lluvia en los cristales, es decir, como algo que se oye y no se percibe; anonadada bajo el peso de la idea terrible que la torturaba, desgarrada el alma por la escena tremenda que acababa de ocurrir, no tenía voz ni acción, é iba allí indiferente y muda, sin pensar siquiera que la compañía que llevaba podía comprometerla seriamente.

El coche paró de pronto.

Elisa se enderezó bruscamente, como quien vuelve de un sueño; el cristal empañado de la ventanilla le permitió apenas reconocer el portal de su casa.

— ¿ Váis á descender ya? preguntó con pesadumbre Moncalvo.

— Sin duda ; hemos llegado.

— Pero, vais á mojaros.

— ¿ Qué importa?

Y rápida como el relámpago, abrió la portezuela y saltó sobre la acera.

— ¡ Adios, señora, hasta pronto! dijo Alfredo estrechando amorosamente su mano.

Y vióla cruzar bajo una lluvia torrencial y entrar con precipitación en la casa.

Y en tanto que daba una nueva órden al cochero y que este la ejecutaba, murmuró él :

— Es extraño esto; ó soy yo muy torpe ó es ella

de una virtud á toda prueba. ¿Qué debo pensar de su silencio? ni una palabra ha contestado á mis ardientes declaraciones... creo, sin embargo, que me ha escuchado con agrado... ¿habrá recibido ya mi billete de esta tarde?

XXIV

Cuando Luis vió que Elisa no estaba en su alcoba y pudo cerciorarse que sus ojos no le engañaban, tuvo necesidad de apoyarse en algo, porque le faltaron las fuerzas para sostenerse.

Decidióse, sin embargo, á entrar.

Todo estaba allí en ese desórden consiguiente á una salida precipitada; en el tocador dos bugias á medio consumir, deshaciéndose en lágrimas, los muebles abiertos y revueltos los cajones, un chal arrugado sobre una silla y un zapato de tafete volcado sobre la alfombra, dos botes de pomada destapados y mostrando aún las huellas de dedadas nerviosas; sobre el lecho el peinador blanco, abierto de mangas, los encages destrozados y colgando en girones.

Luis lo miró todo y quedó en medio de la estancia, sombríamente silencioso.

El crugir de un vestido y unos pasos femeninos que se acercaban no le arrancaron á su inmovilidad.

Era Celina que atravesaba la alcoba.

— Acaba de salir, dijo la jóven sin detenerse y volviendo á su hermano su gracioso rostro, dijo que una parienta de la señora Berta habia llegado é iba

á verla á la direccion que se la daba; no quiso que se pusiera el carruage ni que yo la acompañara; seguramente la tomará la lluvia.

Y siguió su camino, cerrando tras sí la puerta.

Entónces Luis tuvo un arranque de rabiosa desesperacion.

Lanzóse sobre los muebles abiertos, registró todos los estantes, revolvió todos los cajones, buscó debajo de todos los objetos y detrás de todos los cuadros; las cintas, los encages, los chales, la ropa blanca, todo volaba de un extremo al otro de la alcoba, y se amontonaba en grupos abigarrados sobre la alfombra; hubo un mueble, el velador, cuyo cajon con llave, le opuso tenaz resistencia: los dedos finos y aristocráticos de Luis se convirtieron en férreas tenazas, gracias á la furiosa rábida que lo dominaba; partióse la cerradura, saltó en astillas el cajon, y el mueble cayó con estrépito rompiéndose el espejo en mil añicos.

— La prueba, la prueba de su infamia, rugia el jóven, que yo la encuentre para abofetearla con ella cuando vuelva!

Sobre el reclinatorio habia un libro de oraciones; lo tomó, hojeólo febrilmente y... ¿no era aquello una ilusion? parecióle ver caer un papel, un billete tal vez.

¿Seria un billete ó simplemente una estampa religiosa?

Fácil le era cerciorarse: el papel estaba sobre el asiento de terciopelo del reclinatorio, plegado en dos; era color de rosa y mostraba en uno de sus lados dos líneas negras, como si fuera la direccion de una carta.

¡Una carta!

Luis se abalanzó á ella y rasgó el sobre de una manera nerviosa.

Era, sí, una carta, escrita con letra de hombre y redactada en términos que no dejaban subsistente duda alguna.

El jóven la leyó con avidéz, vió la firma y se puso horrorosamente pálido.

— ¡Alfredo de Moncalvo! exclamó con un rugido ¡ah! con que era cierto, con que él, el mejor de mis amigos, era el miserable que me robaba la honra ¡infames! ¡infames!! ¡infames!!!

Sus lábios se pusieron cárdenos y su rostro se descompuso; se echó sobre el lecho, mordió con rabia la almohada y rompió á llorar convulsivamente.

Sus sollozos eran ahogados, intermitentes; tenían algo de terrible que asustaba.

Aquel parasismo pasó, Luis se puso de pié, y con una calma mucho mas tremenda que su desesperacion, fué á recostarse en la baranda del balcon abierto.

Los truenos y la lluvia armaban un soberbio concierto; el relámpago rasgaba á intervalos el cielo negro, mostrando sus entrañas de fuego y el viento se arremolinaba en la calle estrecha, hacía volar las pizarras de los tejados y crugir las puertas y las ventanas; los aleros lagrimeaban sobre la vereda con un ruido alegre y sonoro.

El jóven aspiraba con ansia el aire húmedo y parecía extasiado en la contemplacion de aquel espectáculo; el agua salpicaba sus cabellos y sus ropas, pero él no lo sentía.

Con la frente sobre las manos y los codos en la baranda, entregábase Luis á las reflexiones amargas de su situación desgraciada.

¡Luego era cierto!

¡Luego ella le traicionaba!

¡Ah! todo lo había ya perdido; su amor, su felicidad, su honra!

Nada le quedaba, sinó el recuerdo doloroso de la dicha pasada, que nos transporta á otros tiempos y á otras horas.

Como en un sueño lejano y como un mágico cortejo, veía él desfilir todos sus momentos de ventura, cuyos encantos parecen aumentar la muerte ó la distancia.

¿Era posible que aquella hechicera criatura hubiese caído tan bajo? ¿Era posible que aquella alma purísima, que resplandecía en su mirada, fuese hecha de barro inmundo, como lo era su cuerpo?

¡Ella le había cubierto de lodo!

¡Y él que la amaba con un amor tan puro y tan intenso!

¿Qué hacer? ¿matarla?

No, sus manos tenían horror á la sangre.

¿Despreciarla?

¡Ah! la amaba demasiado!

El ruido de un carruaje dominó el rumor de la tormenta y arrancó á Luis de sus tristes reflexiones.

El coche se detuvo á algunos pasos de la casa, abrióse la portezuela y bajó una mujer encubierta.

Y vióse entonces la mano de un hombre salir por la ventanilla y estrechar con ardor la de la incógnita.

Luis quedó extático.

Nada le quedaba ya que ver.

Había reconocido á Elisa en aquella mujer y adivinado en aquel hombre á Alfredo de Moncalvo!

XXV

Al abrir Elisa la puerta de su alcoba y al registrarla toda con una mirada furtiva y asustada, hizo un violento ademán de asombro, y un grito nació en su garganta y espiró en sus lábios.

Hallabase frente á frente á su marido.

Era, sí, Luis, parado delante del balcon, los ojos clavados en la puerta que ella abría.

Las mejillas de la jóven se tiñeron con el carmin de la vergüenza y sus ojos pardos se inclinaron al suelo.

En otro momento hubiera ella volado, con los brazos abiertos, á los de su marido; en aquel, en que todo la condenaba, no se atrevió á adelantar un solo paso.

— Luis, ¿tú aquí? dijo haciendo un esfuerzo para serenarse.

Y como no obtuviera respuesta, cruzó la pieza y se acercó al balcon, volteando sobre sus hombros su manto negro mojado por la lluvia.

— Luis, ¿tú aquí? volvió á decir con un acento dulcísimo y olvidándolo todo para no pensar sinó en el hombre que tanto amaba. ¡ah! qué agradable sorpresa!

El jóven no contestó palabra y siguió mirándola de aquella manera fija que comenzaba á aterrarla.

— ¿Por qué me miras así? preguntó ella acercándose mas á su marido y tomando cariñosamente sus manos heladas.

Luis la apartó con frialdad, y la dijo en un tono breve y seco :

— Señora, ¿de dónde viene Vd.?

Esta pregunta terminante y este *usted* glacial hicieron en ella el mismo efecto que si la hubieran clavado en medio del pecho un puñal de acerada punta.

— Os lo pregunto, prosiguió Luis, porque asomado á este balcon, os he visto descender de un carruaje, en medio de la lluvia; no veniais sola, no; os acompañaba un hombre que hasta hoy he amado, pero que desde hoy desprecio.

— ¡Oh! Luis! exclamó Elisa comprendiendo el doloroso sentido de estas palabras.

— No podeis responderme, repuso él con amargura, no deseo tampoco haceros confesar vuestro crimen, señora. No necesito preguntaros de dónde venis en un carruaje, ni por qué llevais lodo en los zapatos y agua en los vestidos. Vos, señora, venis de P...!

— ¿Yo?

— Si, vos; ya veis que lo sé todo.

— ¡Luis! exclamó Elisa con un acento que era una queja. Tú dudas, tú sospechas de mí, repuso plegando desesperadamente sus manos, y me condenas sin oirme; mirame, Luis mio, y dime despues, viendo mis lágrimas, si puede ser culpable la mujer que tanto te ama.

Abrazóse á él y pegó su rostro lloroso al rostro de su marido.

Luis la apartó con la misma frialdad de antes, y desdoblando con una calma aparente la carta de Moncalvo que guardaba en su mano derecha, la puso delante de los ojos de la turbada jóven, diciéndola secamente:

— ¿Conoceis esa letra y esa firma?

Elisa desvió su vista de aquella carta fatal y cayó sin fuerzas sobre una silla.

Luis la contempló con una mirada de conmiseración.

— Señora, dijo, ya veis que **no os acuso sin tener en la mano pruebas terribles; no soy yo, son ellas las que os condenan. Me habeis engañado, habeis traicionado mi amor, habeis violado la fé de vuestros juramentos, habeis manchado el nombre que os entregué puro y sin tacha!**

— No, no, no es cierto! gimió ella desatándose en un raudal de lágrimas.

— Quiero haceros saber mi resolución, repuso el jóven, no la última, por cierto: de hoy en adelante viviremos separados el uno del otro, vos aquí, yo allá; ante el mundo seremos los mismos de siempre; ni en un gesto, ni en una palabra, quiero ¿lo entendéis bien? quiero que se adivine la verdad de nuestra situación. En cuanto á ese hombre envilecido que me ha traicionado y os ha hecho caer tan bajo... ¡ah! la hora de la justicia no tardará en sonar para él!

Elisa se deslizó de la silla al suelo, y abrazó las rodillas de Luis.

— ¡Ah! no me dejes así, suplicó, no me dejes

entregada á esta tortura que me mata; vivir yo léjos de tí, no verte, no oírte, no tener el derecho de arrojar me en tus brazos cuando lo pida á gritos mi corazón... ¡oh! esto es horrible; tu sospecha es mas culpable aún que mi supuesto crimen!

— ¡Basta, señora, basta! exclamó el jóven forcejeando por desasirse.

— No, no te irás; déjame que te diga que si las apariencias me condenan, las apariencias engañan también. Luis, yo te amo, te amo como antes y como siempre, y ¿acaso podría olvidarme de lo que me debo y de lo que te debo? ¿podría olvidarme de que, no siendo sinó una jóven pobre, te dignaste descender hasta mí y elevarme á tu grandeza? ¡ah! Luis, acuérdate de nuestro santo amor en L...!

— ¡Ah! hizo él á quien esta última frase acababa de presentar el brillante panorama de sus pasados días.

— Acuérdate, prosiguió Elisa siempre de rodillas y abrazada siempre á las de su marido, de nuestras citas, de nuestros paseos, de nuestros juramentos, y ahora...

— Ahora, señora, os veo á mis piés, no palpitante como entónces de castísimo amor, sinó culpable y deshonrada. Dejarme ir.

— ¡No, no, no!

Luis descinóse de aquellos apretados lazos, y se dirigió hácia la puerta. Elisa se irguió violentamente.

Tenia el cabello caído y desordenado, los ojos empañados por las lágrimas, los labios casi cárdenos dando paso á una respiración fatigosa.

— Luis, exclamó con una mirada estraviada, dime que me engañas, dime que todo esto no es sinó una pesadilla espantosa.

El jóven no contestó, y al llegar á la puerta puso su mano sobre el pestillo para abrirla.

Elisa dió entónces un salto de un extremo al otro de la pieza, y se colocó delante de él, pálida, desatinada, loca.

— ¡ Oh! Luis, Luis! exclamó febrilmente abrazándose al cuello de su marido é imprimiendo un beso delirante sobre sus lábios.

Luego cayó al suelo, como rendida bajo el peso de aquella sobreexcitacion nerviosa.

Luis llevó una mano á su frente, y salió.

Y solo se oyó entónces en la alcoba el medroso ruido de la lluvia y los sollozos de Elisa, que permanecia caida é inmóvil.

XXVI

Cinco dias despues, en la hermosa tarde de un domingo, dos hombres, ginetes en oscuros caballos de raza, marchaban pausadamente por la soberbia avenida que conduce al paseo de....

Ambos eran jóvenes y apuestos, y delataban en sus figuras y en sus trajes la clase aristocrática á que pertenecian.

Iban charlando de cosas indiferentes, en tanto que sus ojos se recreaban con el risueño espectáculo que se desarrollaba delante de ellos.

— Hemos llegado, dijo el que parecia mas jóven deteniendo su corcel.

El otro imitó la accion de su compañero, pero, en lugar de dirigir la vista hácia adelante y abrazar de una ojeada el pintoresco cuadro que ofrecia el concurrido paseo, la bajó, con un mohin de indiferencia y se puso á acariciar las negras crines de su caballo con su mano elegantemente enguantada.

El sitio en que ambos se habian detenido era una pequeña eminencia, desde donde se descubria el hermoso paseo con sus múltiples avenidas obstruidas por toda clase de equipages.

— ¿Bajamos? preguntó el que habia hablado primero.

— Bajemos, respondió indiferentemente el otro.

Ambos levantaron en alto sus látigos y castigaron á los caballos, que tomaron el galope.

— Alfredo, preguntó el primero ¿crees tú encontrar hoy á Elisa de Solbás?

— No, Raúl, no, contestó Moncalvo dando un suspiro, ¿acaso se muestra en parte alguna?

— He ahí una estraña reclusion que no comprendo.

— Ni yo tampoco.

— Y él huye del mundo tanto como ella.

— ¡Rara conducta! y mas que rara injustificable. ¿Qué es lo que pasa allí? ¿qué drama oculto es ese que ignoran hasta los amigos cuotidianos, á quienes se les ha recibido siempre con la sonrisa en los lábios? Ahora, Raúl, hasta á esos amigos se les cierra la puerta.

— ¿Qué dices?

— Escúchame. Ayer entré, con la confianza de siempre, y golpée con el puño de mi baston en los cristales del gabinete de Luis ; hacia cinco dias que no le veia. Al ruido de mi llamamiento oi la voz de Luis que decia : “Mariano ¿quién está ahí?” El criado levantó una punta de la cortina y me miró de piés á cabeza, “El señor Moncalvo”, contestó despues de su impertinente inspeccion. Entónces volví á oir la voz de Luis, pero esta vez hiriente y áspera : “No estoy en casa.” Como tú comprendes, no esperé á que el criado me trajera tan amable mensaje.

Raúl de Armida bajó la cabeza y no dijo palabra.

— ¿Te asombra esto, verdad? repuso Alfredo, no estraño que á tí te asombre cuando yo he quedado perplejo.

— Me asombra, sí, y busco la causa que la motiva.

— Su humor atrabiliario...

— No, Luis posée un carácter dulce y atrayente. Es otra la causa, Alfredo.

— ¿La has hallado tú?

— Sí.

— Habla.

— ¿Me vás á perdonar mi ruda franqueza?

— Si, repitió el jóven poniéndose sério.

— Pues bien, la causa de todo esto... es tu fatal amor por Elisa, amigo mio.

Moncalvo palideció.

A decir verdad esta idea habia ya pasado por su imaginacion, máxime cuando aquello sucedia despues del envío de su indiscreto billete, pero rechazóla al punto como absurda, porque ni era fácil que

la carta cayera en manos del marido, ni este podia tener noticias de una pasion que no comprendia la misma que la inspiraba.

— ¡Cómo! exclamó sin embargo con fingido asombro, ¿tú crées...?

— No disimules conmigo, querido Alfredo, ~~hace~~ ya mucho tiempo que eso ha dejado de ser un secreto para mí.

Moncalvo depuso la careta con que habia pretendido cubrirse.

— Y bien, sí, respondió, la amo, no lo niego, pero este fatal amor, como tú lo llamas, ni lo sabe él ni lo comprende ella misma; no hace daño á otro que á mí, puedes estar seguro de ello.

— Ese es un sofisma, y nada mas, Alfredo; mira, voy á darte un consejo que puedes ó no seguirlo, pero que me has de agradecer un dia. Noto la atmósfera muy cargada y presiento una tempestad... huye del pais, busca distracciones en el extranjero, pón entre ella y tú la distancia que olvida y que borra á veces todo recuerdo. Elisa es un imposible... es la mujer de un amigo y sobre todo... ama á su marido. Tú eres ligero, presuntuoso, enamoras por costumbre, ¿por qué no has de volver con una vaporosa *miss* de cabellos de oro y ojos de cielo ó con una amable *demoiselle*, encantadora bajo la doble coraza de su corset y de sus francos?

Alfredo rió estrepitosamente, pero con aquella alegre manifestacion no logró disimular el mal efecto producido.

Raúl, que lo notó, se encogió de hombros y no dijo mas palabra.

Habian llegado entretanto; ambos se detuvieron

en la principal avenida; delante de ellos desfilaba la concurrencia animada y compacta.

Carruajes de toda forma, mujeres de toda edad, ginetes de toda estampa, trajes de todo color, lujo, vanidad, soberbia... todo pasaba en atropellado movimiento, cruzándose las risas, las palabras y los saludos.

A Raúl y á Alfredo habíanse reunido un vejete de peluca, que asestaba sus lentes en todas partes, y todo lo veía, y todo lo husmeaba, criticándolo todo, y un jovencito imberbe, de levita estrecha, pantalon á cuadros y sombrero alto, como cañon de chimenea ó fuelle de órgano, que arrancaba sendas bocanadas de humo al soberbio habano, que sostenía con estudiada negligencia en su mano derecha, cubierta por un guante color de lila.

Nadie pasaba sin tener que soportar los lentes y la crítica del viejo, y el humo y aún los *humos* del jóven.

— Hé aquí la señora de R..., decia el viejo flechando una hermosa dama, acertada ha andado hoy en la eleccion de su *toilette*: seda negra y blondas blancas ¡ *très chic!* Figuraos, amigos mios, que la otra tarde la ví con un traje del violeta mas subido, mas irritante y mas imposible... *oh! c'est trop fort!*

Y el jovencito imberbe reía á cada crítica del viejo, chupando con delicia su cigarro.

— Uf! prosiguió el de la peluca ¡ la señora de Almada! he ahí una mujer que colocaba yo en un trono, ¡qué aire! ¡qué arrogancia! paréceme, sin embargo, que vá hoy muy desmejorada y con un par de ojeras... uf! qué ojeras! pero... callemos, que en

el bolsillo tengo la invitacion para su baile de mañana, y no quisiera... ¿qué pensais, amigos míos, de esa buena señora Rolimán que aparece dormida siempre? ¿la habeis visto jamas el color de sus ojos? es una persona que se aburre de todo y de todos.

Pasaba en este momento una bellísima mujer, reclinada con negligencia sobre los cogines de su carruaje.

— Camelia! exclamó el jovencito mirando de soslayo á Moncalvo.

— Hé ahí una mujer, dijo el viejo mirándola trás el lente, que vale lo que pide; qué gracia! qué *sprit!* es una bailarina única, que tiene su talento en la punta de los piés; otros lo tienen, en cambio...

— En la punta de la lengua, concluyó con sorna Raúl, á quien ya cargaba la charla enfadosa del viejo.

Volvióse este con ojos furibundos, pero quedó desconcertado con el coro de carcajadas, que saludó esta salida.

Enrique Flostana se desprendió de una turba de ginetes y se aproximó al grupo, que reía aún.

— Apuesto una cosa, amigos míos, dijo.

— ¿Qué? preguntaron todos.

— ¿A qué ignorais la noticia que traigo?

— Quizá...

— ¿Cuál es?

— No acierto...

— ¡Hablad!

— Mañana es el baile de la señora de Almada, en su quinta de P...!

— ¡Vaya una nueva! exclamó el jovencito, echan-

do una carcajada y una bocanada de humo á la cara de Enrique.

— ¿Quereis esperar? si no me dejais concluir... Luis y Elisa de Solbás ván á asistir ¿qué decis á esto?

El corazon de Alfredo palpitó con violencia.

Acababa de presentarse á sus ojos todo un mundo.

XXVII

Pocos minutos despues, un ginete salía del paseo y tomaba rápidamente el camino de la ciudad.

Era Alfredo, Alfredo que huía de todo aquel bullicio insoportable, que no lograba distraer su pensamiento.

El jóven castigaba con ardor su caballo, haciéndolo correr como una flecha por la ancha avenida, bañada yá en toda su estension por la luz de la luna.

Lo poético del sitio, la claridad tibia del nocturno astro, la fresca brisa que, gracias á la fogosa carrera del bruto, acariciaba á ráfagas su rostro, y á ráfagas le traía los ecos agitados del paseo, todo, todo invitaba al jóven á engolfarse en dulces meditaciones.

¡Ella iría al baile!

¡El podría verla y hablarla!

¿Qué le importaba el marido con su mirada llena de recelo?

Habia llegado la hora de atacar de frente aquella fortaleza.

Y el corazón, ese pilluelo embaucador, decíale que la fortaleza caería y que él entraría en ella como dueño y señor.

Siguiendo este risueño curso de ideas, veíase á los piés de Elisa, sentía aquel talle gentil prisionero entre sus brazos, y oía, con la caricia de un roce de alas, esta frase deliciosa: ¡te amo!

Y todo era luz, y todo era panoramas alegres y horizontes sin fin, en la imaginación enardecida del jóven.

¡Ah! sueños de enamorado! Vosotros sois como todos los sueños: cuando se os mira sois mucho, cuando se os toca sois nada!!

Esta reflexión amarga no se le ocurrió seguramente á Alfredo, porque se hubiera borrado la sonrisa que entreabría sus labios, y fué con esta sonrisa que desmontó del caballo y entró en su casa.

Cuando el jóven traspuso el umbral, encontró en el vestíbulo á Ramon, su fiel criado, con la gorra en la mano y en la actitud de un hombre á quien algo grave le sucede.

— ¿Qué haces ahí, Ramon?

— ¡Oh! señor!

— ¿Qué pasa?

— ¡Ah! señor!

— Habla ¿qué hay?

— Señor... hay... una mujer en el cuarto de Vd.

— ¡Una mujer! repitió Alfredo con asombro.

Y subió rápidamente, con mil ideas desatinadas en la cabeza, sin escuchar á Ramon que refunfuñaba:

— Yo la quise impedir la entrada, como me lo ha ordenado el señor, pero ella, quieras que no

quieras, hizo una pirueta y trepó como un gato por esas escaleras. ¡Vaya con la bailarina!

Entretanto Alfredo, en alas de la ansiedad y del deseo, llegó con ligero paso á su gabinete, cuya puerta abrió incontinenti.

Allí quedó mudo de sorpresa y de despecho, al encontrarse con la mujer que aquella tarde en el paseo deslumbraba por su lujo y su belleza, con Camelia, en fin.

La traviesa sílfide estaba de espaldas á la puerta, y arreglaba con impaciencia los lazos de su sombrero, delante de la brillante luna de un armario de espejo.

— ¿Eres tú? dijo la bailarina volviendo á medias su bella cabeza, ¡cómo te tardas y cómo te haces esperar!

— ¿Qué quieres? preguntó con disgusto Alfredo.

— ¿Lo que yo quiero? me gusta la pregunta... pero, entra ¿qué haces ahí en la puerta, mirándome con ese aire tan raro?

El jóven se decidió á entrar y á dejarse estrechar ambas manos.

— Sabes que tu criado es un imbécil, repuso Camelia sentándose en el sofá, no queria dejarme entrar, como tantas otras veces, pero yo me enfadé y subí, riéndome en sus narices ¿le has dado tú la consigna, como él dice?

— Sí, articuló apenas Alfredo.

— ¿Es posible? ¡muchas gracias! ¿Luego me has cerrado la puerta de tu casa? Y todo por celos rabiosos de mi viejo inglés... já, já, já..., ya vés el caso que hago de tus celos y de tu resolución.

Y Camelia soltó una alegre risa, mostrando los

dientes mas pequeños y mas adorables del mundo.

Moncalvo permaneció con una seriedad tan fria que contrastaba notablemente con la hilaridad de la jóven.

Cesó esta de reir, acarició con sin par coquetería sus magníficos brazaletes, y repuso:

— Pero no tienes razon; tú, al fin y al cabo me plantaste á lo mejor, así como suena, para poner en práctica tu nuevo método de vida, que no te sienta, querido, entre paréntesis. Ya vés que no te guardo rencor, cuando he venido tantas veces, porque tengo que hablarte de un asunto que te interesa... ¡oh! si te interesa! añadió abriendo sus ojos azules y haciendo con sus lábios una muequita picarezca.

— Habla, dijo Alfredo sentándose á su lado y clavando en ella una mirada interrogativa.

— Tú estás enamorado; una persona perspicaz lo conoce á la legua, y tú sabes bien si yo lo soy; la verdad es que ella se merece algo... un tanto remilgada y empapada en romanticismo... pero, es bella esa Elisa de Solbás!

— ¡Camelia! exclamó Moncalvo palideciendo al escuchar este nombre.

— ¿Qué hay? ¿acaso yo no lo sé? ¿á qué viene ese misterio?

La bailarina se acercó al oido del jóven, y envolviéndole en la onda de perfumes que emanaba de todo su sér, le deslizó estas palabras:

— ¡Desconfía del marido!

— ¿De Luis? exclamó Alfredo mas pálido todavia.

— Si, él es celoso, él sospecha ¡oh! no lo habré visto yo en su palco desafiando con la mirada á

todo el que se atrevía á asestarla el anteojo? sus sospechas se han robustecido ahora, ni sale ni la deja salir, sus celos han recaído sobre tí ¿sabes por qué me lo figuro?

— ¿Por qué?

— Porque te ha cerrado las puertas de su casa... gracias á alguna imprudencia tuya, sin duda.

— ¿Cómo sabes? preguntó Alfredo con el rubor en la frente.

— ¡Oh! nosotros la gente de teatro todo lo sabemos. Con que... ya estás avisado, prepara ahora tus baterías... y abur!

Camelia se levantó, haciendo crugir su vestido de seda, hizo varias piruetas tarareando entre dientes, y al cabo de un instante exclamó con todo el aire de una niña mimada:

— Me voy, me voy, porque mi viejo inglés debe estarme esperando ya; me parece verle plantárseme en jarras, y preguntarme, con su cara roja como un tomate maduro: “De dónde tan tarde venir Vd.?” já, já, já, y si él supiese que la cola del vestido que me regaló ayer, para lucirlo esta tarde en el paseo, ha barrido las alfombras de tu casa... ¿Sabes una cosa? pasado mañana parto para San Petersburgo con mi inglés, y no estaré de vuelta hasta la próxima estacion... adios, querido, agrádeceme el aviso.

La hermosa sacerdotisa de Vénus apretó las manos de Alfredo, que apenas pronunció un “adios” indiferente, y salió del gabinete con paso alegre y vivaracho.

El jóven quedó en el sofá, mirando pensativo la luz sonrosada de la lámpara.

No estuvo mucho tiempo solo.

Rámon entró, presentó una carta y salió en silencio.

Aquella carta estaba escrita con una letra diminuta, letra femenina á no dudarlo, olía á jazmines y decia asi :

“Mañana, en el baile de Almada, en el salon azul. Prudencia y discrecion”.

Alfredo no quiso por el momento dar crédito á lo que veia, y leyó y releyó mil veces.

— ¡Es de ella! exclamó fuera de sí ¿puedo yo creer en tanta dicha? ¡Oh! Elisa, Elisa!

Y quedó como sin sentido, con los lábios apretados contra aquel gentil mensajero de su felicidad.

XXVIII

Era aquella misma tarde.

El astro del dia, templando el fuego de su disco, se ocultaba ya trás un rosado cortinaje de nubes.

El cielo estaba sereno; la brisa batia sus alas temblorosas, perfumadas con jazmines y azahares; las fuentes del jardin dejaban oir su eterno ¡murmurio.

De pié, echada con indolencia sobre la balaustrada del salon, hallábase Julia de Almada, con los distraidos ojos vagando del jardin, esmaltado de flores, á la carretera, llena de campesinos que regresaban de su trábajo ó iban á la ciudad, con sus asnos delante, cargados de sazonados frutos.

Julia todo lo miraba, pero nada veía; estaba demasiado preocupada.

¿Cuál era esta preocupación que así plegaba su frente?

Ella, sin saber por qué, sentía un cierto malestar allá en su pecho; acercábase el solemne momento de dar el golpe decisivo.

¿Por qué dudaba de su éxito?

Todo marchaba bien hasta entonces; las malas semillas que arrojara habían fructificado, y ella sabía bien cuán óptimos eran estos frutos!

Su imaginación infernal había arreglado todo con una severa escrupulosidad; comprendiendo que las sospechas de Luis, recaídas sobre un desconocido, eran bien vagas, y que el escándalo previsto no estallaría sino cuando estas sospechas se fundasen en algo real, desvió aquel brazo que ella armara y lo dirigió sobre la cabeza del verdadero culpable.

Este era su golpe.

Pero la duda, esa nube negra que todo lo empaña, oscurecía siempre sus más risueños cuadros.

Y á la duda del éxito seguía la intranquilidad y la zozobra del crimen.

Julia pasó su mano por la frente y lanzó un suspiro, que pareció llevar en sus alas la mortal congoja que la oprimía el pecho; luego se apartó de la balastrada, bajó la escalinata de mármol y se internó en el jardín.

Caía ya la tarde, y comenzaban á extinguirse esos ecos ignorados, que parecen ser un himno de despedida al día que se vá y una dulce salutación á la noche que entra.

La jóven paseó un largo rato, perdida en un laberinto de callecillas; luego guió indiferente sus pasos hácia el pabellon.

En la puerta, sentada en un banco rústico, estaba la señora Rolimán, mirando el camino por donde adelantaba su hermosa sobrina.

A la aproximacion de esta, una sonrisa particular apareció en los secos lábios de la vieja señora.

— ¿Paseas, Julia? dijo ella, señalándola un asiento á su lado.

— Si, tia, paseo, contestó la jóven distraida sentándose en el banco.

La señora Rolimán volvió á dejar ver aquella sonrisa particular.

— Julia, dijo dándole un golpecito en el hombro, se acerca el dia de mañana!

Julia palideció y la miró con sobresalto.

— ¿Por qué lo decis, tia?

— ¡Ah! es mi secreto.

— No os comprendo.

La anciana afectó distraccion y se puso á mirar al camino, que ya invadian las sombras.

— Teneis un aire bien extraño, tia ¿qué significa ese secreto que me está vedado conocer? ¿qué quereis decir con el anuncio de la aproximacion del dia de mañana?

— ¡Hola! ¿no es verdad que si yo nada te dijese, pagada en la misma moneda quedarias?

— ¿Y por qué, tia? yo no tengo secretos para vos.

— ¡Paso á tamaña superchería! ¿quiere Vd. mi linda sobrina, que la pruebe que es Vd. una embaucadora?

— Veamos.

— Pues bien, hoy estuve en la quinta de nuestra vecina, la señora de R....

— Y qué....

— ¿Quieres callar? me recibió muy amable, charlamos de esto y de lo de mas allá, y por último, me preguntó: “¿Es siempre mañana el baile?” “¿De qué hablais?” dije yo en el colmo de la estupefaccion. La señora se echó á reir: “No estraño, dijo, que no lo sepais, Julia ha debido tratar de ocultaros en lo posible la sorpresa que desea daros en vuestro dia.” Con que, señora mia, ¿es cierto ó no que se tienen secretos conmigo?

La jóven respiró.

— Secretos como este, tia, contestó con una sonrisa llena de gracia, son bien perdonables.

— Y yo lo perdono, dijo la vieja señora hinchada de satisfaccion, y te agradezco el recuerdo; dime, entretanto ¿quiénes honrarán mañana nuestros salones?

— ¡Por Dios, tia! los de siempre, nuestros intimos.

— ¿Vendrá acaso Elisa de Solbás?

— Si, si, vendrá, respondió apenas la jóven.

— ¡Oh! exclamó la tia con disgusto, ya sabes cuánto detesto á esa romántica, que padece la enfermedad á la moda, los ataques de nervios.

— Es bella, sin embargo, tia, es espiritual....

— Si, asi dicen.... naturalmente que vendrá tambien esa buena señora Inés, que hace unas trampas al dominó...

— Comprendo, tia, que detesteis esas perso-

nas, pero ¿qué quereis? era preciso invitarlas... en cambio, habrán tambien mañana otras que creo no os merecen tal antipatía...

— Como, por ejemplo...

— El señor Vallespina.

— ¡ El ministro ! exclamó con alborozo la señora Rolimán.

— El mismo, tia.

— ¡ Veo, Julia, que te haces razonable !

La jóven suspiró con amargura.

— ¿ Quereis que nos vamos ? dijo, es ya de noche y el aire fresco puede sentaros mal.

— Vamos, hija mia, vamos, contestó docilmente la vieja señora.

Ambas se levantaron y tomaron pausadamente el camino de la casa.

— La verdad es que ha refrescado un tanto, dijo la tia una vez en el salon, voy á tomar un abrigo.

Y abrió la puerta del fondo y desapareció por ella.

Julia se recostó de nuevo en la balaustrada.

Allí la asaltó esa misma inquietud, ese mismo temor, esa misma duda que la robaba toda tranquilidad; allí volvió á sentir ese malestar moral y fisico que no tiene esplicacion.

La eterna imágen de Elisa y de Alfredo, tal como los habia visto ella la noche fatal en la puerta del pabellon, de pié, con el ramillete de jazmines en la mano, se presentaba siempre delante de sus ojos.

— Si, murmuró, esperemos, tiene razon mi tia: *se acerca el dia de mañana!* si, si, esperemos!

Su rúbia cabeza se dobló sobre sus manos, como una flor sobre su tallo.

El aire cuchicheaba en el jardín; oíase el ruido del agua de las fuentes al caer, en una llúvia cristalina, dentro de sus enormes tazas de mármol.

Julia levantó, al cabo de un instante, su pensativa cabeza, y mirando con insistencia en la oscuridad, repitió como un éco:

— ¡Esperemos!

Luego desapareció también por la puerta del fondo.

XXIX

En la noche siguiente, siendo las diez, poco más ó menos, un hombre avanzaba, con paso rápido y seguro, por la larga carretera de P...

Hacia luna.

Estaba el camino desierto, pero, de vez en cuando, interrumpía el silencio el violento rodar de algún carruaje, que pasaba como una exhalación por el lado de nuestro nocturno caminante, y se alejaba y se perdía bien pronto en un recodo.

El desconocido parecía redoblar cada vez más la rapidez de su marcha.

Andando así, llegó al sitio en que la carretera se abre en dos brazos, uno de los cuales conduce directamente al pueblo de Z...; el caminante se detuvo y fijó una larga mirada en el lado opuesto del sendero.

Allá, no muy lejos, brillaba, como un alcázar de

hadas, la quinta de Almada, arrojando por sus ventanas abiertas torrentes de luz.

El desconocido soltó un doloroso suspiro y dobló á su izquierda, tardando muy poco en llegar á una casita solitaria, cuyo tétrico exterior le daba todo el aire de una tumba, á la cabaña de la tia Joaquina.

Atravesó él el jardin, donde crecía una maleza tupida, abrió la puerta, haciendo rechinar la llave en la cerradura, entró y se perdió en las tinieblas; un minuto despues una vela brillaba sobre la mesa, único mueble que, en union de dos bancos, ocupaba la reducida habitacion.

Gracias á la luz escasa de la vela, cuyo pavilo chisporroteaba alegremente, podíase observar el interior de la abandonada cabaña.

Estaba dividida por un tabique, cuyo lienzo caíase á pedazos, en dos cuartos; el de la derecha tenia una ventana que daba al campo y la puerta que ha dado paso á nuestro hombre; el de la izquierda se comunicaba con aquel por medio de una puertecilla, abierta en el tabique, y decorada, como no lo hubiera hecho el mas hábil tapicero, con cenefas y cortinajes de telaraña; en este estaba un catre, en aquel la mesa y los dos bancos.

No podia, pues, ser mas triste ni mas pobre aquello, y bastaba echar una simple ojeada para convenverse de lo absurdo de los diceres del pueblo ¿quién podia tener el mal gusto de escoger tal sitio para construir el nido de sus amores?

Alejandro, pues ya lo habrá conocido el lector, había colocado su ancho sombrero sobre la mesa y sentádose delante de ella: no se oía sinó su respi-

ración fatigosa, el alegre chisporrotear de la vela, y el ruido lejano de algun carruaje.

Un golpecito discreto sonó en la puerta, por el lado de afuera.

— ¡Soy yo! dijo al mismo tiempo una vocesita aflautada pasando al través de las rendijas.

Alejandro abrió.

Una airosa muchacha, vestida casi con elegancia, entró en el cuarto, volteando el fino chal de vivos colores, con que traía cubierta la cabeza.

— Buenas noches, señor, dijo ella mirando con ojos tamaños á todos lados, ¿está Vd. solo? ¿cómo tiene Vd. valor de permanecer en esta casa siniestra? ¡ah! Dios mio, le aseguro que no sé cómo me he atrevido á llegar hasta aquí ¡si alguno me hubiera visto! al cruzar el jardín sentí que me tiraban por detrás, casi doy un grito! eran mis ropas que se habian enredado en la maleza! y yo creí que era el alma de esa pobre tia Joaquina que se prendia de la punta de mi chal!

— Tranquilízate, Luisa, contestó Alejandro sentándose de nuevo, esas son preocupaciones de la gente del pueblo; vamos á lo que me interesa ¿han llegado ya?

— Si, señor ¡pues no me ha costado poco descubrirles, entre toda aquella turba de gente! porque hay una concurrencia... y eso que yo me hallaba ocupada en el tocador de la señora, y gracias que he podido escapar á anunciar á Vd. lo que me ordenó.

— Está bien, Luisa, te has conducido bien y quiero recompensar largamente tus servicios: toma.

— ¡Oh! señor, murmuró la doncella tendiendo al

mismo tiempo su mano para recibir algunas monedas.

— Puedes irte, ahora; temo que se note tu ausencia.

La muchacha saludó con una graciosa reverencia, y ya llegaba á la puerta cuando la detuvo Alejandro con un ademán.

— Decia Vd... dijo Luisa volviendo la cabeza.

— ¿Te ha entregado la señora algun nuevo billete?

— No, señor; desde el último que le mostré ayer, no me ha dado ninguno mas.

— Está bien.

Luisa abrió la puerta, pero no tuvo valor de salir, al punto, á la pavorosa oscuridad del jardin.

— Me asegura Vd., dijo con una voz que el miedo hacia temblar, que los espíritus de la tia Joaquina y de esa pobre gente, asesinada aquí, no me harán daño?

— Si, te lo aseguro ¿qué daño pueden hacerte unos pobres espíritus?

La muchacha se dió por satisfecha, y se decidió á salir, cerrando la puerta.

Alejandro quedó, por un rato, con los ojos clavados en la trémula llama de la vela, con esa expresion singular, que les dá la contemplacion de un horizonte, que no es ciertamente el que nos circunda.

El no veia, no, aquella llama, cuya lengua de fuego se enroscaba y se retorcia sobre sí misma, coronada de un caprichoso penacho de humo.

Su imaginación estaba muy lejos de aquella triste vivienda; veia otros mundos y otras cosas; asistia á escenas quizá lejanas todavia.

Alejandro, despues de esta corta abstraccion, abrió la ventana y miró hácia la carretera.

Los coches seguian pasando; desaparecian en un recodo y volvian á aparecer mas lejos; no se oía entónces el ruido de su rápida marcha, pero se veian titilar las luces amarillas de sus faroles.

Allá, en el fondo del cuadro, resplandecia siempre la quinta de Almada.

El jóven, apoyado contra el marco de la ventana, veia distintamente pasar y repasar las sombras de los convidados, por los huecos de las ventanas iluminadas.

Traíale la brisa, en débiles ondas, los dulces acordes de la música.

Una lejana campana, la de la iglesia de P..., sin duda, avisó con su voz sonora, que eran las once de la noche.

Alejandro se enderezó con violencia, en tanto que aparecia en sus ojos un relámpago de sombría amenaza.

— ¡La hora de la venganza ha sonado! murmuró sordamente, señora de Almada, yo secundaré vuestros planes, confiad en mí!

Tomó su sombrero, apagó la vela y salió resueltamente de la cabaña.

Poco despues, un hombre saltaba las tapias de la quinta, y se deslizaba cautelosamente por la larga avenida, que se estèndia hasta el pié de la escalinata de mármol.

XXX

Entremos en el salon de baile.

El rio de luces que se derrama chispeante de las mil bugías, sostenidas en airosos candelabros de bronce; el alegre vocear de los instrumentos, que preludian un wals; el ir y venir de las innumerables parejas, que hablan bajo y rien ruidosamente; el abrir y cerrar de los abanicos, manejados por manos aristocráticas, todo forma un conjunto animado y encantador.

La atmósfera es sofocante; óyese un clamor, que nace en el sitio donde los músicos enjagan sus frentes sudorosas, inclinados sobre los atriles, y vá á parar hasta la puerta de entrada, donde se aglomera una multitud de jóvenes caballeros:

— ¡Uf! qué calor!

Y esta frase rueda por todos los lábios, entre el rumor siempre creciente de las conversaciones.

Hay á uno y otro lado un doble círculo de vistosos tocados y de cabezas artísticas, que han estado indudablemente en manos del peluquero, de bocas de granate que sonrien, y de ojos azules ó negros que miran al soslayo, ya en busca de pasto para la crítica, ya para pagar una mirada apasionada.

De vez en cuando atraviesa el salon, repartiendo saludos y sonrisas, una mujer, deslumbrante de lujo y de hermosura, el cuello, el pecho y la cabeza resplandecientes de pedrería: es Julia de Almada, que oculta, bajo una máscara engañosa, la amarga pena que la devora.

Junto á aquella ventana, hállase sentada una jóven bellísima, que parece formar parte de un grupo que arma una impertinente algazara, pero que en realidad, está apartada de él por la distancia y por el pensamiento; sus magníficos ojos negros recorren el salon con negligente indiferencia; á veces su cabeza se inclina y sus lábios sonrien, saludando el paso de alguna persona amiga. Luego suspira y esconde su fastidio trás las doradas varillas de su abanico.

Acercóse un jóven al sillón que ella ocupaba.

— ¡Siempre solitaria! ¡siempre con ese aire de triste indiferencia que me mata!

Las pálidas mejillas de Estefania se tiñeron en un ligero rubor.

— ¿Sola decis, Enrique? ya me veis rodeada de un círculo escojido.

— Os chanceais, Estefania, dijo Enrique Flostana, apoyándose en el respaldo del sillón y bajando su cabeza hasta casi tocar la de ella, teneis á vuestra derecha á la viuda de S..., cuya conversacion es insoportable; luego á la señora Rolimán, que no habla nunca y que bosteza siempre; á vuestra izquierda á ese caballero de peluca, que en todas partes asesta su lente y su crítica, y á ese jovencito imberbe, que parece pesaroso de no poder ostentar en el salon el soberbio habano, que no cae jamás de sus manos; mas allá... pero ¿á qué fastidiaros con una enumeracion que conocis tanto como yo?

— Pero que no hago con tanta maldad, Enrique.

— ¡Ah! Estefania, dejad que mi genio festivo

se desborde, cuando halla ocasion para ello, y... mas, no quiero hablaros de mí, porque al punto me entristeceria y todo este alegre espectáculo me haria daño; decidme ¿os empeñais en asegurar que es un círculo escojido el que os rodea?

— No, ¿para qué mentiros? esta algazara y este ruido no cuadran, en verdad, á mi carácter.

— Pues bien, hablemos los dos ; tengo tantas cosas interesantes que contaros !

Estefania alzó sus ojos hasta el jóven, y pareció imponerle silencio con su fria mirada.

— ¡ Os comprendo, cruel ! dijo Enrique.

— He aqui á Moncalvo, exclamó Estefania mirando hácia la entrada.

— En efecto, viene acicalado como un novio, y en su semblante se pinta la mas viva satisfaccion ; trae todo el aire de un conquistador afortunado.

— Estais terrible, Enrique... parece que se halla indeciso ¿ le veis, en medio del salon, mirando á uno y otro lado ?

— Si, buscará á alguien.

— Ahora viene hácia nosotros.

— ¡ Habráse visto importuno !

Alfredo pasó por delante, de ambos, saludólos con una sonrisa y se dirigió hácia el lado de la orquesta.

— ¡ Ah ! hizo Enrique con intencion.

— Sois bien cruel, dijo Estefania en tono sério ¿ qué hay de estraño en que vaya á cumplimentar á Elisa de Solbás, cuyo bellissimo rostro parece llevar el sello de una larga enfermedad ?

— ¿ Os he dicho yo algo ? ¡ Ah ! Estefania, teneis compasion para todos, menos para mí !

— ¿Qué decis?

— Digo que todo os llama la atención, que de todo habláis, y cuando yo quiero espresaros lo que nunca he tenido el derecho de espresar, me imponeis silencio con vuestra mirada glacial.

— Enrique, os ruego que os calleis; ahora poco os burlabais de la conversacion de la viuda de S... y la tachabais de insoportable; no me hagais formar idéntica opinion de la vuestra.

El jóven se mordió los labios y guardó silencio.

Estefania abria y cerraba su abanico, de una manera nerviosa; Enrique se atusaba las patillas y la miraba al soslayo.

Dejóse oír de pronto la brillante introduccion de un wals de Strauss; se alzó un ruido confuso de vestidos que crugian, y de sillas que chillaban; cesó toda conversacion.

El wals cubrialo todo con sus ondas vertiginosas, meciéndose las parejas á su vivo compás.

— ¿Quereis bailar, Estefania? preguntó Enrique.

— No, no bailo nunca.

— ¡Siempre os negais! ¿no veis vuestro hermano cómo baila y cómo rie con Celina de Solbás? ¡Ved cómo hablan, en tanto que el torbellino del baile los arrastra! ¿Por qué no hemos de gozar nosotros dicha semejante?

— Os lo repito, Enrique; estais terrible, esta noche!

— Y vos pareceis haber redoblado vuestra crueldad, contestó el jóven con un suspiro.

— Y bien, sea, dijo ella levantándose y tendiéndole su pequeña mano enguantada.

— ¡Ah! cuán buena sois!

Estefania se apoyó con indolencia en el brazo de Enrique Flostana.

— Demos una vuelta antes por el salon.

— Como querais.

Ambos saludaron amablemente á sus vecinos y echaron á andar, evitando tropezar con las parejas en movimiento.

— ¿Habeis visto á Luis? preguntó la jóven.

— No, no le he visto.

— Me estraña mucho su ausencia, máxime cuando se hallan aquí Elisa, D^a Inés y Celina.

— Además, él mismo me dijo ayer que vendría.

En este momento ambos pasaban **por** delante de la balaustrada.

— ¡Ah! hélo aquí, dijo en voz baja Estefania.

Enrique miró, y vió en efecto á Luis, conversando con el general Mantera.

— Parece que Luis no está á su gusto, en el sitio que ha escogido, dijo el jóven secretario casi al oido de su compañera.

— ¿Por qué? apuesto á que ya habeis inventado alguna causa.

— No, solo pienso que el wals está por terminar y...

— Teneis razon.

Enrique pasó delicadamente su brazo por la cintura delgada de Estefania, inclinó esta su encantadora cabeza sobre el hombro de su caballero, y entrelazadas las manos, lanzáronse ambos en medio de la voráGINE de esa danza confusa, que trastorna la cabeza y excita los nervios.

XXXI

Luis y D. Miguel hablaban en voz baja.

El jóven estaba pálido y no lo estaba menos el general, formando su aire grave un singular contraste con la algazara que les rodeaba.

Estaba el uno inclinado sobre el otro, y era casi imposible oír sus palabras.

— No quereis creerlo ¿verdad? decia el jóven, yo tampoco quería creerlo, pero lo creí, sí, despues de haber visto todo.

— ¡Todo! ¿á qué llamas tú todo? á visiones y á fantasmas. Es preciso que me comprendas, Luis; yo sé que todo la acusa, que todo la condena, pero yo ni la acuso ni la condeno todavía. Lo que sí condeno es tu proceder; te bastó que algo vieras, para convertirlo en un mundo y perder la cabeza.

— ¡Oh! exclamó Luis con un relámpago en sus ojos, no la he perdido todavía, cuando no he estrangulado á ambos en mis manos.

El anciano echó sobre él una mirada severa.

— Luis ¿qué intentas hacer? estás seguro si ese hombre...

— No me habéis de ese hombre, padre mio, porque una nube de sangre pasa por mis ojos. El nombre de un traidor y de un ingrato se oye siempre con disgusto!

D. Miguel calló, porque el estado del jóven comenzaba á asustarle; sus saludables consejos se estrellaban contra la excitacion de que se hallaba poseído.

Él también empezaba á dudar, porque, la verdad sea dicha, las pruebas eran tremendas.

Y luego, bastaba arrojar una ojeada del lado de la orquesta, para que esta duda se robusteciera.

Allí, tocándose casi sus cabezas, hablaban también en voz baja Elisa de Solbás y Alfredo de Moncalvo.

— Os juro, repuso Luis después de un silencio, que esta noche os convencereis de lo que yo, desgraciadamente, estoy convencido ya. Siguiendo el aviso del anónimo, he venido al baile, y la he obligado á venir también: esperad como yo espero.

El anciano siguió guardando su sombrío silencio.

Cesó en esto el baile.

Escuchóse de nuevo el rumor de los trajes y de las sillas; renacieron las conversaciones y el ir y venir de las parejas tomó su curso acostumbrado.

Julia se acercó á la balaustrada, arrastrando la cola de su magnífico vestido blanco, salpicado de flores.

— ¿Qué haceis aquí? dijo Julia, os he buscado por todas partes y os vengo á encontrar en este sitio apartado! ¿habeis olvidado que me prometisteis ser mi compañero en el primer wals?

— Lo confieso, señora, contestó inclinándose Luis.

— ¡Oh! exclamó la jóven haciendo un delicioso mohín con los hombros, es preciso que me pagueis vuestra deuda; ya que no á bailar, acompañadme, por lo menos, á dar un paseo.

Luis, por toda respuesta, presentó su brazo, en el que ella se apoyó con coquetería.

— El general Mantera nos dispensará que le de-

jemos solo, repuso la hermosa viuda, enviando al anciano una sonrisa encantadora.

D. Miguel se inclinó, sin decir palabra.

— ¿No es verdad que hace aquí una atmósfera sofocante? dijo Julia, salgamos á respirar un aire mas puro.

— Como gusteis, contestó el jóven con indiferencia.

Ambos se dirijieron al sitio que ocupaba la orquesta.

Julia miró á uno y otro lado, y uná chispa de gozo salvaje brilló en sus ojos azules.

— ¡Ah! hizo ella.

Luego volviéndose á su compañero, dijo con tono intencionado:

— No veo ni á Elisa ni á Moncalvo.

— Es verdad, contestó Luis palideciendo.

— Habrán ido á tomar el aire, repuso Julia, imitemos nosotros su ejemplo.

Pasaron ambos por delante de la orquesta, donde los músicos templaban sus instrumentos, salieron del salon de baile por una puerta á la izquierda, y entraron en un largo corredor, alfombrado lujosamente.

Respirábase allí un aire fresco y perfumado, como que uno de los costados daba al jardin.

— ¿No es cierto que aquí se está con agrado? dijo la jóven manejando con indolencia su abanico, permanecer en el salon es correr el riesgo de asfixiarse.

— Es verdad, contestó Luis por decir algo.

Y se mordió los lábios, porque comprendia el triste papel que estaba haciendo, al lado de aquella hermosa mujer, con sus respuestas lacónicas, sin

ofrecerla el menor asidero para ligar diálogo alguno; las emociones que sufría eran tan diversas, que se sentía ahogado.

— Creo que no os encontráis bien, volvió á decir Julia, me parecéis inquieto.

— Oh! no, no tengo nada.

Como no se habían detenido, llegaron al extremo del corredor, donde se veía una puerta de cristales, que cerraba la entrada de un pequeño gabinete, tendido de seda azul, y alumbrado apenas por la dormida luz de una lámpara de bronce.

Julia se acercó con simulada indiferencia á los cristales, y lanzó una ávida mirada.

El gabinete estaba desierto.

La joven tuvo un movimiento y un gesto de despecho.

— Volvamos, dijo con disgusto.

— Volvamos, respondió indiferentemente Luis.

Ambos cruzaron de nuevo el corredor y entraron en el salon.

— ¿Me permitis, señora, que os abandone? dijo el joven.

— Concedido.

Saludóla Luis, y atravesando el salon atestado de gente, se dirigió hácia la escalinata.

— ¡Ah! murmuró Julia viéndole alejarse, me ha salido fallida esta primera tentativa; juro que no sucederá así con la segunda!... pero... ¿habrá recibido Moncalvo mi billete?

Y como viera que se acercaban D^a Inés y la señora de R..., disimuló su preocupacion y su despecho, y adornó sus lábios con una sonrisa.

Luis, entretanto, había bajado la escalinata sin

mirar siquiera al sitio en que aún permanecía el general pensativo, y se internó en la sombría avenida.

El joven aspiró con avidez aquel aire fresco, y evitando encontrarse con las pocas parejas que paseaban en el jardín, torció á su derecha y se sentó en un banco apartado.

El ruido alegre del baile llegaba hasta él y le torturaba.

— ¡Ah! ¿por qué no se abre la tierra bajo mis piés? murmuró con desesperación.

Casí al mismo tiempo oyó unos pasos ligeros sobre la arena, y una voz extraña y desconocida á sus espaldas.

“ Si el señor de Solbás desea conocer al verdadero amante de su esposa, asista al baile que dá en su quinta la señora de Almada, el lunes próximo.”

Luis se volvió con un movimiento de espanto.

Encontróse con un hombre enlutado, que tenia clavados en él sus ojos brillantes é inmoviles.

— ¿Quién sois? exclamó poniéndose de pié.

— ¿Quereis seguirme? dijo aquel hombre.

Luis, trastornado por aquella aparicion misteriosa y por aquellas palabras, que eran las mismas del último anónimo, respondió con resolucion:

— ¡Si!

Y siguió al desconocido.

Y el uno y el otro se perdieron en un instante entre las sombras de la avenida.

XXXII

Vistiendo Elisa un lujoso traje negro y ceñida su cabeza por una espléndida diadema de brillantes, hallábase sentada, en un sofá de *péluche* carmesi, junto á la orquesta ; á su lado estaba Celina, encantadora siempre, mas no risueña ; un círculo de jóvenes caballeros las rodeaba.

El semblante de Elisa ostentaba esa palidéz marmórea, hija de las enfermedades del alma, los labios descoloridos y lánguidos los ojos ; ella sonreía á todo, pero apenas hablaba ; aquel círculo ruidoso no podía obtener de ella sinó monosílabos indiferentes.

Mas de una vez, Celina se habia inclinado sobre su oído y la habia dicho :

— Es preciso, hermana mia, que deseches ese aire.

Y ella trataba, en efecto, de desecharlo, pero le era imposible.

Abrióse el círculo en dos alas, y Raúl de Armida y Alfredo de Moncalvo se acercaron al sofá.

Esta aparición causó un efecto bien diferente en ambas jóvenes.

Púsose Celina encarnada como una amapola, en tanto que Elisa se tornaba mas pálida todavía ; atrevióse apenas ésta á mirar á Alfredo, y envolvió á Raúl aquella en una mirada apasionada.

— ¡ Señora ! dijo Moncalvo tocando la mano helada de Elisa

— ¡Celina! exclamó Raúl estrechando la de la joven.

Y con la llegada de ambos la conversacion pareció animarse; hablóse del calor y del tiempo; de la concurrencia del baile; del lujo del salon; del traje y de la hermosura de Julia; del de la señora de R..., al cual ni aún el viejo de los lentes habia hallado algo que tachar; del próximo *début* de los bufos; de la partida de Camelia, la célebre bailarina, que se iba á Petersburgo con su fama y con su inglés; de los nuevos amores de la señora A..., incitante jamona, que siempre daba que hablar, por no saber callar ella misma; del proyectado casamiento entre el hambre del señor F... y la fortuna de la señorita de U...; hablóse... de todo lo que se habla en un baile, en medio de luces, de música y de mujeres hermosas.

El alegre anuncio de la orquesta, que llamaba á la danza, desbandó pronto aquel círculo.

Celina y Raúl se levantaron para bailar, y despues de algunas instancias inútiles á Elisa, para que imitase su ejemplo, alejáronse y fueron á confundirse entre la turba de parejas.

Alfredo y Elisa quedaron solos, sentados en el sofá de *peluche* carmesí.

Al brazo de un viejo caballero, que llevaba el pecho constelado de condecoraciones, pasó Julia en este momento por delante de ellos, envolviéndoles en la singular mirada de sus ojos, que tenian el color del cielo y la espresion del infierno.

Luego se alejó sonriendo de una manera estraña, y afectando conversar distraidamente con su compañero.

Elisa habia bajado la vista al sentir el choque de aquella mirada.

— Moncalvo, dijo sin osar mirarle, voy á pedir un favor, y es que... os alejeis de mí; vuestra compañía me compromete, y si seguis, como hasta aquí, siendo imprudente, podeis perderos y perderme.

— ¡Alejarme de vos! ¿y por qué, señora? ¿no está saciada aún vuestra crueldad con haberme cerrado las puertas de vuestra casa?

— ¿Yo?

— Si, vos ó vuestro marido.

— ¡Él! ¡ah! si vos supierais...

Y las lágrimas se agolparon á sus ojos, teniendo que acercar disimuladamente el pañuelo para contenerlas.

— Me ocultais algo, señora, dijo Alfredo, decidmelo todo, bueno ó malo jamás olvidaré que es de vuestros lábios de donde ha salido, y esta circunstancia me hará parecer agradable el mas amargo acibar.

— ¿Qué quereis que os diga? respondió la jóven, siempre en voz baja, os he rogado y os ruego que os alejeis, porque hasta esta conversacion me compromete; vuestras bromas, porque solo como tales he tomado vuestras locas declaraciones, y ese billete impertinente que me habeis enviado, han tenido un resultado lamentable. Luis sospecha... si, sospecha de vos y de mí, y me ha condenado ya, sin querer escucharme.

El jóven se encogió de hombros.

— ¿Y qué puede importarme la sospecha de Luis? dijo inclinándose sobre ella.

— ¡ Oh ! ¡ vos **estais loco !** exclamó Elisa, que se figuraba tener clavada en la **frente** la mirada acusadora de su marido.

— Si, loco estoy, loco de amor, Elisa !

— ¡ **Moncalvo !**

— **Aquí os hallais mal**, señora, dijo Alfredo poniéndose de pié, ¿ **quereis darme el brazo ?**

Elisa, que deseaba escapar cuanto antes, á aquel sitio visible y á **aquel** hombre imprudente, se levantó y aceptó el apoyo que se la ofrecia.

Moncalvo se estremeció al contacto de aquel brazo voluptuoso, desnudo deliciosamente hasta el hombro y elegantemente enguantado hasta el codo.

— **Voy á acompañaros hasta el *salon azul***, la dijo al oído y en un tono de inteligencia.

Ella le miró como quien no comprende.

— ¡ **Sábe fingir tan bien como todas !** pensó el jóven, y repuso :

— ¡ **Ah, qué feliz soy ahora !** veros á mi lado, llevaros á mi brazo, gozar de vuestra conversacion ! ¡ **hace tanto tiempo que soñaba con este momento !** dejadme hablar, señora, dejad que todo lo que siente **mi corazon suba á mis lábios y baje hasta vuestro oído. ¿ Por qué imponerme silencio ?**

— **Porque no debo escucharos.**

— ¡ **Ah !** señora, ¿ **podreis amordazar mi corazon como pretendéis amordazar mi boca ?**

— **Me ahogo aqui**, dijo ella tratando de cortar este diálogo peligroso.

— **He aqui**, casualmente, una puerta que nos ofrece cómoda salida, contestó él alzando una elegante *portière*.

Elisa le siguió y ambos entraron en aquel ga-

binetito misterioso, en aquel salon azul, escasamente alumbrado y deliciosamente perfumado, cuya puerta de cristales daba á uno de los corredores de la quinta.

La jóven se dejó caer en un sillón, y entónces, con un movimiento apasionado, arrojóse Alfredo á sus piés y la tomó ambas manos.

— ¡Al fin! exclamó enajenado, al fin nos hallamos en este sitio que vos misma habeis escogido para nuestra cita! ¡Ah! es preciso que no finjais por mas tiempo, es preciso que me confeseis que me amais, como yo os amo!

Elisa le miró asustada.

— ¿Qué haceis? ¿Qué decis?

Y quiso retirar sus manos, pero casi al mismo tiempo, la puerta del corredor se abrió, con tal estrépito, que todos los cristales cayeron hechos trizas, y un hombre pálido, desencajado, los ojos fuera de las órbitas, los lábios trémulos, se precipitó en la estancia; detrás de él apareció Alejandro, que reía satánicamente, y del otro lado, en la puerta del salon, entre la ola de convidados, que habian acudido al ruido de los cristales rotos, vióse á Julia de Almada, con la mirada triunfante del ángel malo.

Elisa se levantó despavorida, y dando un grito cayó de nuevo en el sillón; Celina, Estefania y D^a Inés se lanzaron asustadas en su auxilio.

Luis quedó de pié, en medio de la pieza, con la respiracion jadeante del que ha dado una gran carrera y todo el aire de un demente.

Moncalvo estaba tambien de pié, enfrente de él, aturdido y sin comprender lo que pasaba.

— ¡Miserable! rujió aquel precipitándose sobre él y descargando su mano, con una fuerza inaudita, sobre su mejilla.

— ¡Ah! rujió Alfredo á su vez.

Y se lanzó sobre Luis, pero Enrique y Raúl se interpusieron entre ambos.

— Mañana, al rayar el alba, en el sitio que escogais, dijo con una furia reconcentrada Moncalvo, arrojando su guante blanco á la cara de Luis.

— ¡Si, mañana! contestó este recojiendo el guante y estrujándolo entre sus manos.

Alfredo se abrió paso por entre los convidados estupefactos, y salió con la frente erguida, como si no tuviera manchada la conciencia tanto como llevaba la mejilla.

XXXIII

Rayaba apenas el alba, y la luz temerosa del crepúsculo matinal hacía palidecer la llama amarilla de la lámpara, que alumbraba el gabinete de Luis.

Sentado éste delante del pupitre, la pluma entre los dedos, escribía, hacía dos horas, febrilmente, sin descanso.

De vez en cuando, sacudía la cabeza, dando un suspiro, como si las alas de una idea importuna hubieran rozado su frente, pero no abandonaba su tarea, y seguía escribiendo con mas ardor que antes.

La claridad rosada de la aurora le sorprendió

con la pluma en la mano, pero con su trabajo concluido.

Dobló cuidadosamente los pliegos escritos y los guardó en el cajón del pupitre, cuya llave colocó luego en un sitio visible.

En este momento entró D. Miguel Mantera, completamente vestido de negro, mas grave y mas serio que nunca.

Ambos se estrecharon silenciosamente la mano.

— ¿Está abajo el carruaje? preguntó Luis.

— Si, respondió apenas el general.

Luis se puso el sombrero, y tomando la caja de las pistolas, dijo resueltamente:

— Vamos.

— Vamos, repitió como un eco D. Miguel.

Ambos bajaron en silencio la escalera, con el mayor cuidado posible, para no alarmar á las señoras.

En la puerta esperaba un carruaje.

— A P... ordenó con voz segura Luis, al poner el pié en el estribo.

Subió, seguido del general, y se sentó enfrente de Raúl de Armida, que se hallaba replegado en un rincón y no abrió los labios.

El coche echó á andar.

La ciudad comenzaba á despertarse.

Oíase el alegre golpear del martillo madrugador, y bandadas de obreros trotaban sobre la acera, las herramientas al hombro y la pipa en los labios.

El sol no se habia aún mostrado, y, segun la hora, tardaria todavía en aparecer: en el cielo brillaban aún algunas estrellas, como enormes dia-

mantes, y respirábase con delicia el fresco perfume de la brisa matinal.

La carretera de P... estaba desierta.

Apenas si se encontraba al paso alguna carreta cargada de heno, rodando pesadamente.

El gallo vigilante dejaba oír su grito de alerta, al que respondían el alegre vocerío de los pájaros, el mujido de las vacas en los establos y el relincho de los caballos en las cuadras.

La naturaleza se despertaba por grados, poco a poco, como un hombre que sale del sueño, y antes de echarse fuera del lecho, se incorpora, se espe- reza y bosteza.

Ninguno de los tres que iban en el carruaje hablaban durante el camino; en el fondo, Luis y el general miraban por la ventanilla, graves y preocupados; en el asiento delantero, Raúl, metida la barba en el cuello de su paletó, parecía dormir.

Cuando el vehículo se detuvo, Luis abrió con mano nerviosa la portezuela y bajó el primero, seguido de los dos hombres.

Estaban delante de la cabaña de la tía Joaquina.

A veinte pasos de distancia, esperaba ya otro carruaje, y tres hombres paseaban en silencio, encendidos los cigarros y las manos cruzadas á la espalda.

El aspecto de aquel sitio siniestro, que él mismo eligiera, para que el testigo de la falta fuese el testigo de la pena, oprimió el corazón de Luis, que tuvo que hacer un esfuerzo para serenarse; una vez repuesto de su pasajera emoción, marchó resueltamente al grupo que esperaba.

Formaban este: Alfredo de Moncalvo, Enrique

Flostana y el doctor Tarbal, joven médico, cuyo rostro agradable y desenvueltos modales atraían toda simpatía.

Luis tendió caballerescamente su mano á Alfredo, y la de este tembló al caer sobre aquella que habia estrechado, con el afecto del amigo, durante veinte años; los demas imitaron su ejemplo.

Luego, sin palabreo inútil, sin discusion alguna, decidiéronse las condiciones del duelo, se escogió el terreno y se examinaron las armas.

El duelo seria á muerte y á veinte pasos de distancia el primer disparo, á diez el segundo y á cinco el tercero; midióse el terreno en el jardin de la cabaña y se cargaron las pistolas.

Luis y Alfredo se colocaron de pié, frente á frente, los brazos estendidos, las armas apuntando, los dos serenos, impasibles, pero sin mirarse.

El sol comenzaba ya á salir y algunos curiosos se detenian sorprendidos en el camino, á contemplar aquellos dos carruajes parados delante de la inhabitada casa; como los seis hombres no se veian de la carretera, los comentarios y los grupos crecian.

El general Mantera y Enrique Flostana dieron entretanto, la señal, y dos disparos sonaron simultáneos; la bala de Luis silbó sobre la cabeza de Alfredo, y la de este agujereó la camisa de aquel.

Dióse la segunda señal, y los dos disparos estallaron de mas cerca, seguidos de la caida inmediata de un cuerpo; vióse entónces á Luis de pié, el brazo estendido aún, y á Moncalvo herido sobre la yerba.

El doctor Tarbal, Raúl, Enrique y D. Miguel se precipitaron en su auxilio; el desgraciado estaba de espaldas, la boca y los ojos abiertos, el pecho desgarrado por la bala homicida, arrojando á borbotones la sangre, muerto, bien muerto, según lo declaró el jóven médico.

Luis arrojó el arma fatal y se apartó algunos pasos; el doctor volvió y con un gesto desesperado dejó caer estas palabras:

— Ha muerto... la bala ha ido directa al corazón!

El jóven bajó la cabeza y no dijo palabra.

En este momento la puerta de la cabaña se abrió y un hombre enlutado apareció en el dintel; algunos campesinos, acudidos al ruido de los disparos, cargaban, al mismo tiempo, el cuerpo de Moncalvo, y atravesaban el jardín, seguidos del general y del médico, de Raúl y de Enrique, y de una turba de curiosos.

El hombre de la cabaña se acercó á Luis, que miraba, inmóvil, alejarse la fúnebre comitiva, y le dijo en voz baja:

— Necesito hablarlos.

Luis le miró y tuvo un estremecimiento.

— ¿Sois el hombre de anoche?

— Si.

— ¿Quereis hablarme?

— Si.

— ¿Aqui?

— No.

— ¿Dónde?

— En vuestra casa.

— Sea.

Púsose, de nuevo, su levita, y su sombrero, ro-

deó la cabaña y esquivando ser visto, alcanzó su carruaje y se metió en él, seguido siempre del enlutado.

XXXIV

En la quinta de Almada, delante de la balaustrada, dibujabase una figura blanca de mujer, que la indecisa luz del alba permitia apenas columbrar.

El salon, desierto y silencioso, presentaba no sé qué aspecto fúnebre; las bugías, agonizantes ya, palidecian avergonzadas en los candelabros de bronce, que la cera fundida festoneaba de ingeniosos arabescos: las sillas, en un desorden único, se amontonaban en grupos, encaramadas las unas sobre las otras; en la alfombra, flores pisoteadas é informes, girones de tela ó de encage y uno que otro guante abandonado.

Julia, entre tanto, pues era ella la forma blanca de mujer que aparecia en la balaustrada, llevando aún su magnífico traje de baile, los brazos y los hombros desnudos, temblaba de emocion y de frio.

¡Y cosa estraña!

Su corazon latia apenas, y sus lábios contraídos no dibujaban la altanera sonrisa del triunfo...

Prendidos nerviosamente sus dedos á la baranda, miraba ella con avidez la carretera.

Despues de la escena escandalosa del baile, todos los convidados, poco á poco, fueron retirándose discretamente, y la dueña de casa oyó, entre los úl-

timos grupos, que el duelo concertado tendria lugar al alba, no lejos de la quinta, delante de la cabaña de la tia Joaquina.

Y asi que se vió, sola, sin ocurrírsela siquiera echarse un abrigo sobre su escote desnudo, voló á la balaustrada y allí permaneciò una hora casi, sin ver nada, porque el día no clareaba aún, pálida, convulsa, sufriendo un malestar extraño, indefinible.

Por último, la blanca claridad del dia naciente rasgó el velo tenebroso de la noche, y paulatinamente fueron adquiriendo forma visible los objetos, y apareciendo á la vista atenta de la jóven los árboles del jardin primero, las quintas de la carretera despues, y luego el campo, todo.

Y con los primeros rayos de luz, comenzaron las primeras notas del concierto matinal, con que los pájaros saludan la venida del sol, y muy pronto los ruisseñores y los jilgueros, todos los artistas y todos los *dilettanti* de la selva, cantaban alegremente.

Julia miraba siempre á la carretera.

Y así vió llegar y detenerse, delante de la cabaña, un carruaje y bajar de él tres hombres, y un cuarto de hora más tarde otro carruaje y otros tres hombres; estos se acercaron á aquellos, diéronse las manos, hablaron entre sí y desaparecieron todos en la arboleda del jardin; luego... no vió mas, pero al cabo de un rato oyó un tiro formidable, que los écos del valle repitieron y que la obligó á doblar la cabeza y las rodillas, mas pálida y mas convulsa que nunca; luego... otro disparo mas... y silencio.

El dia seguia clareando.

Todo se veía ya distintamente, y la casa maldita asomaba sus paredes musgosas y su tejado vetusto por encima de los árboles, como para mirar lo que á su alrededor pasaba; los curiosos hormigueaban en el camino.

Cuando Julia se atrevió á mirar de nuevo, abriase paso y llegaba á uno de los carruajes un extraño cortejo: cuatro hombres conduciendo un cuerpo inerte que la distancia y el agrupamiento impedían reconocer; el sol se alzaba en este momento, y asomaba su cara rubicunda detrás de una dorada cortina de nubes.

Entónces la jóven no pudo contenerse; arrojó un grito y se lanzó al jardín.

Y vióselas, escotada, la rúbia cabeza ostentando aún los diamantes de la fiesta, barrer con la cola de su traje blanco el suelo húmedo y casi enlodado.

No lejos de la avenida, un hombre trabajaba, encorvado sobre su azada.

— ¡Por piedad! exclamó la jóven corriendo hasta él desatentada, volad al camino é indagad lo que ocurre; es una desgracia, á no dudar!

El jardinero la miró con asombro, pero obedeció en silencio, dejando la azada y el jardín.

Julia comenzó á pasearse, con agitacion, en la avenida, sin sentir el fresco de la mañana ni notar la extravagancia de su traje; iba de un lado al otro, golpeando impaciente las manos, retorciendo sus dedos, desgarrando las cintas de su corpiño, arrancando hojas y flores que destrozaba con rúbia, pávida y los dientes apretados.

Los carruajes debían haber partido ya, á juzgar por el rodar lejano, y los curiosos se desbandaban,

porque algunos grupos pasaban por delante de la verja, comentando en voz alta y discutiendo con calor.

¡Cuánto tardaba el jardinero!

Una chicuela, una adorable niña de seis años, el enredado cabello rúbio como las espigas de trigo, en cucullas entre la maleza, recogía coloradas fresas que iba amontonando en una canastilla de paja, que colgada al brazo llevaba; sus manecitas aparecían empapadas en rocío y manchadas con la tierra húmeda y con el sabroso jugo de la fruta.

Ella miraba curiosamente, por debajo del ala de su sombrero, á la señora que hacia tan extravagantes cosas y que llevaba tan magnífico traje.

Nunca la habia visto así vestida y así agitada.

Cuando papá, el hombre de la azada, salió del jardín, ella, la curiosa niña, no pudo contenerse tampoco, y dejando á un lado canasta y fresas, se acercó á la señora, con el pretexto de ofrecerla un ramo de jazmines, pero con la intención inocente de mirar de mas cerca.

Julia se detuvo, y contempló largamente el ramo que se la ofrecía; con un movimiento rápido arrebató las flores, y las destrozó sin piedad, arrojándolas sobre la arena.

— ¡Flores fatales! murmuró, en tanto que la niña rúbia corría asustada á agazaparse de nuevo.

Y volvió á pasearse; aquel ramo de jazmines acababa de evocar para ella los recuerdos todos de la noche maldita y de presentar á sus ojos la visión eterna de Alfredo y de Elisa, no como entónces, sonrientes de amor y de ventura, sino bañado en sangre el primero y envuelta en un crespon negro la otra.

¡Ah! qué horrible recuerdo y qué vision espantosa!

Un sollozo subió á la garganta de Julia y la oprimió como un dogal.

El jardinero llegó, por fin; la jóven se plantó delante de él.

— Hay un muerto ¿verdad? exclamó tendiendo su brazo rígido.

El hombre contestó con un gesto desesperado.

— ¡Hay un muerto! vos debeis conocerle, os deben haber dicho su nombre; decidmelo, pronto ¿quién es?

— ¡El señor Moncalvo!

Julia recibió este golpe de maza, sin un grito, sin un gesto, sin una lágrima, sin una palabra; despidió con un ademán al jardinero, y luego se dirigió á la casa, subió lentamente la escalinata y entró en el salon.

Las bugias estaban ya apagadas, y el sol entraba alegremente por las ventanas abiertas; algunas golondrinas chillaban en las cornisas de las columnas.

La jóven paseó su mirada sin espresion por todas partes, y estallando en un sollozo que desgarró su pecho, murmuró con una voz que no se oía:

— ¡Muerto!

Y cayó sobre la alfombra, en medio de los vestigios de la fiesta, llorando amargamente.

XXXV

“ Luis mio :

“ En este momento en que espones tu vida por vengar una afrenta imajinaria, tomo yo la pluma, mojada en mis lágrimas, para despedirme de ti y confesarte en una carta, lo que en todo un año no han podido confesarte mis lábios. Escúchame bien, Luis : yo te he engañado, sí, mas no es la esposa la que ha manchado tu nombre, sinó la mujer que te entregó su mano, cuando estaba ya ajada su inocencia. Esta es la falta que me ha hecho tan desgraciada y que me mata, si, porque la muerte es para mi mil veces preferible á tu desprecio. ¿Qué mas puedo decirte? yo no busco mi disculpa, sinó pido tu perdon. Oyeme, sin embargo. Habia en L... un mozo rico al que me habian comprometido mis padres; yo no le amaba, pero mi pobreza y la obediencia filial me obligaron á aceptarle y fui su prometida á los ojos de todo el pueblo. Una tarde, en el bosque, aprovechándose de mi sueño y arrasrado por su pasion... ¿cómo decirlo y esplicarlo? compréndelo tú como quieras. Desde esa tarde, si me era ántes antipático, se me hizo odioso y repulsivo; partió él entretanto á recojer una herencia, y llegaste tú. ¡Oh! ¡Luis! yo no sabia lo que era amar y tu supiste inspirarme ese sentimiento sublime, á tu lado y bajo tu mirada sentí rejenerarme; te amé y creí ¡pobre ilusa! que aquel amor lavaba mi

mancha. ¡Engaño funesto! ¡Ah! cuando la mujer cae, bajo la cruz de su falta, no vuelve ya á levantarse; podrá la pasion justificarla, podrá perdonarla el arrepentimiento, pero ¿absolverla? jamás! ¿Por qué no reflexioné yo así entónces? ¿por qué no me arrojé á tus piés y te confesé mi delito? ¡Ah! Luis, es que te amaba tanto que temia perderte, y hubiera muerto de vergüenza, antes de declararme culpable. Por esto es que apresuraba los preparativos de la boda, por esto es que queria salir pronto del pueblo, huir contigo, para gozar en paz de tu amor y de mi dicha. Creia yo que la distancia era el olvido, y que no volveria ya á ver aquel hombre funesto. Me engañaba. Aquel hombre volvió. Y se ha vengado de mí, tejiendo la infame intriga en que has caido, ayudado por una mujer, que no nombro porque fué mi mejor amiga, á la que han cegado unos celos injustos. Esta es toda la verdad, Luis; yo no he manchado mi título de esposa y Moncalvo no es culpable sinó de una vana presuncion y de un mal proceder; te lo juro por el nombre de mi madre, que invoco en este momento con fervor. Nada mas tengo que decirte, Luis, sinó que me concedes tu perdon, que imploro de rodillas. Perdóname porque te he amado, perdóname porque te amo, perdóname... porque te amaré en la muerte misma!

“ Adios, Luis mio, adios!

“ ELISA. ”

Concluyó la jóven, cayó la pluma de sus manos, y lloró desconsoladamente, en medio de la alcoba silenciosa.

Dos horas mas tarde, un carruaje se detenía delante de la casa y Luis bajaba, seguido de Alejandro.

Toda la servidumbre estaba abajo; hablaban todos con misterio, y todos callaron y se descubrieron á la aparición de Luis.

Este pasó indiferente y sin mirar, subió y entró en su gabinete, seguido siempre de Alejandro.

Cuando él abrió la puerta, entraba la señora de Solbás, llorosa y enlutada.

El jóven la miró y no desplegó los lábios.

D^a Ines le alargó una carta.

— Toma y lee, dijo apenas.

Y se dejó caer en un sillón, cubriéndose el rostro con ambas manos.

Y Luis leyó.

La señora de Solbás lloraba en el sillón; Alejandro miraba sin comprender.

Luis arrojó de pronto un grito y se abalanzó á D^a Inés.

— Decidme, madre mia, que no ha muerto, exclamó agarrando desesperadamente las manos de la anciana ¿donde está? vive todavia ¿verdad?

La señora calló.

Entónces Luis se lanzó fuera del gabinete, llorando, gesticulando, mesándose los cabellos, derribando cuanto mueble y cuanto obstáculo hallaba al paso; llegó á la puerta de la alcoba de su mujer y la abrió con un empujón violento.

Y entró, y junto con él Alejandro que le había seguido.

¿Qué vieron?

En el cuarto silencioso y casi oscuro, estendida de espaldas sobre el lecho, yacia Elisa, blanca, in-

móvil, entornados los párpados y los labios lividos; tenia entre sus manos, pálidas como la cera, un crucifijo negro, y un crespon cubria todo su cuerpo, de los piés á la cabeza; en el suelo, de rodillas, oculta la cara entre las ropas del lecho, lloraba silenciosamente Celina.

Luis quedó inmóvil ante este espectáculo; por el cuerpo de Alejandro corrió un estremecimiento.

De pronto lanzóse aquel sobre el enlutado, lo tomó de la solapa de su chaqueta, y sacudiéndolo brutalmente, gritó:

— ¡Asesino, asesino!

Alejandro soltó una carcajada histérica y convulsiva.

Entonces Luis, con una fuerza hercúlea, enlazóse á su cuerpo y le derribó al suelo, gritando aún:

— ¡Asesino, asesino!

Alejandro lanzó una nueva carcajada, mas convulsiva y mas histérica que la primera.

El jóven le soltó entonces, corrió al lecho en que yacia inmóvil Elisa, volvió al sitio en que, caido todavia, reia Alejandro, y dando un grito; se desplomó cuán largo era, sin sentido, en el momento en que Celina, la señora de Solbás y toda una turba de criados acudian presurosos y asustados.

¡Alejandro estaba loco y Elisa estaba muerta!

XXXVI

Seis meses despues, sentados alrededor de la misma mesa de mármol y en el mismo café en que

ha dado principio esta historia, charlaban Enrique Flostaña y Raúl de Armida, en tanto que el frio, el viento y la lluvia paseaban en la calle.

— ¿Tienes noticias de Luis, Raúl?

— Si, y frescas; ayer precisamente recibí una carta de la señora de Solbás. Aquello no vá muy bien. Luis, despues de sus últimos viajes en Francia y Suiza, se halla ahora en Italia, pero en su espíritu enfermo no se advierte mejoría; su herida es demasiado profunda para que pueda ser curada en tan corto tiempo. No escribe ni vé á nadie; sus noticias me vienen por intermedio de D^a Inés ó de Celinina, y son cada vez mas alarmantes; si el pobre jóven no se detiene á tiempo en la pendiente, durará poco; está atacado de la mas negra hipocondria.

— ¿Dónde se encuentra ahora?

— En Milan, pero la mas bella de las ciudades italianas no logrará curarle de su mal.

— ¡Oh! Raúl, es preciso correr á su lado y salvarle!

— En quince dias mas, Enrique, serás el esposo de Estefania; el próximo mes, pues, salimos para Italia, y allá en Milan trabajaremos ambos por arrancar á Luis de su melancolía, y...

— Y tú recibirás de manos de Celinina el premio de tu amor constante ¿verdad? es justo, Raúl, y lo deseo con toda el alma.

El jóven sonrió con tristeza.

— ¿Recuerdas, dijo, aquellas noches, en que delante de esta mesa y en este sitio mismo, nos entregábamos con ese pobre Alfredo á nuestros sueños de juventud? aquí, entre el humo de nuestros habanos y el café humeante ó el perfumado sor-

bete, hablaba yo de Celina, ensalzabas tú á mi hermana, y el pobre Moncalvo osaba apenas balbucear ese nombre fatal de Elisa de Solbás! ¡Pobre Alfredo! Su ligereza le costó la vida y trajo la desgracia de la pobre niña, que prefirió la muerte á que la creyeran deshonrada!

Ambos suspiraron y callaron por un instante.

— ¿Sigue siempre enfermo el general Mantera? repuso Raúl ensayando variar de conversacion.

— Siempre, contestó Enrique, en la mañana de la catástrofe le vino el primer ataque de apoplejía, despues de la partida de Luis sobreviniéronle otros dos, y ahí le tienes en su quinta de Z..., arastrando una pierna, inmóvil un brazo y la lengua anudada por la parálisis. Esta mañana estuve á visitarle; cuando me vió, me tomó las manos con la que la enfermedad le deja libre y se echó á llorar como un niño ¡á su edad no se reciben impunemente golpes en medio del corazon!

— ¡Pobre D. Miguel! murmuró con sentimiento Raúl.

El mozo trajo los periódicos de la tarde.

— Lée, dijo Enrique.

— ¿Qué pueden decir que nos interese? respondió el jóven encogiéndose de hombros.

Tomó, sin embargo, uno de ellos y echó una ojeada indiferente; pero, de pronto, exclamó:

— ¡Hóla! aquí hay algo de nuevo.

— ¿Qué?

— Un suelto á sensacion! se trata de Julia de Almadá.

— ¿Qué dice? hacen seis meses que nada sabemos de ella, desde su partida para Lóndres.

— Habla el periódico...

Y Raúl leyó:

“ Vemos lo siguiente en el *Times* de última fecha: Ayer á medio dia se celebró en la capilla católica de... el anunciado enlace del Exmo. Ministro Plenipotenciario de... señor Pedro Vallespina, con su jóven y bella compatriota la señora Julia de Almada. La capilla era pequeña para contener la escogida y numerosa concurrencia. Dió la bendicion nupcial el arzobispo de... y asistió todo el cuerpo diplomático, muchos miembros del Parlamento y gran número de títulos y dignatarios. Por la noche se iluminó la fachada de la legacion, y tuvo lugar en sus salones un baile espléndido. Ha sido una fiesta soberbia y de la que guardaremos inolvidable recuerdo. ”

— ¿Qué te parece? dijo Enrique.

— ¡Singular mujer! murmuró Raúl doblando el periódico.

La puerta de la sala se abrió en este momento, y un hombre y una bocanada de aire helado entraron en el café.

— ¡Qué lluvia! qué viento!! y qué frío!!! exclamó el que entraba, dejando á un lado su 'paraguas empapado y acercándose á la mesa de los dos amigos.

— Mi querido Tarbal, dijo Raúl estrechándole la mano, traed una silla y venid á calentaros con una taza de este café esquisito.

— Y me sentará á las mil maravillas, contestó el jóven médico saludando á ambos, hace una terrible noche!

Y acercó una silla el doctor Tarbal, y en tanto que el mozo preparaba el café pedido, pusieronse á

charlar los tres; hablaron de Luis y del general Mantera; del nuevo ministro en Lóndres y de Julia, y en medio de las tristes reflexiones consagradas á aquellos, hallaron notas picantes para ese buen señor Vallespina y la extravagancia de su casamiento.

Ocurriósele á Enrique una pregunta.

— Decidme, doctor, dijo ¿qué se hizo ese pobre loco, que fué hallado en casa de Solbás la mañana de la catástrofe y que nadie reconoció? supe que habia sido puesto en el manicomio que regenteais ¿le teneis siempre allí?

— Siempre, contestó el médico, y es el mas simpático y el mas original de los locos. Figuráos que es un hombre de treinta años, jóven como veis, sano de cuerpo, de figura arrogante y de modales, no diré elegantes, pero si desenvueltos. ¿Sabeis cuál es la idea fija de este hombre y cuál el tema de su locura?

— ¿Cuál? preguntó Raúl.

— ¿Cuál? preguntó tambien Enrique.

— ¡Se dice ser el asesino de Elisa de Solbás!

— ¿Cómo?

— ¿Es posible?

— Tal como lo ois, amigos míos. Todos sabemos que la desventurada Elisa de Solbás murió envenenada por sus propias manos, á consecuencia de sucesos que es doloroso é inútil recordar. Pues bien, este hombre sostiene y jura que él es su asesino. Siempre viste de negro, habiendo sido imposible ponerle el traje de regla; un dia que á ello se le obligó, tuvo un furioso acceso y desgarró las ropas. Callado, meditabundo, pasea libremente por los corredores, durante el dia; en la noche,

cuando se le encierra, es cuando sufre los accesos de locura y hay que ponerle el chaleco de fuerza. En medio de su delirio, cree ver á la muerta flotar en las tinieblas de la celda, arrastrando su largo sudario blanco, oye su voz como una música y siente su contacto como una caricia; entónces él cae de rodillas sobre las lozas y llora pidiendo perdón á su víctima; á veces grita como un condenado y trata de despedazarse el cráneo contra las paredes. De dia está tranquilo y no habla, pero si os acercáis os dice al punto: "¿Conociais vos á Elisa de Solbás? era jóven y era bella, pero yo la maté, ¿lo ois bien? ¡yo la maté!"

— ¡Estraña manía! dijo Raúl.

— ¿Y no se sabe quien es, ni de dónde ha venido? preguntó Enrique, ¿no le visita acaso nadie?

— ¿Quién es? contestó el doctor Tarbal, es un rico aldeano de L... y se llama Alejandro ¿quién le visita? un mozo paisano suyo, Paco, que le vé todos los jueves, y con quien el pobre loco se muestra siempre sumiso y obediente, y una buena anciana, la señora Remedios, que vá todos los domingos, llevándole fruslerías.

Y el doctor Tarbal, Enrique y Raúl quedaron silenciosos, en tanto que el mozo se acercaba con la taza de café humeante, y que résonaba el amplísimo salon con el ruido de los vasos, de las conversaciones y de las risas.

